MARIO
SATZ

PRIMERA EDICION

Jesús *el* Nazareno Terapeuta *y* Kabalista

A Marta-Tamar, por
nuestra
común
herencia.

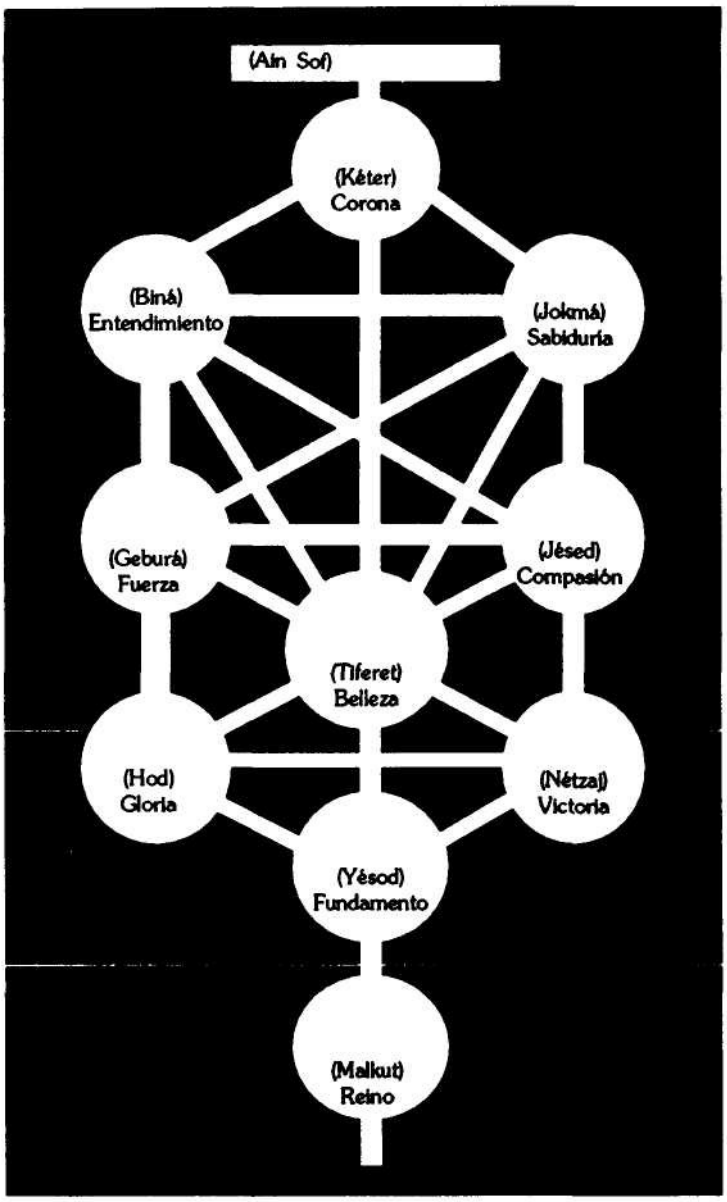
Para Dolores y Toni
Bennassar, *pulsate*
et aperietur vobis.

Más él hablaba del templo de su cuerpo.

Juan 2:21

Porque nosotros somos Santuario de Dios vivo.

2 *Corintios 6:16*


(Aín Sof)
(Kéter)
Corona
(Biná)
Entendimiento
(Jokmá)
Sabiduría
(Geburá)
Fuerza
(Jésed)
Compasión
(Tiferet)
Belleza
(Hod)
Gloria
(Nétzaj)
Victoria
(Yésod)
Fundamento
(Malkut)
Reino

Sobre el autor

Mario Satz nació en Coronel Pringles,
Buenos Aires, Argentina, en 1944.
Residió en Buenos Aires hasta la edad de 21 años;
después viajó por Sudaméríca,
Estados Unidos y Europa.
A partir de 1970 y hasta 1973, vivió en Jerusalén,
donde estudió Kábala.
En 1977 recibió una beca del Gobierno italiano
para investigar en Florencia la obra kabalística
del humanista Picco della Mirándola.
En 1978 se trasladó a Barcelona,
en cuya Universidad se licenció en Filología

Hispá
nica.
Resid
e
actua
lment
e en
dicha
ciuda
d.

Nihil Obstat

La vida de Jesús, como la del mítico Pan-Ku chino y la que describe la leyenda árabe que nos transmite el I*khwan al-Safá* de Rasail, al igual que la del Prakriti hindú que se despliega, para ser despedazado por la manifestación, pero reunificado por el Espíritu, la obra de Jesús, como la de Kung-Tsé o Confucio —quien quiso ser sabroso melón para la boca de sus discípulos— ansió ser pan y vino para sus contemporáneos. Como Hijo del Cielo o héroe mítico, soñó la reintegración a partir de una vigilia desmembrada, buscó el don indivisible a través del sacrificio simbólico. No fue el único en el seno de Israel, su pueblo, ni el último de los hombres en experimentar la filiación sagrada. De hecho, todos somos hijos de Dios, como lo atestigua el *Salmo 82:6:* «Yo dije: Vosotros sois dioses y todos vosotros hijos del Altísimo», versículo que el mismo Jesús cita en *Juan 10:34:* «¿No está escrito en vuestra Ley: 'Yo dije, dioses sois? Si llamo dioses a aquéllos a quienes vino la palabra de Dios (y la Escritura no puede ser quebrantada), ¿al que el Padre santificó y envió al mundo, vosotros decís: Tú blasfemas', porque dije: 'Hijo de Dios soy'?».

Sospecho que también esos maestros de distinta época y lugar tienen derecho a reclamarse hijos del cielo, criaturas del Altísimo. La teoría del unigénito, del único, ha convertido a Jesús en un excluyente semidiós, alejándolo las más de las veces de

su contexto y, lo que es incluso peor, desvirtuando los textos que aún conservan sus palabras. Pero, por fortuna —gracias al descubrimiento de los Manuscritos del Mar Muerto y sus alusiones al misterioso Maestro de Justicia; a los tesoros del Cristianismo gnóstico exhumados en Nag Hammadi, Egipto; apelando a Filón de Alejandría y a Flavio Josefo; reconstruyendo imaginariamente la vida de los terapeutas y los esenios y, sobre todo, recordando el hecho sociológico mas alucinante de este siglo: el regreso de los hijos de Israel a su solar original, hecho que ha vuelto a unir pueblo, tierra y libro— todo parece reintegrarse a su fuente, retomar a su raiz. Casi todos los eruditos y académicos, los orientalistas y teólogos reconocen hoy que el áspero idioma en el que se expresó Jesús fue el arameo, lengua intimamente emparentada con el hebreo clásico. Así, Claude Tresmontant, aclara en su libro *Le Christ Hébreu* (París, 1983) que: «Jesús hablaba arameo cuando se dirigía a los hombres, mujeres y niños de Judea, Galilea y Samaría, pero hablaba hebreo cuando se dirigía a los sabios, a los teólogos y a los escribas, quienes podían leer las Escrituras».

Como cada lengua supone una determinada percepción de la realidad, ocurre que cada ontología es lingüística. Sólo un Jesús filtrado por el tamiz helenístico podría llegar a decir, despectivamente, *vuestra* Ley. ¿Acaso no era también la suya? Sólo un Jesús deformado por las leyendas y la fantasía infantil podia aparecer como un enemigo de su pueblo, al que amó y al que se consagró como uno más entre los profetas que hubo. Su condena, recordemos, fue manipulada por los romanos, una gentuza infame de cuya satrapía aún se ha hablado poco. Sus discípulos fueron judíos y judíos sus padres, como los míos y tos padres de los míos. El recelo cristiano ante la herencia judía, culpable de tantos y tan irremediables males, proviene del ámbito imperial romano: los judíos fueron el único pueblo de la Antigüedad cuya feroz resistencia estuvo a punto de sacarlos de quicio.

Hoy, ahora, después de las obras de Joseph Klausner, *Jesús de Nazaret* (edición española de 1971), de David Flusser, *Jesús en sus Palabras* y en *su Tiempo,* (versión española de 1975) y del excelente libro de Geza Vermes, *Jesús el Judío* (edición española de 1977), estudiosos y expertos redescubren el ámbito en el que creció, enseñó y murió quien fuera, para muchos, el más grande profeta que Israel engendró en su crisol. La conocida frase de Martin Buber: «Desde muy joven he intuido que Jesús era mi gran hermano y estoy más seguro que nunca de que merece un lugar de honor en la historia religiosa de Israel y también de que ese lugar no puede ser clasificado de acuerdo con ninguna de las categorías normales», revela tanto el interés de ciertos círculos ecuménicos como la ambigüedad que, todavía, a uno y otro lado de la Alianza, nubla el entendimiento de judíos y cristianos, en tomo a la figura de Jesús.

«Al parecer —escribe Flusser en su libro— los hechos y palabras de Jesús fueron recopilados muy pronto en hebreo-, y la experiencia me ha enseñado que, con mucha probabilidad, tales documentos fueron traducidos literalmente al griego poco después; de lo contrario resultaría difícil de explicar cómo en nuestros evangelios sinópticos se pudo conservar, en general, el sentido de los hechos y las palabras de Jesús a pesar de los muchos acontecimientos históricos que entre tanto sucedieron». Un año después de su crucifixión, sus discípulos habían formado ya varias congregaciones cuyo centro estaba en Jerusalén y en las que se hablaba arameo y se rezaba en hebreo. A esta comunidad, comenta Pinchas Lapide, en su obra *Los Tres Últimos Papas* y *los Judíos* (edición española de 1969), se la conocía por el «nombre de *Nesorayya* —nazarenos— y a pesar de que practicaban el bautismo como rito simbólico de purificación y celebraban sus comidas comunalmente, cosas que, por otra parte, eran también propias de otras sectas judías, no había en su forma de vida nada irregular».

Una comunidad nazarena quiere decir:

consagrada a los

misterios de la luz interior y al desarrollo espiritual; casta — temporal o definitivamente— y, como se verá en este libro, de larga cabellera y blancas vestiduras. Se sabe que cuando Pablo pasó a formar parte de ella, los valores e ideas de la cultura helénica permearon la cultura judia, como ya lo habían hecho en Alejandría, años antes. De ese enfrentamiento, pero también de esa síntesis sublime entre lo hebreo y lo griego, surgió el Cristianismo. «Si se estudian las dos lenguas —comenta Tresmontant— el hebreo y el griego, una semítica y otra indo-europea, resulta chocante la diversidad de sus genios. Los modos de pensar no son iguales. Por ejemplo, no se piensa del mismo modo el tiempo en hebreo y en griego. En griego se piensan el pasado, el presente y el futuro. En hebreo se piensa en lo que está acabado, terminado, sea en el pasado, el presente o el porvenir, y lo que está en proceso de hacerse en el pasado, el presente o el porvenir, que continua haciéndose y dura aún». Por el mundo griego, Occidente conoció la razón y sus limites. Por el mundo hebreo, la pasión y lo ilimitado. Recordemos, una vez más, que no se habla nunca de «la razón» de Jesús, sino de «su pasión».

Este no es, por lo mismo, un libro razonable sino un libro apasionado. Si analicé y sopesé los dichos y parábolas del Jesús evangélico y tradicional, pero también los consejos y admoniciones del Jesús gnóstico contra la irisada pantalla de la Kábala o tradición oral hebrea fue porque creí que, después de años de estudio de una y otra fuente, era revelador el haz de coincidencias significativas, maravilloso el eco vivo y actual de su lenguaje asi desentrañado. Por ejemplo, si leemos en hebreo el versículo de *Juan 13:20:* «El que recibe al que yo enviare, a mi me recibe; y el que a mi me recibe, recibe al que me envió», descubriremos que el-que-recibe es llamado *ha-mekabel,* y hallaremos ya el primer indicio kabalístico. En efecto, leyendo, por aliteración, *mi-Kábala,* de-la-Kábala, palabra escrita con

idénticas letras, alcanzaremos a comprender qué es lo que los discípulos y sus maestros recibían y daban entre sí.

Una tradición vieja como el mundo, que se remonta posiblemente a Egipto y de la cual Israel conserva, aún hoy, la memoria intacta. Una tradición espiritual que en el Cristianismo se oculta e insinúa en símbolos e imágenes, entre sus místicos y sus santos, y que en el Judaismo es voz, vibración invisible. Por causa de los gentiles que entraron en el Nuevo Pacto *(Jeremías 31:31),* la iconografía fue sustituyendo, poco a poco, a la tradición oral. Se dejó de lado el aparato dietético y la circuncisión. El ojo se fue alejando cada vez más del oído y la cabeza de si misma. Asi como el Judaismo quiso borrar de su memoria a Jesús, muy pronto la Iglesia primitiva borró y vituperó a los doctores judíos, a los rabinos. «En lugar del Judaismo -escribió el sabio alemán Reuther— que tenía la Torá sin el Mesías, el Cristianismo introduce al Mesías sin la Torá».

Ante un mundo agnóstico que se ahoga en la vulgaridad, en el degradamiento constante de su propia tradición metafísica y comprobando que el Mesías no cumplió, *socialmente,* la promesa de paz, seguridad y amor, para la que debió venir o que la cumplió sólo en parte y la cumple aún para quien ve a Jesús en ese rol; al observar que muchos hablan de él y pocos de verdad lo escuchan, decidí inclinarme sobre los textos que registran su estelar pasaje, con devoción desprejuiciada, más allá de las simples categorías de judío o gentil, creyente o no creyente; abandonando toda pretensión escolástica y también todo deseo apologético, con el único fin de poder oír, una vez más, entre el concierto de voces legadas por la Antigüedad, la que pudo haber sido de Jesús el Nazareno, kabalista y terapeuta. Creo, estoy seguro de haber sentido en más de un momento, el susurro mágico de sus palabras, el poder y la gracia de sus ideas, las elipsis e hipérboles de su idioma. Ojalá se haya cumplido, al menos en parte, aquello que dice el *Evangelio de*

Tomás: «Quienquiera que beba de mi boca se volverá como yo y yo mismo me convertiré en esa persona y las cosas que están escondidas le serán reveladas». Es mi deseo que por el camino de Jesús, los cristianos redescubran los tesoros de la Torá y, estudiando vida y obra del Maestro, los judíos puedan ver en él al grande y noble hermano que elogió Buber, porque en la palabra «hermano», *aj,* está ya impresa la mitad de Su «Unidad», *ejad.* Para que se cumpla lo dicho por *Zacarías 14:9:* «En aquel dia el Creador será uno y uno su nombre».

M.S. Barcelona, junio
de 1987

Éxtasis

Una vieja leyenda quiere que el primer Adán sea causa de nuestra vida natural y el segundo, Jesús —pero en rigor, todo discípulo que transmute lo rojo en blanco, lo humano en angélico, lo inerte en significado, lo opaco en translúcido— el símbolo de nuestra vida sobrenatural. Si hiciéramos una lectura circular del texto bíblico descubriríamos que el punto donde se tocan, para fecundarse mutuamente, ambos Adanes, el nexo entre el Génesis y el Apocalipsis, es también el hiato fantástico que deshace y disipa las diferencias, el núcleo de oro del Libro de los Libros. Ese hiato, para quienes saben leer y oír, no es un sonido desapacible sino el milagroso parentesco entre las dos caras de la leyenda; la del ser que nos trajo a la vida y la del ser que la exaltó a cumbres de ética belleza.

El primer Adán se separa de Eva y nos engendra — antropológica, míticamente hablando— haciéndose, después, una sola carne con ella. Jesús, el segundo Adán, ni se separa ni nos engendra; requiere de nosotros, para que compartamos sus parábolas, que seamos uno con él a través del misterio del verbo. Somos nosotros quienes lo engendramos a él. Por el primer Adán, la filiación es descendente, el mensaje genealógico. Por el segundo, es ascendente y el mensaje gnoseoló-gico, secreto. El primero es nuestro antepasado simbólico. El segundo, símbolo de la vida futura. Entre ambos, tanto antaño

como ahora, está la resplandeciente cadena de fonemas de la Biblia, esperando que sumemos el eslabón de nuestra comprensión, llamándonos a contemplar un terrible y a la vez majestuoso álbum de familia donde aparecen, junto a las taras, los excesos y los límites del clima histórico que, con el de Grecia, fecundó nuestros orígenes. Pero para que ambos Adanes se reconcilien en nosotros y nos sea dado el éxtasis, debemos salir de la piel de nuestra comodidad.

Salgamos a descubrir el campo de nuestro propio cuerpo con el fin de recibir la simiente de sus palabras, su *alfa* y *omega,* su alef y *tau.* Los sabios sufies dicen que «quien sale de su cuerpo como un puñal de su vaina, tiene su morada permanente en el corazón»; el fragmento XLII del *Bahir* sostiene que el «campo externo no es sino un reflejo del corazón». El Apocalipsis -que en griego significa «revelación», y por lo tanto volver-a-velar— alude por mediación de la primera y última letra del alfabeto griego a un misterio que es, sin ninguna duda, hebreo: *alef* y *tau,* unidas, constituyen la tercera palabra del Génesis, *et,* que los kabalistas descifran como *Or Torá,* la «luz de la enseñanza»; palabra que es —a más del principio y fin del alfabeto hebreo— la forma del acusativo verbal, el puente hacia cualquier nombre, común o propio. Apelando a una levísima variación diacrítica, es decir vocálica, puede leerse como *at,* que significa «llegado», «venido»; y recurriendo a otra variación más, como *at,* «tú». De manera que lo que ha venido a ser por lo genésico y se ha revelado por lo apocalíptico, se actualiza en el vivir cotidiano, en la muerte y resurrección diarias de toda creación viva, comenzando por la de nuestras células.

Unidad estructural, joya básica de los seres vivos, la célula lleva en hebreo el nombre de *ta,* que como puede leerse es inversión especular de at, «llegado», «venido» y posee sus mismas letras. El Maestro de Nazaret, conociendo el misterio, al igual que los profetas que fueron antes que él —y que los iniciados de toda latitud, cultura, época y edad— llegó para vivificar y

sanar nuestros tejidos, a partir de una primera célula germinal: la de la comprensión. Y es en tal sentido que puede considerárselo terapeuta, es decir, «servidor», «cuidador», tributario de la palabra griega *therapéuein,* pues un *therapeutós era,* en el lenguaje de los ascetas y místicos judíos descriptos por Filón y Plinio el Viejo, un ser «susceptible de cultivo». Alguien dedicado al desarrollo de si mismo en las márgenes desérticas de lo social —la Tebaida o el Sinaí— en los grandes espacios vados donde aún resuena el eco luminoso del silencio del espíritu, cuando se acallan la chachara inútil de la discusión y de la critica, de la rúbrica y la diferencia. Curar, en los términos que servían de código a los terapeutas del siglo I de nuestra era, implicaba algo mucho más grande que sanar una dolencia física. Se trataba, ante todo, de una reintegración en el plano de lo metafísico. Cuanto más lejos del principio estaba el alma de los hombres, más cerca de su fin se hallaba. Sanarla era solarizarla. Pero, ¿cuál es ese principio y para qué buscarlo? «Para que todos sean uno; como Tú, oh, padre, en mi, y yo en ti, que también ellos sean en nosotros uno», dice *Juan 17:21.* Ser uno-con-el-Uno presupone que toda separación es irreal, inexistente, vacua y que dualidad y multiplicidad sólo tienen sentido —y eso recalca el sacrificio eucarístico— si acaban por descubrir el hilo conductor que regresa de la salida a la entrada, del éxtasis al énstasis. Puesto que nacer biológicamente es adquirir primero una célula fecundada y encarnar luego en un cigoto (palabra procedente del griego *zygotós,* que significa «unido» y que liga el gameto paterno con el materno, sol y luna en una suerte de bello eclipse intrauterino), nuestra historia embriológica aspira a la forma, al incremento, al desarrollo de una segmentación de blastómeros, que forzosamente saldrá a la múltiple luz del dia y deberá, si quiere comprender y recobrar el subyacente misterio de la unidad, ingresar en la indivisible noche del alma, con el fin de hallar la puerta de entrada, estrecha pero hermosa.

Engendrar en nosotros al segundo Adán, una vez que hemos recibido la simiente luminosa de su palabra —porque ya lo dice *Marcos 4:14:* «El sembrador es el que siembra la palabra»— supone que somos un campo fértil para ese reino, el de los cielos. Implica que estamos dispuestos a dejar morir las ilusiones de separación, de diferencia, de pluricelularidad y que anhelamos caminar en pos de nuestra unitaria clave viviente, atravesando para ello la dura superficie de los miembros, los nervios y los músculos, los tejidos y aparatos. Pues llegar a ser uno-con-el-Uno es percibir lo que en el pensamiento del Advaita hindú se llama monismo, no-dualidad, aquel estado de no discriminación búdica que el maestro Huang Po define como: «Sólo hay la Mente Única y ninguna particula de otra cosa alguna que asir, pues esa es la Mente, eso es el Buda». Pero para ello es preciso que redescubramos nuestra primera célula, que abramos su frágil tesoro.

¡Qué fascinante belleza la de esa *ta* en la que se agitan el áster, los cloroplastos y los vacuolos! Universo diminuto y milagroso. Fue el científico Robert Hooke el primero que, en su *Micrographia* (Londres, 1665), denominó célula a la célula. Pero célula también quiere decir celda, de modo que en el preciso momento en que descubramos qué encierra nuestro cuerpo, qué lo limita, porosamente, en ese mismo momento seremos liberados por la respiración, es decir, por obra del Espíritu Santo. La primera célula que nos engendró sigue viva en nosotros, oculta como una veta aurífera en «ese punto encendido del corazón del espíritu» que vislumbró San Juan de la Cruz y sabido es que el corazón —según nos dice la Kábala— es la sede de «los treinta y dos misteriosos caminos de sabiduría» que se despliegan, relampaguean, brillan un instante y se apagan al siguiente para crearnos y recrearnos, entre las letras del alfabeto y los diez primeros números.

Observamos que en el Apocalipsis ya no está el Árbol del Bien y del Mal sino y únicamente el Árbol de la Vida. «Después

se mostró un río limpio de agua de vida, y a uno y a otro lado del río estaba el Árbol de la Vida, que produce doce frutos, dando cada mes su fruto; y las hojas del árbol eran para la sanidad de las naciones» *Apocalipsis 22:2.* Árbol cuyos doce frutos son muchas cosas a la vez: las tribus, los apóstoles, las horas y también la palabra hebrea *bi,* «en mí», cuyo valor numérico es ése. En términos kabalísticos, el Árbol de la Vida es tanto la Torá, la Enseñanza, como el Árbol Sefirótico con sus diez sefirots y veintidós letras. Se trata, entonces, de un alimento que hay «en mí», fuera del tiempo, en su periferia de «cada mes», pero a la vez en el centro de toda cronología, circulando por las venas y arterias, ya que, dice el *Libro de la Claridad o Bahir.* «Los justos y piadosos en Israel se alimentan de su corazón y el corazón los alimenta».

¿Cómo no ver, análogamente, en la Eucarística, una alusión kabalística al Adán que se parte, se segmenta en lo que los cristianos orientales denominan la Anáfora, para que sus discípulos comprendan, a su vez, lo que navega en su propia sangre? En la palabra hebrea que corresponde a Adán, *Adam,* la «sangre», *dam,* se tiñe del poder de la letra *alef.* Por el primer nombre, el natural, nacemos a la metáfora. Por el segundo, el sobrenatural, a la anáfora. La metáfora sale, la anáfora entra. Nos sumergimos en su espejo: al recibir su palabra somos su eco. Siendo su eco podemos cruzar el abismo, adentrarnos en el mismísimo misterio de la vida, la sangre, cuyo color es en hebreo *adom,* «rojo», palabra que se escribe igual que «hombre». Al recordar los colores heráldicos de las vestimentas del Maestro de Nazaret, rojo y blanco, lo humano y lo divino, percibimos también los dos glóbulos que circulan por nuestras redes capilares, los rojos o hematíes —transportando oxígeno desde los órganos respiratorios a todas las células del organismo— y los blancos o leucocitos, formando parte del sistema inmunológico que cauteriza nuestras heridas. Por lo rojo, el Maestro de Nazaret nos ofrece su dimensión temporal, pasional, pero el blanco nos

asiste como buen terapeuta, para que descubramos la eterna energía aléfica que alienta en cada uno de nuestros gestos, aun en los más insignificantes.

Pero para hallar el Árbol de la Vida tenemos que salir, abandonarnos. Ir más allá de nosotros mismos. El héroe de caballería y el místico, el peregrino y el buscador dejan el fácil y muelle espado de su morada y comienzan a viajar en medio de peligros y aventuras. Ese es el largo y apasionante tiempo de las perdidas, los despojamientos, las desnudeces. El combate contra la vergüenza y el pudor que nace con el primer Adán, puede durar bien toda la vida, bien años, meses, días, horas y hasta segundos. Los más afortunados lo libran y ganan en un instante. Los menos, en décadas de esfuerzo. En el plano de lo manifestado, una vez salidos del útero de nuestra madre — como bien vio el Buda— el mundo es conflicto: nos rodean la vejez, la enfermedad y la muerte. Sin embargo, hay que esperarlas, aceptarlas y vivirlas, porque ellas son las tres llaves que abren la única puerta de la casa de todos, el universo. Desde las estrellas a las semillas todo nace, crece, decrece y muere. Y también nadie muere, decrece ni nace.

Jesús de Nazaret fue un terapeuta en el amplio sentido de la palabra. Como la de los esenios, su vida fue frugal. Enseñó que el origen de la corrupción, de la enfermedad, no radica tanto en lo que entra en nuestra boca como en lo que sale de ella. Importa poco que no podamos probar, históricamente hablando, si Jesús tuvo a tal o cual maestro de la Secta de Qumram; si visitó o no los desiertos que rodean a Alejandría. Bástenos saber que los Evangelios dan cuenta de sus muchas curaciones por la palabra, la imposición de manos o la simple invocación mental, y que de igual modo obraban los terapeutas. Puesto que dijo que es preferible entrar con un miembro amputado al reino de los cielos que ingresar con las manos podridas por las malas intenciones, mejor es abandonar la erudición para gozar de lo espontáneo.

En la tradición hebrea, los taumaturgos, curadores y médicos ambulantes, todavía ahora son llamados *Baalei Shem,* Poseedores del Nombre, del Nombre Divino, se entiende. En la Antigüedad se sabia que toda terapia procede de arriba y que el médico no es más que un vehículo, un puente entre la salud y la enfermedad. En *Mateo 15:30* leemos «y los pusieron a los pies de Jesús y los sanó-, de manera que la multitud se maravillaba viendo a los mudos hablar, a los cojos andar y a los ciegos ver y glorificaban al Dios de Israel». Notemos que el Evangelio en ningún momento nos dice *que lo glorificaban a él.* Basándonos en estos y otros datos investigaremos la misión clásica del terapeuta como la de un ser que reinforma al organismo, restaurando su capacidad creativa, devolviéndole fluidez, transparencia, flexibilidad, tal y como la tuvo —salvo excepción — en los primeros días de su vida. Pero antes debemos destacar algo: los ciegos, cojos y sordos no son necesariamente *enfermos literales.* Pueden muy bien ser aquéllos que tienen pies y no saben caminar, tienen ojos y no saben ver y tienen oídos y no escuchan. En cuyo caso, el terapeuta tiene como misión volver fértil, cultivable —recordemos que eso mismo implicaba su nombre— a un cuerpo o a un miembro yermo, seco, entorpecido por el mal uso, la *pereza* o la desidia.

Sabemos que el nombre de Yehoshúa, Jesús, significa — entre otras cosas— «salvador», «sanador». También sabemos que hay salvación cuando hay peligro, curación cuando hay algo que curar. Pero salvar también quiere decir «recorrer la distancia entre dos puntos», «saltar», «exceptuar» y, por supuesto, «devolver la salud». Restituir algo que se había perdido. Si nos atenemos a todos estos sentidos, descubriremos que recorrer la distancia entre dos puntos es suprimir su separación; que salir implica un acto volitivo de nuestra parte, si de verdad queremos curarnos y que exceptuar alude, siempre, en todos los casos, a prevenir.

No es otro el objeto de la sabiduría:

prevenir el error o,

en su defecto, mitigar sus consecuencias. Ajustar constantemente la lente de la vida. «Los cristianos ortodoxos seguían la tradicional enseñanza judía —escribe Elaine Pagels en *Los Evangelios Gnósticos*— de que lo que separa a la humanidad de Dios, además de la disimilitud esencial, es el pecado humano. La palabra que en el Nuevo Testamento significa 'pecado', *hamartia,* tiene su origen en el deporte del tiro con arco y significa literalmente 'errar en el blanco'. Las fuentes del Nuevo Testamento nos enseñan que si padecemos aflicciones mentales y físicas, es porque no alcanzamos el objetivo moral al que apuntamos». En cuanto a la palabra hebrea que corresponde a «pecado», es *jetta,* que tiene un misterioso parecido fonético con *jitá,* «trigo». Ambas comparten dos letras —la *jet* y la *tet*— octava y novena, respectivamente, en la secuencia alfabética. En los misterios eleusinos, la espiga de trigo era el símbolo trágico de la muerte y la resurrección, y por lo tanto, de toda renovación espiritual. En el ámbito hebreo, esa raíz semántica del trigo indica al mismo tiempo que «pureza» y «disyunción», «elección», «alianza», «bendición». Pecar, podríamos decir entonces, en su origen es atentar contra la simiente, desperdiciar el grano, tanto como desconocer su ciclo. La condena bíblica del onanismo procede de considerárselo una rotura de la polaridad masculina-femenina y, a la vez, un acto estéril, pues la semilla, aun siendo fatalmente ambigua, no por ello es menos sagrada.

Si recordamos ahora que, según el *Génesis,* venimos al mundo por la transgresión de Adán y Eva —quien después de ingerir el higo de su fatalidad queda embarazada y engendra al tercero en discordia— comprenderemos mejor que, reproducirnos, vivir y pecar son inexorablemente una y la misma cosa. Por el sólo hecho de vivir moriremos. Más aún, ateniéndonos al puro significado emblemático de *jet,* la «vida», y la *tet,* todo proceso «germinal», «embrionario» —ya vimos que ésas son las letras que comparten los vocablos «pecado» y «trigo»— des-

cubriremos que vivir implica error y causa de desconsuelo, en la medida en que reproduce nuestras equivocaciones, nos replica una y otra vez, alejándonos del origen. A mi juicio, ésta parece ser la causa de la abstinencia sexual en la orden o secta nazarena a la que perteneció Jesús: Quien se dedica al *Zohar,* al «resplandor interno», debe como *nazir,* preservar su simiente. En una palabra, debe autofecundarse. Por eso en el mito crístico, el Maestro es andrógino, como Dios mismo. Macho y hembra a la vez. El Árbol del Bien y del Mal determina a la especie; el Árbol de la Vida libera al individuo.

También en el yoga chino observamos algo semejante: «El practicante debe estar en guardia —anota Lu K'uan Yu en su *Alquimia e Inmortalidad*— para evitar el escape de vitalidad, de manera que pueda conservarla en el cuerpo y nutrir y desarrollar la semilla inmortal». ¿Implica esto una condena de la sexualidad, de la reproducción, como creyeron muchos gnósticos y santos? Otra vez nos hallamos ante el crucigrama del hombre natural y el hombre sobrenatural, puesto que si la inmortalidad está en la semilla, y es por causa de ésta que nosotros venimos al mundo, ¿qué debemos hacer para sustraernos a su decadencia, qué para evitar el sufrimiento y la enfermedad y qué para entender la muerte? La *epoptia* o contemplación que el iniciado llevaba a cabo en Eleusis le permitía honrar a Démeter que, en cierto modo era, como Eva, «madre de lo viviente». La visión silenciosa del grano de trigo evocaba, tras la perennidad de las estaciones, la alternancia de la muerte y resurrección en nuevos y múltiples granos. Pero también aludía a las generaciones humanas que se suceden unas a otras, volviendo ilusorio el yo, el ego. El grano, la simiente, en cierto modo es la especie detenida en un punto, !a eternidad en un instante. Los hindúes lo denominan *bindu:* el «punto», la «matriz» en el mándala, es decir, el origen de toda forma. Fijar la atención en ese punto nos retrotrae al *bi* hebreo, el «en mí». «Como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti», nos decía *Juan 17:21.*

El original griego dice *en emoi;* en la versión hebrea, ese *bi tiene* valor numérico doce, número de los frutos del Árbol de la Vida, por mediación de cuyas hojas los pueblos de la tierra conocerían la salud.

¿Cómo comer de ese árbol, cómo extraer inmortalidad de la muerte? Nacidos, irremisiblemente moriremos; aparecidos, desapareceremos. ¿Tiene entonces remedio este drama inexorable, repetido desde hace milenios? ¿Es posible restituir en nosotros un estado paradisiaco, atemporal, recordado en casi todas las grandes tradiciones de la humanidad como un momento integro, homogéneo, feliz? ¿Habló Jesús de eso, insinuó siquiera el método para recuperarlo? ¿Desde qué perspectiva debemos entender hoy su mensaje terapéutico, de sanador? Nos *parece* que al llamarlo terapeuta y kabalista —es decir un *Bal Shem* más en la cadena de los muchos que fueron y muchos que aún serán— lo acercamos a nuestra época para que hable a nuestros dolores, comprenda nuestras heridas no como un Dios al que solicitamos favores, sino como un hermano con quien compartimos el pan de nuestro sufrimiento y el vino de nuestra alegría.

«Yo amo a quienes me aman», explícita el *Proverbio 8:17.* Si el hombre, buscador sincero, se pone en camino; si golpea la puerta e inquiere, halla, arriba a destino y finalmente se ve transportado de dimensión en dimensión, hasta percibir la fuente de toda vida, el uno-en-el-Uno. Hablando de los terapeutas, de los «cultivadores» que vivían junto al lago Mareotis o en las inmediaciones del Mar Muerto en su versión esenia, Filón de Alejandría nos dice: «El género de vida escogido por estos filósofos se pone al punto de manifiesto en el vocablo que los designa, pues llámanse terapeutas y terapéutrides. Dicha elección corresponde exactamente al sentido del término, porque practican un arte superior: el de curar. Mayor que el que se practica en las ciudades, ya que éste sólo cuida de los cuerpos, en tanto aquél se aplica también a las almas oprimidas

por las enfermedades penosas y de difícil cura, que lanzan sobre ellas los placeres, los temores, las ambiciones, las insensateces, las injusticias y la inmensa multitud de las otras pasiones y vicios. La naturaleza y las leyes sagradas les han honrado a servir al Que Es».

El pasaje citado pertenece a su Vida *Contemplativa.* El hecho de que Filón destaque la polaridad ciudad/campo no hace más que enfatizar la oposición cultura/naturaleza. El filósofo atribuye nuestros males a excesos de todo tipo y a la pérdida de cierta armonía natural, pues para él y para los terapeutas, el orden interno es reflejo del orden cósmico y a la inversa. Cuando percibimos que entre nuestros sentidos y el mundo externo hay una sutil armonía —que para los griegos y hebreos era un «ajuste», un «encaje», un «acuerdo», además de la «ley» central de la música— y a través de la contemplación meditativa comenzamos a intuir su coherencia, por el solo hecho de amarla, ella a su vez —siguiendo la idea del citado proverbio— nos amará a nosotros. Tal proceso requiere, empero, un retorno a uno mismo: alejarse de los núcleos urbanos, de la multitud y volver de la superficie al centro. Romper por un tiempo los lazos sociales es el preámbulo indispensable al crecimiento de las nuevas alas.

¿De qué modo se regeneran los tejidos y cómo se restablecen los órganos enfermos si no es por medio de una recodificación genética de su función especifica? La salud fluye, es un estado abierto, de permanente homeostasis con el medio ambiente. La enfermedad, por el contrario, es estancamiento, reiteración. Un enfermo comienza por contraerse, por cerrarse en alguna parte de sí mismo, como una medusa a la que pinchásemos con una aguja. Somos demasiado sensibles al dolor y quizá por ello propensos a enfermar primero psíquica y luego somáticamente. La palabra hebrea para «dolor» es *keeb,* y se compone de tres letras: *cáf,* cuyo valor numérico es 20; *alef,* que tiene por cifra el 1 y finalmente la letra *bet,* que vale 2.

El valor gemátrico del dolor, es decir, la adición numérica de sus constituyentes, da 23. Considerando que ésa es la cifra de la dotación cromosómica que por pares articula nuestra existencia física, venir a la vida es venir al dolor. Estos 23 pares suman, a su vez, las 46 asas nucleares que viven en nuestras células, replicándose y transmitiendo la necesaria información que nos otorga apariencia. El número 23 es inversión especular de la cifra 32, que para los kabalistas tiene tan alto y hondo significado. «¿Y qué significan las consonantes *lámed-bet?,* se pregunta el *Libro de la Claridad* o *Bahir*. Aluden a los treinta y dos senderos de la sabiduría, delicadamente ocultos, que confluyen hacia el corazón. Cada uno de ellos está regido por una forma especial, de las cuales se dice en el *Génesis 3:24:* «Para guardar el camino del Árbol de la Vida».

Pese a lo duro de sus efectos, el dolor encierra también conocimiento, tiene un mensaje que procede del «Padre», *ab.* Cada dolor, cada sufrimiento es una enseñanza, una lección que hay que desentrañar a posteriori. Lo cual no implica ningún fatalismo previo, ni mucho menos una condena forzosa. Nadie tiene la enfermedad que merece, pero muchos tienen la enfermedad que se buscan. Ya que el dolor es inevitable, porque con él venimos a la vida y puesto que el parto de nuestra madre implica desgarramiento, trance, dilatación, corte, se diría que por el sufrimiento crecemos y por la alegría de superarlo hacemos uso de ese crecimiento. Convertir 23 en 32 es ir de la codificación a la decodificación, en pos de cura al centro del propio corazón, que nada retiene para sí y que a todos los órganos y tejidos beneficia por igual. En muchas culturas, el sufrimiento, el dolor asumido, la mortificación, es la *prima materia* a partir de la cual se fabrica el elixir, el fármaco. Existe un significativo pasaje de los *Hechos de Juan,* uno de los tantos evangelios apócrifos, en el cual podemos leer esta misteriosa frase atribuida a Jesús: «Aprended a sufrir y seréis capaces de no sufrir». Idéntico es el estado que buscan con sus prácticas

los *fukara* o maestros sufíes, mediante sus lechos de clavos, ayunos, pruebas físicas, para templar el templo del cuerpo, cuyo altar lo constituye ese corazón por el que se llega al Árbol de la Vida, según nos dice el *Bahir*. Como son los querubines quienes tienen el conocimiento de ese tesoro, apropiamos de sus espadas encendidas es el primer paso para recuperar la salud.

Kéter-Corona

Cuando el discípulo ha salido, asomado su cabeza al mundo, lo primero que debe hacer es procurarse ese rocío de la resurrección que contiene el secreto del retorno paradisíaco. Gotas de agua divina que, al contacto con su cabeza, le despertarán la memoria. Ese rocío está contenido, para quien sabe verlo, en la palabra hebrea *lahat,* que acude a la vez a «filo», «hoja», «abrasamiento», «entusiasmo» y que es vocablo que figura en el *Génesis 3:24* junto a la espada flamígera de los querubines. Para extraerlo, por aliteración, debemos leerlo como *ha-tal,* y entonces obtendremos «el rocío» del que con fantástica elocuencia el *Zohar* escribe: «En el momento de la resurrección, el Creador hará que caiga un rocío sobre la tierra en la que los muertos estaban enterrados y éstos se levantarán. Este rocío viene del Árbol de la Vida y es un rocío de luz». Pasaje que se apoya, a su vez, en el versículo de *Isaías 26:19* que dice: «¡Despertad, cantad, moradores del polvo! Porque tu rocío es un rocío de luz». De este modo, todo tránsito de la muerte o ignorancia a la vida o sabiduría se hace pues por mediación de este rocío de luz, cuando entra en contacto con la primera sefirá o Kéter, la Corona, por sobre la cual oscila la Luz-Sin-Fin, el *Ain Sof* de la Kábala.

Como el rocío, en casi todas las tradiciones, está asociado a la gracia y a la inmortalidad —Lie Tsé cuenta que los Inmor-

tales de la isla Ho-che se alimentan de aire y de rocío, y Lao Tsé, por su parte, ve en el rocío el signo de amorosa unión del Cielo y la Tierra— y como aparece ligado por sutiles lazos acuáticos a lo que Plinio llamaba «saliva de los astros», brota de él un relámpago que, desde la bóveda celeste, pasa entonces a la bóveda craneana, para vibrar en la fontanela mayor o bregmática y, mediante la experiencia que los místicos denominan «don de lágrimas», acabar convirtiendo lo salado en dulce, el dolor en alegría, el sueño en despertar. Calixto II Xantho-poulos, uno de los grandes maestros de filocalia o plegaria del corazón, escribió: «El agua que sale del corazón llena por completo, al hombre interior, del rocío divino». El rocío-de-la-luz, el *tal orot* de la Biblia, juega con el doble sentido en la palabra *orot,* que indica «hierbas» y «luces» al mismo tiempo. Además, *orot* procede de la combinación de otros dos nombres: «luz», *or,* y oí, «letra», por lo que el camino para la obtención del elixir celestial, el rocío, pasa por la extracción de la luz contenida en las palabras del versículo citado. Así, el primer sendero desbrozado por el Adán natural es recorrido por el Adán sobrenatural, y del Árbol del Conocimiento aquél progresará hasta el Árbol de la Vida, cuando sea capaz de transformarse en el querubín de la espada de fuego.

¿Quiénes podían, en el pasado, en los días previos a la manifestación terrena de Jesús, explorar ese camino y cómo se llamaban? Hemos citado al más vasto y hondo documento de la Kábala española, el *Zohar* o *Libro del Esplendor,* y ahora cabe recordar a sus primitivos discípulos, a los nazarenos o *nazirim,* que en la tradición hebrea se consagraban a la búsqueda interior, al redescubrimiento del hombre-luz que mora en todos nosotros; porque entre el *Zohar* y ellos —los nazarenos o nazareos— existe la común raíz *raz,* que significa «secreto» y tiene valor numérico 207, la misma cifra que *or,* «luz». Si evocamos ahora la famosa frase de Jesús tal como figura en *Juan 8:12:* «Yo soy la luz del mundo: el que me sigue no andará

en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida», y recordamos que en *Efesios 5:8* se nos dice: «Porque en otro tiempo erais tinieblas, mas ahora sois luz en el Señor; andad como hijos de luz», aludiendo a sus discípulos, sabremos por qué los primeros cristianos fueron llamados, junto a Pablo su cabecilla, nazarenos. Sin embargo, hay al respecto una confusión etimológica no debidamente aclarada, que procede de *Mateo 2:23:* «... y vino y habitó en la ciudad que se llama Nazaret, para que se cumpliese lo que fue dicho por los profetas, que habría de ser llamado nazareno».

En rigor de verdad, los nazarenos no indicaban un topónimo sino una función: encarnaban un voto al Creador. «Habló Dios a Moisés diciendo: habla a los hijos de Israel y diles: el hombre o la mujer que se aparte haciendo voto de nazareno para dedicarse al Creador *(nazir lehizaher l*eyehová) se abstendrá de vino y de sidra-, no beberá vinagre de vino, ni vinagre de sidra, ni beberá ningún licor de uvas, ni tampoco comerá uvas frescas ni secas». Y también: «Todo el tiempo de su nazarenato no pasará navaja sobre su cabeza, hasta que sean cumplidos los días de su consagración; será santo y se dejará crecer el cabello. Todo el tiempo que se aparte para Dios no se acercará a persona muerta. Ni aun por su padre ni por su madre, ni por su hermano ni por su hermana podrá contaminarse cuando mueran; porque la consagración la tiene *sobre su cabeza»,* podemos leer en *Números 6.*

He subrayado expresamente el final de la frase, porque está en relación con Kéter, la Corona. En la genealogía nazarena, Samuel el profeta y Sansón el juez preceden a Jesús; son las figuras consagradas por el nazarenato como las más importantes de la Biblia. En cuanto al horror a la contaminación por los muertos y la muerte, explica en cierto modo la actitud adoptada en la frase evangélica: «Dejad que los muertos en-tierren a sus muertos» de *Mateo 8:22.* La prohibición que pesa sobre el vino, en cambio, hay que considerarla más simbólica

que real, puesto que si la analizamos desde el punto de vista de la Kábala, descubrimos que el valor numérico de *iain,* «vino», es 70, cifra idéntica a la de *sod,* «secreto»; los nazarenos estaban al corriente de esta gematría. Hay un extraordinario y ambiguo secreto en el vino. Los descendientes de la casa de Aarón, es decir, los hombres de linaje sacerdotal, tenían prohibido el vino cuando ingresaban en el tabernáculo, ya que acceder beodo a lo sagrado, podía desmerecer la trascendencia del rito. En el *Levítico 10:9 se* recomienda abstención de vino «para que no muráis». Sin embargo, en otro pasaje, vemos que éste es objeto de consagración y que por ello se lo ofrenda a Dios. En el *Génesis 49:11* se habla de «la sangre de las uvas», *dam anabim,* y ése es el primer antecedente metafórico de la asociación vino/ sangre. Casi todas las religiones antiguas consideraban a la sangre sede de la vida, y como en la tradición hebrea la vida pertenece a Dios, derramar sangre es mostrar parte de su poder. Por otra parte, *Adam,* el «hombre», es también *adom,* el color «rojo»; la partícula *dam* alude a la «sangre». Si ocurre —tal como vemos en la celebración de la Eucaristía— que el Hijo del hombre se parte, se divide para darse, es por la revelación de lo que contiene su «sangre», *dam,* que se accede al resplandor de la *alef,* letra que simboliza la infinitud del Creador.

¿Violó Jesús a propósito la prohibición nazarena, o bien enfatizó la clave de este tabú? ¿Por qué explica, en *Mateo 26:29:* «Y os digo que desde ahora no beberé más de este fruto de la vid hasta aquel día en que lo beba de nuevo con vosotros en el reino de mi Padre»? ¿Era acaso consciente —y si lo suponemos kabalista no podía no serlo— de que en la palabra «vino», *iain,* se inscribe la doble *yod* del Creador? Es tradicional leer, en las escrituras rabínicas, el Nombre de Dios en forma de doble yota, duplicación en cierto modo impronunciable que, a su vez, alude ¡a las pupilas del Señor! Pero aún podemos ampliar más este contacto, siguiendo una pista que nos da el *Bahir o Libro de la Claridad,* al citar el *Salmo 72:17:* «Se perpetuará su

nombre mientras dure el Sol», pues se «perpetuará» es traducción aproximada de *inon,* y esa palabra contiene las tres letras de i*aín,* «vino». Si Jesús conocía ese salmo, también sabía que para la tradición oral o Kábala registrada por el *Bahir,* al mencionar el significado de *inon,* «allí las dos *nun* están presentes: la curva y la alargada, ya que tal profecía debe cumplirse por lo masculino y lo femenino». El Maestro, al ofrecer la copa, el cáliz de su corazón, sabía que la sangre es doble: fuego y agua, como el cielo, fuego y agua, y que el segundo Adán sería simbólicamente andrógino. En el *Tratado Sanhedrín 98B* del Talmud se dice que i*non* es uno de los nombres del Mesías. ¿Es posible que Jesús conociera esa tradición? Imaginamos que si estaba al tanto, por vía de la antigua tradición oral farísea, de que —tal como lo refleja el Orden Tercero de la *Mischná,* que habla de los nazarenos— «se aplica mayor rigurosidad a la impureza y al rasuramiento del cabello que al fruto de la vid». De hecho, «si un nazareno bebe vino durante toda la jornada, no es culpable más que una vez».

La relación del Sol con el vino, al igual que con la sangre, es muy frecuente en todo el Mediterráneo oriental. La sangre simboliza todos los valores solidarios del fuego, de la vida. Según diversos mitos mediorientales, su sustancia da nacimiento a las plantas e incluso a los metales. Veremos muy pronto cómo esto es cierto —al menos en parte— para el caso del hierro. Es pensando en el vino, bebida de los dioses, que Jesús, fiel a la sentencia expresada por el profeta Isaías de que Israel era la viña del Señor, se atreve a proclamarse la «vid verdadera» y dice a sus discípulos que no pueden ser sarmientos en la planta sagrada del Señor si no permanecen en El.

La savia que sube por la vid es la luz del Espíritu, de ahí que, realmente, el vino «encienda», «ilumine el rostro». En el mandeísmo, beber vino es incorporar claridad, sabiduría y pureza. Para esta misma tradición, nos dice Mircea Eliade, la vida arquetípica tiene agua en su interior (recordemos que para

los hebreos *shamain,* el «cielo», está compuesto de «agua» y «fuego»); sus hojas están formadas por los espíritus de la luz y sus nudos son granos de luz (estrellas). En su libro sobre *Las Estructuras Antropológicas de ¡o Imaginario* (París, 1979) Gilbert Durand acota: «El vino florece igual que la viña, es un ser vivo del que es responsable y guardián el viñador. No obstante, lo que aquí nos interesa sobre todo es que el brebaje sagrado es secreto, oculto, al mismo tiempo que agua de juventud. El vino se vincula con esta constelación en la tradición semítica de Gilgamesh o de Noé. La Diosa madre era llamada «la madre de la vid»... El vino es el símbolo de la vida oculta, de la juventud triunfante y secreta. Por ello y por su color rojo, es una rehabilitación tecnológica de la sangre. La sangre recreada por el lagar es el signo de una inmensa victoria sobre la huida anémica del tiempo».

La palabra «anémica» es reveladora: rico en hierro, el vino fortifica los hematíes de nuestra sangre, que ya posee ese elemento. Se sabe que en la simbología de la Alquimia, el «hierro ostenta el secreto de los secretos», pero suele ignorarse que para la Kábala, la palabra «hierro», *barzel,* puede también leerse como la conjunción de *raz* —que ya habíamos visto indicaba «secreto» y tenía el mismo valor numérico de *or,* «luz»— y *leb,* con el «corazón». De lo cual se desprende que la sangre debe su temple, su poder hemoglobínico, al oxígeno transportado a los líquidos tisulares, gracias a la acción de la ferroproto-porfiñna. El tránsito de la hemoglobina a la oxihemoglobina, realizado a través de nuestra respiración, se lleva a cabo mediante la unión de cuatro moléculas de oxígeno a cada molécula de hemoglobina. ¡Y tal es el factor que ilumina, circulándonos por todo el cuerpo, la cabeza! En efecto, la sangre arterial es más clara que la venosa. Para la Kábala, el aire —por lo tanto, el oxígeno que ésta transporta— posee ya luz.

Un importante pasaje de *Hechos 18:18* nos aclara que San Pablo hizo alguna vez voto de nazareno: «Mas Pablo,

habiéndose detenido aun muchos días allí, después se despidió de los hermanos y navegó a Siria y con él Priscila y Aquila, habiéndose rapado la cabeza en Cencreas, porque tenía hecho voto». La palabra «voto», en la versión hebrea, es *neder,* vocablo que a su vez, en arameo, es asimilable a *nazir.* La superposición de los fonemas d/z era frecuente en todas las lenguas semíticas. De modo que bien podemos imaginar en el Apóstol, como en el Bautista —y con el propósito de alcanzar un Cierto estado de conciencia— pues así lo enuncia *Lucas 1:15:* «No beberá vino ni sidra y será lleno del Espíritu Santo, aun desde el vientre de su madre», la promesa de un voto de nazarenato provisional, temporal, iniciático.

Aquéllos para quienes su propia sangre es vino viven entusiasmados por lo que lo espiritual fermenta, embriagándolos, en su alma. Con el fin de entender más claramente este misterio, debemos recurrir al Sufismo, que ve en el vino el más alto secreto de la búsqueda de lo sagrado y, sin embargo, recomienda a sus adeptos la abstención, regla por lo general observada en todo el Islam, en relación con las bebidas alcohólicas. «Mira: cuando en tu sangre fluya vino, ¡todo es El, mi Amigo, todo es El», dice una canción urdu que salmodian los continuadores del santo Chishti del siglo XIX, Sayed Mir Abdullah Shah, cuyo santuario está en Delhi.

Para Ibn Arabi de Murcia, el vino simboliza el conocimiento de los estados espirituales, la ciencia infusa reservada a los pocos. Precisamente a causa de la imposibilidad de beber vino real, por las varias prohibiciones religiosas que en torno a esa bebida existían, los nazarenos y los sufíes lo dotaron de un poder semejante al de la sangre. Bayazid de Bishtam, el gran místico persa del siglo IX, anotó: «Yo soy el bebedor, el vino y el acto de escanciar. En el mundo de la unificación, todo es uno». También los iniciados griegos, al beber vino —esta vez sí, real— sentían que Dionisos estaba vivo en ellos, que la sangre del dios se transformaba en su sangre, por asimilación mistérica.

Cuando el místico Ibn al Farid escribió, en el siglo XIII (época que coincide con la cristiana búsqueda del Grial) y en su gran poema *Al-Khamriya* o *Elogio del Vino,* la conocida frase. «Hemos bebido a la memoria del Bienamado, un vino que nos ha embriagado antes de la creación de la vid», estaba reactualizando la clave del sacerdocio de Melquisedec, Rey de Paz, quien según el *Génesis 14:17* compartió «pan y vino» con Abraham y quien, de acuerdo con *Hebreos 7:3,* es ese soberano de justicia *(tzedek)* que es «sin padre, sin madre, sin genealogía; que ni tiene principio de días, ni fin de vida, sino que es hecho semejante al Hijo de Dios y permanece sacerdote para siempre».

¡Nada menos que la sabiduría, la disipación del tiempo es lo que se le ofrece a quien participe en la vida anterior a la vid y a quien sumerja su genealogía, es decir su cronología, en el espíritu vivo que navega por nuestra sangre! El Nablusi, otro sufi, comenta que el vino significa la bebida del Amor Divino y que este amor es causa de la embriaguez que produce el olvido completo de todo lo que existe en el mundo. Pero se trata de un olvido que lleva a cabo el ego, no el Ser. «Hay que ceder uno para obtener Uno», reza un proverbio zen. A la «docta ignorancia» de Nicolás de Cusa se llega por una suerte de doble negación: la de no conferir al lógico intelecto más de lo que le pertenece, y luego, la de no considerar al tiempo como medio idóneo para obtener lo que se ve, pues está fuera de todo cómputo. Rumi, el gran poeta persa, anotó: «Antes de que en este mundo hubiera un Paraíso, una viña, uvas, nuestra alma se embriagó de un vino inmortal». El alude antes a lo no-manifiesto, a lo invisible, a lo interior. Para Ornar Khayaam, «el néctar de la uva no tiene precio». De todo lo cual se desprende que el verdadero valor del vino está en otra parte, en el secreto que encierra, antes que en el sabor que ofrece.

Así pues, los nazarenos, grupo al que por un indefinido espacio de tiempo pertenecieron Jesús, Juan el Bautista y Pablo, se abstenían del vino *pero* conocían todo lo que éste encerraba.

O bien —según cómo y ante quién— no se abstenían y revelaban en cambio sus virtudes ocultas. En cuanto a la cabellera sobre la que no debe «alzarse navaja», ciertos indicios nos permiten inferir que el profeta Ellas (2 *Reyes 1:8) era* uno de esos *baal-sear,* «poseedor de largos cabellos» que llevaba una vida entre profétíca y nazarena. La voz hebrea para «cabello», *sear,* puede leerse, con otra puntuación vocálica, como *shaar,* «puerta» o «entrada». ¿Acaso no dijo el Maestro de Nazaret en *Juan 10:9:* «Yo soy la puerta, el que por mi entrare será salvo, entrará y saldrá»?

También los inmortales taoistas llevaban los cabellos largos y esparcidos, con el fin de que les sirvieran como antenas. Dispuestos alrededor de la cabeza, los cabellos semejan asi los rayos solares. En la India, la trama, el tejido del Universo está constituido por la cabellera de Shiva. Siguiendo el ejemplo de los antiguos nazarenos, los ermitaños cristianos de los primeros siglos dejaban crecer sus cabellos, y si la tonsura era sumisión a un grupo, devoción a una orden, abnegación, el dejárselos largos era signo de independencia, de «apartamiento» místico, de camino solitario.

La Corona remeda asi a la cabellera nazarena, al ramaje abierto de la palmera iniciática. La palabra hebrea «corona» *kéter,* figura inscripta en el *Salmo 92:12,* en el que leemos: «E3 justo florecerá como palmera *(ketamar)».* Esta primera sefirá es, en verdad, la encargada de recoger la fuerza proveniente de la Luz-Sin-Fin, es decir, del *Ain Sof.* Se trata de la elipse o el anillo de los cielos que, con sus joyas luminosas, circunda y determina el pensamiento humano. Pero esta Corona, que la Kábala denomina a veces *Atara* —de donde, imaginamos, procede la *tiara*— alude también al cráneo como envase o soporte del cerebro, con sus rugosos y laberínticos hemisferios. A Jesús, según narra *Marcos 15:17,* le ponen en son de burla una corona *(kéter)* tejida de espinas *(kotzim)* con el propósito de ofender en él las esperanzas en el rey mesiánico que

aguardaban los judíos. Pero también le ponen la púrpura *(argamán)* real. O sea, que lo configuran —siempre en un sentido paródico, para los romanos— como el Adam Kadmón, el Rojo Adán que, siendo Hijo del hombre, es también Hijo de Dios. El hecho de que luego vaya a ser crucificado en el Gólgota (la *golgoleth* hebrea significa «calavera») y de que en la iconografía tradicional cristiana al pie de la cruz se vea, casi siempre, un cráneo atribuido al primer Adán, nos revela que los romanos acaban y humillan en Jesús un «principio» contenido en su «cabeza».

En efecto, la palabra *reshit,* que indica «principio», «comienzo», contiene a *rosh,* «cabeza». El segundo Adán, más allá de los avatares históricos, por encima del conflicto judeo-romano y por debajo de la misma teología, tiene que atravesar la misma suerte que el primero, para poder superarlo. Así, la cruz por encima del cráneo, alude a la resurrección por encima del fin. No es en absoluto casual que la palabra «fin», *kotz,* provenga de la misma raíz que *hotz,* «espino». El rojo, la rosa de la sangre debe florecer entre los espinos, para que se cumplan las Escrituras, pero no en el sentido de *uno que sufre por todos,* de *uno que llegó antes que todos* —idea tan limitada como peligrosa— sino en el más vasto y revelador sentido que hace del sacrificado por la ignorancia, un paradigma de la sabiduría; del error de los hombres, la verdad del hombre; de la torpe comedia colectiva, la noble tragedia individual.

El apartamiento, la consagración de los nazarenos implicaba, según mencionamos, un «tener cuidado», un «prestar atención». Ellos eran quienes, herederos de Elias, tenían potestad para «devolver el corazón de los padres a los hijos», dice *Lucas 1.17.* Si reparamos en la palabra griega empleada para «hijos», no vemos *huios* sino *téknon,* «niño», es decir el «como niños» necesario para revivir la experiencia paradisíaca. La voz *téknon* está, a su vez, emparentada con *teknáo:* «hacer una obra de arte». Por lo visto, a los nazarenos les tocaba restituir un

estado primigenio, ucrónico, en un mundo caído en el tiempo, atrapado por la red muerta de la cronología. Al ligar los corazones, su trabajo era cordial, amoroso, unitivo. Por ello, eran curadores de almas, terapeutas. Si diéramos vuelta la palabra hebrea «voto», *neder,* obtendríamos *radán,* «el que se aleja», pero también «el que desciende» *(rad).* Se alejaban del tumulto humano, de la masa, para descender hacia las profundidades de sí mismos, hacia la cripta, la mina, el lagar de su propio corazón, en el que los siempre vivos senderos de la sabiduría preparaban el mosto del vino de su sangre.

Tienen su «consagración sobre su cabeza», explicaba el citado pasaje de Números, a propósito de los nazarenos. Pero ¿qué hay bajo el hueso, bajo el aro espléndido de Kéter? Hemos visto que hay «el principio» y además, un «canto de fuego»: *shar,* «melodía», «cántico», de *esh,* «fuego», ya que en la palabra *rosh,* «cabeza» caben precisamente esas dos palabras. ¿Y no nos dice el Bautista que «él os bautizará en Espíritu Santo y fuego»? En e! conocido logion 82 del *Evangelio de Tomás,* oímos decir a Jesús: «Quien está cerca de mí está cerca del fuego y quien está lejos de mí está lejos del reino». El reino del fuego es, entonces, el reino del principio cósmico. Pero el fuego quema, es peligroso, como el vino. Sólo aquél que lo amaestra, lo sublima, puede ser purificado por sus llamas y a su vez puede purificar a los otros. En tal sentido, Jesús no hace sino reactivar, por mediación de su memoria prenatal, la Ley del Fuego que había traído Moisés a los hebreos. La ley que existe en cada «hombre», *ish,* donde hay «fuego», *esh.* Quienes entran en contacto con el resplandor zohárico, los nazarenos, deben por ello cuidar el envase, la lámpara de sus propios cuerpos, so pena de quemarse antes de tiempo o quemar a los demás, en lugar de iluminarlos.

«Nadie oculta una luz encendida, ni debajo del almud, sino en el candelabro *(ha-menorá),* para que los que entran vean la luz», escribe *Lucas 1:33.* El candelabro representa, en la visión

de *Zacarías 4:1-6,* los siete ojos de Dios, los siete planetas que se cuentan junto al Sol. «La lampara del cuerpo es el ojo; pues si tu ojo fuere simple —prosigue Lucas— también todo tu cuerpo será resplandeciente». La cabeza, óseo cofre de luz, es el sitio donde el *Zohar* ubica además el Séptimo Palacio. «En el Séptimo Palacio se halla también el Arca del Pacto —acota en el citado texto, Simeón Bar Yohai— porque todas las almas salen de ella, y en su más intimo retiro se halla el *punto oculto».* Este punto, que la Kábala denomina el «espíritu supremo», es la fuente de vida. Pero no sólo los dos ojos son —deberíamos agregar— las lámparas del cuerpo: también lo son los oidos, las fosas nasales y la boca. Siete orificios como los siete planetas. En la India, son los siete *chakras* o flores energéticas que, como es natural, culminan en el *sahasrara-padma,* la coronilla, donde se hallan las letras del alfabeto sánscrito completo. Por encima de *ajna,* el entrecejo, la mente, está el loto de los mil pétalos, con el Verbo alcanzando su máximo poder numinoso en torno al *bindu* Parashiva, *¡otra vez el punto supremo!*

¿Se trata de una alusión a la hipófisis o al cuerpo pituitario que regula el funcionamiento hormonal, glándula endocrina a la que también afluyen las respuestas de los órganos regulados? Entre las hormonas que produce la hipófisis se hallan las gonadotrópicas, que regulan la función de las glándulas sexuales del hombre y la mujer. Ese es el motivo por el cual —y para autofecundarse durante cierto tiempo al menos— el nazareno emplea alquímicamente su simiente retrotrayéndola a la *cabeza.* El *Bahir* sostiene que el semen procede del cerebro del hombre y desciende al miembro a través de la columna vertebral. Ello es así, nos dice, «porque la simiente procede de arriba». El Séptimo Palacio abraza, para el *Libro de la Claridad,* todas las palabras; suele concebírselo doble, es decir, que en él el seis (simbólicamente, el «hombre») está unido al siete (es decir, «Dios») en el pensamiento o *majshabá,* que no tiene principio ni fin. «Asi que —nos recuerda Lucas en el citado pasaje— siendo todo

tu cuerpo resplandeciente, no teniendo alguna parte de tinieblas, será todo luminoso». Este *somá foteinón* debe comenzar por la asunción del ojo simple, el *ain tmimá,* que la versión griega denomina *oftalmós aplous,* considerándolo llano, honesto, preciso, mientras que la connotación de la palabra hebrea supone, además de lo dicho, un «estar de acuerdo».

En efecto, *tmimá,* «simple», «honesto», puede leerse como *hamatim,* si permuto la letra *hei,* el «espíritu», por la letra alef, la «energía». El coronado por su propio discernimiento interior, que procede de lo alto, de lo ascensional, es ante todo un *matim,* un ser que se «corresponde» con la realidad circundante. Ajustado como una lente fotográfica sobre su cámara, el ojo simple o perfecto, el ojo por el que comienza el ingreso de luz al cuerpo-lámpara, acepta lo que halla, sin dividirlo, porque sabe que la condición de todo viajero que quiere llegar a destino es el desbordamiento de los tabiques, la buena disposición hacia todo, la valentía. Una vez que se ha salido al mundo, no hay vuelta al punto de partida. Ya en ruta, los lirios del campo, los pájaros, las nubes, el agua, el viento, el Sol, las estrellas, los árboles son un alfabeto que hay que aprender a leer, porque la naturaleza es *una parábola* de lo sobrenatural, el revés de la trama del espíritu. Y así como no hay retorno al punto de expulsión, del mismo modo no hay, para la cabeza, nada estático. Siendo imagen del Cielo, de la bóveda celeste, bien dice Jesús en *Mateo 8:20* que: «Las zorras tienen guaridas y las aves del cielo nidos, mas el Hijo del hombre no tiene donde recostar su cabeza».

¿Cómo debemos interpretar sus alusiones, negativa o positivamente? ¿Se queja o bien celebra que no exista punto

de apoyo? La versión griega dice *kefalín-kliní,* significando esta última palabra, al mismo tiempo que «lecho», «cama», «reclinatorio», «féretro» o «ataúd». Podemos sospechar, entonces, que detenerse es, en cierto modo morir, pero también que precisamente porque lo sabe, hay en el Hijo del hombre algo inmortal, dinámico, creador por viajero, eterno por libre.

Somos neguentrópicos y luchamos, mientras vivimos, para combatir el mortífero efecto de la ley de la gravedad, con el vivificante impulso de la ley de la levitación. No sólo no tiene el hombre dónde apoyar la cabeza, sino que *no debe* apoyarla en ningún sitio. Al menos, mientras su periplo no haya dado con la Jokmá o Sabiduría, en tanto el rocío que ilumina la Corona o Kéter no haya horadado sutilmente el cráneo y la memoria cósmica no haya sido activada, luz sobre luz.

La segunda sefirá aparece, con frecuencia, asociada al hemisferio cerebral izquierdo, a lo lógico, racional, en tanto que —según veremos, la tercera sefirá, Biná o Entendimiento— lo está a lo analógico, lo irracional o espontáneo. La Sabiduría suele denominarse el «principio activo» o bien el «padre», en algunos círculos kabalísticos, y en otros la «hija», hipostasiada en forma de la Torá. Azriel de Gerona, en el siglo XII, anotó que Jokmá es «la fuerza de lo posible, lo virtual, una potencia simple que determina la forma, las substancias en transformación». Es muy probable que aludiera al contenido semántico de la palabra, puesto que Jokmá lleva implícita la voz *koaj,* «fuerza», y también *móaj,* «cerebro», de donde podemos leer que la Sabiduría es la energía, la fuerza del cerebro, idea no del todo errónea si consideramos que en la inevitable lateralidad de nuestro aprendizaje conferimos a la mano derecha, regida por el hemisferio izquierdo, una parte más activa y determinante que a la mano izquierda. Sin embargo, la Sabiduría es oculta y tal vez inescrutable, por lo cual únicamente la podemos conocer 46

por sus actos, a través de sus manifestaciones. En el pasaje de *1 Corintios 2:6* se lee: «Empero, hablamos de sabiduría entre perfectos; y sabiduría no de este siglo, ni de los príncipes de este siglo, que se deshacen; mas hablamos sabiduría de Dios en misterio, la sabiduría oculta, la cual predestinó antes de los siglos, para nuestra gloria». Esta sabiduría oculta, que la Kábala llama de igual modo, *Jokmá Nisteret,* tiene su causa en el punto invisible sobre el cual el iniciado percibe la reverberación de la gota de rocío.

Salimos al mundo en pos de lo que ya tenemos *sin saberlo.* Dejamos nuestra vivienda para acabar dándonos cuenta de que, en realidad, como dice *Proverbios 24:3* al respecto: «Con sabiduría se edificará la casa». En ese sentido, es cierto que la Sabiduría es causa unidimensional del tridimensional Entendimiento o segunda sefirá. Si repasamos el versículo original, nos encontramos con que «edificará» es en hebreo *ibané,* palabra que tiene las mismas letras que *Biná.* Lo cual sigue el orden relampagueante que recorre el Árbol Sefirótico, de la Corona a la Sabiduría y de la Sabiduría al Entendimiento.

Pero si todo está ya en nosotros ¿por qué hemos de salir a buscarlo fuera? ¿Cuál es el verdadero norte de la brújula? «Señor —nos dice *Juan 14:5*— no sabemos a dónde vas ¿cómo pues, podemos saber el camino? Jesús le dice: Yo soy el camino». Por lo manifiesto hacia lo inmanifestado, por lo visible a lo invisible. Los ojos, proyectados hacia fuera, tienen, sin embargo, en los lóbulos occipitales, junto a la nuca, sus radiaciones ópticas, pues es sobre la llamada *fovea centralis,* zona del ojo ubicada cerca del *punto ciego,* donde se forma la imagen mas nítida. ¡Qué sorprendente paradoja constituye el hecho de que para convertirnos en camino tengamos que salir a los caminos, en que para entender las «muchas moradas de la casa del Padre» debamos explorar su abierta naturaleza, vivir apasionadamente, mezclarnos con el mundo, y que para ver más claramente, muchas veces tengamos que cerrar los ojos! Pues

«nadie subió al cielo, sino el que descendió del cielo», nos dice *Juan 3:14.* La venida del Hijo del hombre al mundo, la llegada de los hombres a la vida no es para su propia condena, sino para que la misma vida «sea salva» por su intermedio. En ese pasaje vemos hasta qué punto el desarrollo del Adán natural y su posterior conversión en ser sobrenatural no supone la negación de su humanidad, sino su más rotunda afirmación, su autoiluminación, su encendimiento. «El que obra verdad — prosigue Juan—viene a la luz». Ya que el sentido original de obrar en verdad no puede ser sino manifestarse, es por lo evidente por lo que es posible diagnosticar y, en suma, curar. El terapeuta, como el educador, saca, extrae, desnuda lo bueno y lo malo, para que el organismo se fortalezca entre sus muchos actos y deshaga y haga de nuevo su ruta vital.

Si la sabiduría es la *causa causarum* y está relacionada, topográficamente, con el hemisferio izquierdo —el más racional de los dos al decir de los neurólogos— su función equivaldría al plan, al proyecto que luego tomará cuerpo, es decir, se hará consciente de sí mismo, se erigirá a través de Biná en el Entendimiento. Un importante pasaje del *Libro de la Creación* nos dice que debemos «entender con sabiduría y ser sabios con entendimiento», lo que en lenguaje kabalístico significa *«hebín be-jokmá u-jajem be-biná»,* es decir, emplea el hemisferio izquierdo para conocer el derecho y el derecho para conocer el izquierdo. Une en ti el padre a la madre, haz del macho hembra y de la hembra macho. Retorna al tálamo de tu propia cabeza y observa esta maravilla: en el *quiasma óptico* parte de las fibras procedentes de la retina se cruzan y el resto continúa su camino. Las fibras nerviosas que atraviesan el quiasma (¡que significa «cruz», «cruce»!) hacia el lado opuesto no están seleccionadas al azar, sino que son las que proceden del lado interno de la retina. De tal modo que la cintilla óptica derecha transporta mensajes correspondientes únicamente a objetos vistos a la izquierda del campo visual, y la cintilla óptica izquierda, mensajes corres-

pondientes a los objetos vistos a la derecha del campo visual.

Esta inversión especular nos remite a un revelador pasaje del *Zohar* que habla del «espejo brillante» sobre el cual el ojo puede permanecer y «llenarse tan completamente de belleza que, al fin, penetra en lo más íntimo del ser e inunda el alma con una luz siempre duradera. Y el alma, habiendo abarcado el significado interno de la luz que la inunda, se calienta en su irradiación y se satisface en todo momento con el gozo que emite». Esta clase de *unio* —como la llaman los místicos— de hecho y*a* ocurre, pues al recrear el mundo con su mirada, el hombre invierte, a través del espejo de su mente, el campo visual exterior. Sólo debe, pues, *darse cuenta de lo que se da vuelta,* a fin de que la famosa ley de la *Tabla Esmeralda,* documento hermético que sostiene que: «Lo que está abajo es como lo que está arriba, y lo que está arriba como lo que está abajo; por estas cosas se hacen los milagros de una sola cosa. Y como todas las cosas son y provienen del Uno, por la mediación del Uno, asi todas las cosas han sido creadas de esta cosa única, por adaptación», le permita entender esa idea también en un sentido horizontal: tan profundo es nuestro interior cuanto lo exterior a nuestros ojos, pues todo forma parte de una misma entidad. Si comparamos las palabras «espejo», reí, con «luz», *or,* observaremos que sólo se diferencian por dos letras: la |*od* (el Padre) en el caso del espejo y la v*av* (el Hijo), para el caso de la luz. O sea, que la llamada Identidad Suprema es, desde el punto de vista de la Kábala, la luz que nos devuelve el espejo.

Pero cada espejo, sin embargo, tiene dos caras, la brillante y la opaca. La visible y la invisible. Estas son Jokmá y Biná, respectivamente, mientras que Kéter o Corona sería «la luz celeste» que se desplaza entre sus átomos, su verdadero sustento y realidad. Al hablar de estas tres primeras sefirots el *Zohar* nos dice que «Dios es el maestro en el manto blanco y la cara resplandeciente. El blanco de su ojo forma cuatro mil mundos y los justos de este mundo heredarán cada uno cuatrocientos

mundos iluminados por el blanco del ojo. Millones de mundos tienen su base y su soporte en su cabeza. El rocío que surge de su cabeza y emana de ella resucitará a los muertos en el mundo futuro. Este rocío, que es el maná de los justos, es transparente como el diamante, aunque emite todos los colores... la blancura de su cabeza lanza luz en todas direcciones». Este espacio simbólico que el *Libro del Esplendor* denomina la Cara Mayor, está compuesto de tres naturalezas de principios superpuestos: macho, hembra e hijo. Es decir que, en el cruce de la Sabiduría con el Entendimiento, apelando al apoyo de la Corona, el iniciado descubre lo que los kabalistas denominan el mundo de los ascendientes, nuestra filiación con los maestros. Algo semejante se desprende nítidamente del relato evangélico de la Transfiguración: «Y se transfiguró delante de ellos —anota *Mateo 17*— y resplandeció su rostro como el Sol, y sus vestidos se hicieron blancos como la luz. Y he aquí que aparecieron Moisés y Elias, hablando con él». Momento en que el Creador recomendará a los discípulos, a Pedro, Jacobo y Juan, que presten atención al «Hijo amado», oyéndolo, teniendo en cuenta sus palabras. La voz griega empleada en el pasaje y que equivale a «transfiguración» es *metamorfosis,* vocablo que tiene el eco lepidóptero de la crisálida que pasa, a través del calor y la luz, al estadio de mariposa. Por ello decía Dante que el hombre es una «mariposa angélica» si acepta el suplicio doloroso de la transfiguración interna, si es capaz de hacer de sus actos alas, de sus pensamientos estrellas, de su corazón una lámpara viva en la que brilla el fuego del Espíritu.

En su *Séfer ha-Jokmá o Libro de la Sabiduría,* Eleazar de Worms, maestro del siglo XII, escribe: «El Creador mostró a Moisés un espejo brillante que es llamado la 'corona suprema'». Ese espejo tendría una cara opaca, la corona, y una cara brillante, la luz que la atraviesa. Por mediación de ese espejo, Moisés conoció el arte de los reflejos que se propagan por los laberintos craneanos y redescubrió el *Bereshit,* el Principio

Único, ese Pacto de Fuego, esa Alianza de Luz cuyo crisol era imposible mirar cara a cara, so pena de quedarse ciego. Pareciera que únicamente nos es dado —con ojos humanos— ver lo creado, pues el Creador es demasiado vasto para el tamaño de nuestros cristalinos. Cuando Job contempla las maravillas de la Creación, se le dice que los cielos son un «espejo fundido», un espejo ante el cual, ¿qué pupila resistirá su danza termonuclear, el brillante pétalo de un relámpago caído desde la flor de la tormenta? Como tenemos tendencia a confundir la imagen proyectada con la luz que la genera, la inmersión en nuestro propio tálamo óptico exige al discípulo responsabilidad en el discernimiento. Tozan, un maestro zen nacido en China en el Siglo IX, escribió en su *Samadhi del Espejo Ilusorio:* «Es como contemplarse en el espejo. La Forma y el reflejo se observan. Tú no eres el reflejo, pero el reflejo eres tú». Esa innata tendencia a confundirnos en medio de las imágenes-idolos, puede disiparse cuando transformamos nuestro narcisismo en verdadero amor, cuando nuestras palabras encarnan en nuestros gestos. Entre los antiguos nahuatles de México, la definición del sabio incluía la de ser «un espejo» para los otros, es decir, un volverlos conscientes de sí mismos, a través del vacío. «Pero sed hacedores de la palabra (poitís) y no solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos —dice *Santiago 1:22*—. Porque si alguno es oidor de la palabra pero no hacedor de ella, éste es semejante al hombre que considera en un espejo su rostro natural. Porque él se considera a si mismo y se va y luego olvida cómo era. Mas el que mira atentamente en la perfecta ley, la de la libertad *(aleuterías)* y persevera en ella, no siendo oidor olvidadizo, sino hacedor de la obra, ése será bienaventurado en lo que hace». El verdadero espejo de un hombre son sus congeneres, pero la luz que lo une a ellos trasciende a uno y a otros.

Si buscáramos las palabras hebreas correspondientes a la "perfecta ley" hallaríamos *Torá tmimá,* lo que indica que el

discípulo debe emplear los textos como vehículo de su libertad, del mismo modo que emplea al espejo como utensilio de autoconocimiento. «Las palabras de la Torá —solía decir rabí Natán, un maestro talmúdico— son como vasos de oro. Cuanto más se restriegan y pulen, mayormente reflejan el rostro de quien se mira en ellas. Si actúas, las palabras de la Ley te harán resplandecer el rostro». Tradicional es, en el ámbito hebreo, considerar a la Torá como un espejo: lo que en ella leemos en un sentido es registrado por el cerebro en otro. Por eso, el kabalista da vuelta a las palabras en sucesivos *drash,* en continuos juegos de paranomasias, aliteraciones y anagramas, con el fin de hallar el derecho del revés, los enlaces de la trama. De igual modo, el terapeuta ha de ser un espejo para su paciente, quien a través de su propia anagnosis o examen puede llegar a descubrirse, enderezar lo torcido, volverse diestro en medio de lo siniestro.

Si sumamos los valores numéricos de las tres primeras sefirots: Corona, Sabiduría y Entendimiento (Kéter = 620 + Jokmá = 73 + Biná = 67 = 760 = 13), obtendremos el número clave del «amor», *ahabá,* pero también el de «Uno», *ejad.* Por eso se dice que el *Bereshit,* el Principio Único, está en la cabeza: «Y a la cabeza de ellos Dios», anota *Miqueas 2:13.* Si multiplicamos 2 por 13 obtendremos el número 26, correspondiente al Tetragrama o Nombre Inefable. Más aún: «en o a la cabeza de ellos» es en hebreo *berosham* y contiene las palabras *ab,* «padre», em, «madre», y *bar,* «hijo», los tres unidos para el «fuego», *esh;* lo cual coincide con lo que ya nos decía el *Zohar:* «Sabiduría que se hace manifiesta produce Entendimiento... Sabiduría es el padre, Entendimiento la madre...».

La verdadera familia de un nazareno es espiritual, una comunidad con sus ascendientes. La verdadera fuerza de un terapeuta es su linaje apolíneo. Hablando de los terapeutas, dice Filón de Alejandría: «Buscan con empeñoso celo la soledad, pero no se alejan demasiado, ya que aman la vida en comunidad y

buscan socorrerse unos a otros, en caso de ataques de ladrones. En cada residencia existe una habitación consagrada, llamada santuario o aislatorio, al que ingresan para cumplir los ritos secretos de la vida religiosa». ¿No nos recuerda este pasaje a *Mateo 6:6?* «Mas tú, cuando oras, éntrate en tu cámara y cerrada la puerta ora a tu Padre que está en secreto (cripto), y tu Padre, que ve en secreto, te recompensará en público». Si decodificamos la palabra «en el principio», *Bereshit,* en otras dos palabras, podemos obtener *bait,* «casa», y rosh, «cabeza». Pero también, claro, el «fuego», *esh,* que ilumina a ambas.

La curación por el fuego es la curación por la verdad. El fin del trabajo especular —de *speculum,* «espejo»— es observar las órbitas de nuestras estrellas interiores, porque toda consideración —*con sidus* indica los «astros»— debe conducirnos a restablecer la armonía con el mundo, con el medio circundante. En *1 Corintios 3:13,* leemos: «La obra de cada uno se hará manifiesta, porque el día la declarará, pues por el fuego será revelada y la obra de cada cual, cualquiera sea, el fuego la probará». Toda inteligencia celeste reflejada por el espejo de la mente se identifica con el Sol, y por esta razón el espejo es con frecuencia un símbolo solar. Pero también un símbolo lunar. Los sabios taoístas salían por la mañana a recoger rocío en sus espejos, pues ése es el alimento de la inmortalidad que, en lenguaje kabalístico, se denomina «resurrección de los muertos». El espejo es el instrumento clásico de Psique; para Al-Ghazali, el cuerpo es el lado opaco del espejo, mientras que su lado brillante representa el alma. Otra vez nos topamos con la misma idea: para darse cuenta, hay que darse vuelta. Por eso, los nazarenos estudiaban la naturaleza de lo divino, para luego comprender lo divino de la naturaleza. «Dos veces por día —continúa diciéndonos Filón de Alejandría en su tratado sobre la contemplación— los terapeutas acostumbraban entregarse a la plegaria, hacia la aurora y hacia el atardecer. Al salir el Sol, suplican por un día brillante, brillante de verdad, es decir, en

el que la luz celestial llenase sus inteligencias; al ocultarse, ruegan para que sus almas, liberadas de la turbación de los sentidos y las cosas sensibles y replegadas en la sala de deliberaciones que son ellas mismas, puedan seguir las huellas de la verdad. Durante el tiempo que media entre el amanecer y el atardecer, se entregan enteramente a ejercidos consistentes en leer las Santas Escrituras e interpretar alegorías contenidas en la filosofía de sus antepasados, pues entienden que las palabras del texto literal son símbolos de un sentido oculto que se pone en claro desentrañando lo que ellas encubren».

Es tradicional, en los estudios kabalísticos, desprender una palabra de otra, sustraer una radícula de una raíz, para así comprender cómo, en cierto modo, ha llegado la raíz a ser lo que es o bien qué la alimenta en el frondoso árbol del lenguaje bíblico. Si consideramos ahora la segunda sefirá, *Jokmá,* la Sabiduría, veremos en ella la palabra *jamá,* «Sol». Mejor aún, aliterándola, obtenemos *ke-jamá,* «como el Sol», de lo cual resulta que toda sabiduría es heliocéntrica, verdadera, restauradora, cálida, ardiente, luminosa, generadora, dadora de vida. No obstante, los fuegos del Sol, que determinan esta Ley de Fuego, son también peligrosos. Tal vez por ese motivo nos advierte un apólogo del Talmud: «¿Con qué pueden compararse las palabras de la Ley? Las palabras de la Ley pueden compararse con el fuego. Como el fuego vienen del Cielo y como el fuego son perdurables. Si un hombre se acerca mucho a ellas se quema y si se aleja, se hiela. Si son su instrumento de trabajo, salvan al hombre. Si se sirve de ellas como medio de ruina, lo pierden. El fuego deja la marca en todos los que lo usan. Eso mismo hace la Ley. Cada hombre dedicado al estudio de la Torá lleva impreso el sello de fuego en sus hechos y en sus palabras».

Ya en *Jeremías 23:29* leemos.- «¿No es mi palabra como fuego?», elemento que volverá a arder en *Hechos 2:3:* «Y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos». Pero el empleo de esa energía solar,

apolínea —pues Apolo fue también padre de Esculapio, el dios médico— requiere que el terapeuta o el kabalista encarnen primero lo que dicen: que hayan pasado la prueba de fuego. La curación a la que se entregaran con lengua, corazón y manos, es cauterio y bálsamo, pero también navaja de acero candente que divide lo irremediable de lo que aún es sano, pues la salud es mas grande que cada una de las partes del organismo. *La salud tiene que ver con la totalidad.* De ahí que señale Jesús, con sorprendente maestría: «Si tu mano o tu pie fueran ocasión de caer, córtalo y échalo de ti: mejor te es entrar cojo o manco en la vida, que teniendo dos manos o dos pies, ser echado en el fuego eterno. Y si tu ojo te fuera ocasión de caer *(skandalizei* indica «tropiezo», es decir ¡detenerse, por una caída, en medio del camino de la vida!) sácalo y échalo de ti. Mejor te es entrar con un solo ojo en la vida, que teniendo dos ser echado en el fuego del infierno». *Mateo 18:8.*

Extraño dilema éste que señala dos fuegos: el de la vida y el del infierno *{Gehena),* el que ilumina y el que quema. El que nos eleva o el que nos hunde. El del infierno está en relación con el invierno, con el mundo tenebroso de los muertos, con el subsuelo, con el fuego volcánico tal vez. Su color es opaco y *carece* de la cálida luz que emite lo vivo. Contrariamente, la verdadera salud ¿no tendrá que ver con lo transparente, con lo superficial —en el sentido de estar sobre la superficie, sobre la bella piel de la Tierra— y también con lo dinámico? Lo infernal quiere todo para sí; por eso Hades es también Plutón, el Rico, guardián de sus veneros de oro y plata, enterrado en vida. Lo celestial —tin *zoín,* «la vida»— pertenece a Zeus, el Vivo Zeus, quien, como escribiera Esquilo, «es todo lo que está por encima de todo». *Heliades,* frag. 80. Lo celestial mira hacia la Tierra con amor, en tanto que lo infernal se ve corroído por la envidia, por el resentimiento y mira al Cielo con ansiedad. Un fuego eterno no puede ser sino producto de una ambición eterna, de un deseo insaciable. Pero el fuego circunstancial, en su momen-

to, es la chispa sobre la que soplamos el cristal de nuestra lámpara.

El ojo o la mano que debe arrancarse es la que propende a la fijeza; el miembro que, separándose de la totalidad, no se da cuenta de que la regla de oro del metabolismo es lo abierto, la homeostasis, la homeotermia —ni mucho ni poco calor— la sincronía. Un hermoso cuento popular de origen mogol ilustra este principio. Un día, todas las partes del cuerpo tuvieron una disputa. Ninguna quería estar ya al servicio de las otras. Los pies dijeron a las piernas: «No os llevaremos más; id vosotras solas». Las manos exclamaron: «No trabajaremos más para nadie; trabajad vosotros». La boca susurró: «Estoy harta de alimentaros; no masticaré más comida para el vientre». Los ojos dijeron: «También nosotros nos hemos cansado. Ahora miraréis vosotros». Y entonces, como las partes del cuerpo estaban peleadas entre sí, dejaron de ayudarse. No pasó mucho tiempo hasta que empezaron a debilitarse y se volvieron arrugadas y secas. De pronto, un día se dieron cuenta de todas las desdichas que traían estas disputas y decidieron reconciliarse y ayudarse como antes. Los ojos volvieron a mirar, los pies a caminar, las manos retornaron al trabajo y la boca a comer. Unidas, todas las partes viven ahora en buena salud».

El pensamiento gnóstico atribuye a la Sabiduría varias connotaciones complementarias: ella es el «primer creador universal», pero también es el «silencio eterno». El silencio como matriz de la palabra, el vacío como soporte de lo lleno. Con frecuencia, los cristianos gnósticos y por cierto también los kabalistas describen a Dios como un cuerpo bivalente cuya naturaleza incluye elementos tanto masculinos como femeninos. Redescubrirlo en nosotros es el trabajo que se nos exige. Transformarnos en andróginos espirituales. Volver a ser como niños. En el *Evangelio de Tomás* se dice: «Estos niños a los que están amamantando son como los que entran en el Reino de los Cielos». Ellos (los discípulos) le dijeron: ¿Entraremos,

entonces, como niños en el Cielo? Y Jesús les dijo: «Cuando hagáis de dos uno y cuando hagáis lo de dentro igual a lo de fuera y lo de fuera igual a lo de dentro y lo de arriba igual a lo de abajo y cuando hagáis al varón.y a la hembra uno y el mismo, entonces entraréis (en el Reino)». Labor de unificación interior, que es un redescubrimiento, una *teshubá* en sentido bíblico, la respuesta de la vida a la pregunta de la luz. Pero para que el Espíritu interrogue, remueva y se manifieste, el discípulo debe primero abrirse. Cruzar sus hemisferios a través del cuerpo calloso de lo cotidiano, único puente hacia lo maravilloso, ya que en la misma fuente gnóstica de Tomás se nos advierte: «Reconoce lo que está ante tus ojos y lo que está oculto te será revelado».

Biná-Entendimiento

«El ojo que ves no es/ojo porque tú lo veas:/es ojo porque te ve», escribe Antonio Machado, confirmando el dicho de Jesús que recoge Tomás en el texto gnóstico. De nuevo ante el espejo, la claridad sólo se conoce por la claridad. «En tu luz veremos la luz», dice el *Salmo 36:10.* La Sabiduría conduce a Biná, el silencio a la palabra, el proyecto a su realización, de modo tal que para que nuestro cerebro se autofecunde, primero debe hacerse consciente de su complementariedad. Mientras que el hemisferio izquierdo posee la capacidad de procesar información de modo secuencial, el hemisferio derecho lo hace de modo simultáneo, y como lo secuencial es temporal, sucesivo, quizá sea ésa la razón por la cual lo masculino, desde el punto de vista de la lingüística hebrea, es una extensión de la memoria, del recuerdo. *Zajar,* «macho», posee las mismas letras que *zjar,* «recuerda»; mientras que «femenino» o *nekebá,* está en relación con n*akab,* «nombrar», «señalar», «designar». Aquello que la Sabiduría «recuerda» —Platón decía que todo conocimiento no era sino anagnórisis, es decir «reconocimiento»— el Entendimiento, Biná, lo señala, lo encama, lo revive.

Nuestro hemisferio izquierdo, al que se atribuye el discurso lógico, actúa en un régimen de transferencia en serie, en tanto que el derecho lo hace en paralelo. Como anota Carl Sagan: «El hemisferio izquierdo viene a ser un computador digital y el derecho un ordenador analógico». Si Biná, llamada frecuentemente «la madre», relacionada con el hemisferio derecho, tiene que ver con lo paralelo y analógico, entonces es ella quien tendrá, por decirlo de algún modo, la última palabra. La actividad

del hemisferio izquierdo está más cerca de lo diurno, de lo solar, en tanto que la del hemisferio derecho lo está de lo nocturno, responde a lo lunar. Desde el punto de vista de la ciencia neurológica, se sospecha que el hemisferio izquierdo del neocórtex no actúa durante el estado de ensoñación, en tanto que el hemisferio derecho, ducho en símbolos y en configuraciones espaciales, funciona en ese momento de dificultad. La Kábala hace derivar de Biná a *ben,* el «hijo». Y también, agregándole una *lámed: le-biná,* que significa «para la comprensión», a la vez que *lebaná,* «Luna». La Sabiduría nos flexiona, pero el Entendimiento nos hace reflexionar.

El Sol nos crea, pero la Luna nos abarca. El primero dinamiza nuestra sangre, la segunda vivifica nuestra linfa y es dueña de nuestros líquidos intersticiales. A su vez, la sangre tiene que ver con lo visible, con lo coloreable, con lo solar, en tanto que la linfa comienza a modo de capilares ciegos que se reúnen en vasos linfáticos de paredes más bien delgadas y provistos de numerosas válvulas. Y así como los glóbulos blancos o leucocitos forman parte de nuestro sistema inmunológico, de igual modo la linfa, los ganglios linfáticos, son filtrantes estaciones de defensa contra los agentes infecciosos. De todo ello inferimos que el Entendimiento nos permite concentrar, canalizar la fuerza de Sabiduría, pues es la Luna la que regula, sobre la Tierra, el poder del Sol. Sus filtros son el tiempo, el ciclo, el espacio y las formas.

Biná es también *bniá,* una «construcción», una morada que dará cuerpo a los materiales que suministre la Sabiduría. Proyecciones de los hemisferios cerebrales, nuestros ojos son, para la Kábala —como para la Alquimia china— vastagos del Sol y de la Luna. En el lenguaje hermético se hace corresponder ai ojo derecho con el Sol, con la actividad y el futuro, y al ojo izquierdo, con la pasividad y el pasado. De nuevo nos vemos situados ante los binomios Sabiduría/proyección; Entendimiento/profundidad. El hombre es recto y la mujer curva, pero

es sabido que la prolongación de uno conduce a la otra y viceversa.

Si los ojos son tributarios del Sol y de la Luna, el hipotético tercer ojo es el fuego que nace de su unión, la hierogamia que el *Libro de la Creación* denominaba «sé sabio con entendimiento y entiende con sabiduría». Para hacer que «lo de afuera sea como lo de adentro» el kabalista procede entonces por frecuentes inversiones especulares. Se atreve, mediante lecturas cruzadas, a seguir las inervaciones secretas del texto. Otro tanto hace el terapeuta cuando levanta un diagnóstico sintetizando la dispersión y errancia de los dolores, sumando sus emergencias y manifestaciones. Para curar, trata de restituir al cuerpo su funcionalidad unitaria. Desde su comienzo, el Árbol Sefirótico se ordena por pares complementarios para mostrarnos que, si bien la dualidad forma parte de un *solo* organismo, su inmanente manifestación constituye el campo rítmico de nuestra danza. El rocío deberá recorrer, siguiendo el diseño del relámpago, los treinta y dos senderos, asistiendo con su gracia resurrectora a lo alto y lo bajo, lo cercano y lejano; promoviendo el cambio *(metabolé,* voz griega que indica, en un contexto espiritual, «transición», desprendimiento de la vieja piel y aparición de la nueva») y, muy especialmente, facilitando la circulación energética.

En el *Proverbio 3:19 se* lee lo que para muchos kabalistas está en el origen de las tres primeras sefirots: «El Creador con sabiduría (*Jokmá)* fundó la Tierra, afirmó los Cielos con inteligencia (*Tebuná/Biná).* Y con su Ciencia *{Daató/Daat)* los abismos fueron divididos, y destilan rocío los Cielos». Reflectándose suavemente hacia abajo por medio de la Corona, los dos hemisferios cerebrales reciben ese líquido fantástico y permiten al iniciado atisbar la abismal *Daat,* la Ciencia, onceava sefirá invisible que no tardará en ser desplazada hasta ocupar el lugar «otante que le corresponde hoy entre el corazón y la cabeza; asistiendo, como «puerta», a todos los tránsitos reveladores entre

lo visible y lo invisible, lo audible y lo inaudible. Si en un principio Daat se contaba como una especie de cuerpo calloso que uniese el «padre» a la «madre», pronto será traducción exacta de la gnosis, contrapunto y polo de lo que penetra por la coronilla Asignándole a la Sabiduría la letra *alef,* primera en el orden alfabético, y al Entendimiento la *bet,* tenemos el valor uno para el hemisferio izquierdo y dos para el derecho. Muchos proverbios asignan a Biná la capacidad de comprar, que es siempre posterior a la búsqueda de la Sabiduría. Pero comprar supone elección, y en tal sentido parece que la capacidad de distinción espacial, formal, es labor casi exclusiva del hemisferio derecho

Ese hemisferio está considerado, pues, como receptor e indicador de la orientación espacial. Los neurólogos afirman que suyos son el color, la música y, sobre todo, el lugar, lo topográfico. *Beit,* la segunda letra alfabética, quiere decir, entre otras cosas, «casa». Mientras que el hemisferio izquierdo ejerce su predominio sobre el lenguaje y las matemáticas, ambos secuenciales, en cierto modo irreversibles en tanto manifestaciones demostrativas —no puedo invertir $E = mc^2$ sin variar todo el concepto— el hemisferio derecho es sede del improntus poético, de la melodía y las curvas de la geometría analítica. No es sorprendente, entonces, encontrarnos con que en los antiguos oráculos delficos fuera la pitonisa quien recibía la inspiración y prorrumpía a hablar, en tanto que el hierofante o sacerdote descifraba lo dicho por ella.

Pese a su diferenciación, ambos hemisferios, ambas sefirots, se buscan mutuamente, se necesitan, deben simultanear sus acciones, para que la obra del hombre sea equilibrada. Jokmá es advertencia para el ojo, Biná señal para el oído, pero también para la lengua. Entre ambos órganos se explaya el lenguaje, hecho de metáforas, analogías visuales, pero también onomatopéyicas. «La letra *alef* —nos dice el *Libro de la Claridad* profetizando el futuro ritmo *alfa*— es una imagen del cerebro. ¿Te acuerdas ahora de ella? Basta para ello abrir un

poco la boca». Ocurre que, una vez abierta, nacen de ella las palabras y la bet las fonetiza, las modula. Por esa causa, la armonía manifiesta en la sintaxis es obra del Entendimiento, pantalla viva donde se refleja la emanación de la Sabiduría.

A la tensión consonantica le corresponde la distensión vocálica. El *Bahir* nos dice que «cada vocal es un círculo, mientras que cada consonante es un cuadrado, de tal manera que las consonantes no pueden subsistir sin las vocales, ya que son éstas las que les dan vida». Puesto que Eva es llamada por la Biblia «madre de lo viviente», forma parte del mismo universo morfológico el hecho de que el hombre sea dinámico por fuera pero estático por dentro, mientras la mujer es estática por fuera pero dinámica por dentro. Paralelamente a esta complemen-tariedad, se da en la tradición hebrea el binomio tradición escrita/tradición oral. Fuego negro —las letras impresas— y fuego blanco —la página— que por supuesto las abarca. También dos de las letras del Tetragrama —*iod* y la *hei*— son llamadas por el *Zohar* el «padre» y la «madre», respectivamente. La *iod* porque punza, penetra, suscita, y la *hei* porque articula, ablanda y dilata. La suma de ambas da 15, que a su vez es 6, la letra v*av,* el «hijo», el «hombre». El mismo Tetra-grama es masculino/femenino y su signo de igualdad está establecido por la doble *hei.*

Al oído llega lo que no alcanza al ojo. El ojo sale, pero el oído entra. En la porción vestibular del laberinto está el oído interno, que se halla en el interior del hueso temporal en una intrincada disposición denominada laberinto óseo. A modo de estuche, éste contiene, a su vez, el laberinto membranoso, que comprende una porción con función auditiva —el caracol— y una porción encargada de la orientación y el equilibrio —el vestíbulo— zona que se compone de dos pequeñas dilataciones; el utrículo y el sáculo.

Así como al ojo le corresponde lo revelado, al oído le corresponde lo secreto. Mientras que uno procesa las imágenes,

invirtiéndolas en el interior del cerebro, llevando lo que aparece al lado izquierdo al hemisferio derecho y viceversa, el otro deja acceder el sonido directamente al hemisferio en cuyo lado está implantado. En él todo es laberíntico, interior, profundo, oscuro, susurrante. En la logion 81 del *Evangelio de Tomás,* Jesús explica: «Las imágenes son visibles para la gente, mas la luz de dentro está escondida en la imagen de la luz del Padre. El se revelará, mas su imagen está escondida por su luz». Jokmá constituye, pues, la primera chispa, el primer chasquido, pero Biná atraviesa la perilinfa y hace vibrar la cabeza entera en las sucesivas ondas del Entendimiento.

El medio natural del ojo es la luz, el del oído el aire, exactamente como el de la nariz. Puesto que soportamos mejor la falta de luz que la de aire, algunos iniciados atribuyen al oído, o mejor dicho, al conjunto nariz-garganta-oído, un papel más relevante en la evolución espiritual, del que tendría el ojo, víctima, por lo demás, de muchas ilusiones. Un enigmático proverbio zen reza: «Los ojos son horizontales y la nariz vertical, ésa es la esencia». De hecho, en el *Génesis 2:7* se dice: «Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz el aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente». Revelándonos que el contacto con lo divino depende más de nuestras fosas nasales que de nuestras pupilas. «Antes de concretarse en palabra —escribe Safrán en su tratado sobre la Kábala— el *rúaj* o Espíritu se concreta en *réaj,* Perfume». Esa es la razón por la cual el altar de los perfumes ocupaba un lugar tan destacado en el Templo de Salomón.

Pero si Sol y Luna estaban en correspondencia con nuestros ojos, también lo están con las fosas nasales, cuyo alterno ritmo circadiano varía según la altura del Sol y la posición de la Luna. Aprender a respirar es aprender a dilatar e iluminar la conciencia, tal como postula el yoga. Habida cuenta de que para el médico Paracelso «el aire es el medio por el cual se transmiten las enfermedades», prestar atención a nuestro apa-

rato respiratorio no es irrelevante. Jesús sostiene que la verdadera libertad es hermana de lo indeterminado, de lo invisible. Fluye con el aire, con el viento que, como dice *Juan 3:8*«... donde quiere sopla y oyes su sonido; mas no sabes de dónde viene ni a dónde vaya; así es todo aquél que es nacido del espíritu». La raíz griega pnei, «sopla», esta —exactamente como el *rúa)* hebreo que además de «espíritu» es «viento» —relacionada con *pneuma,* lo anímico, o sea el «alma». No podemos regular nuestros párpados del mismo modo que podemos regular nuestra respiración. A diferencia de las vías ópticas y auditivas, que *pasan* a través del tálamo, las vías olfatorias conectan directamente con el sistema límbico del cerebro, responsable de la conducta motivada, la memoria y la emoción. Si recordamos ahora la relación kabalística entre el aroma y el espíritu, comprenderemos por qué, en cierto modo, «nacer al espíritu» tiene que ver con los perfumes que extraigamos de la brisa de nuestra propia respiración. Pues el control, la conciencia que obtengamos de nuestra respiración determinará en mayor o menor medida la fluidez con que liguemos la Sabiduría al Entendimiento. Por causa de una curiosa paradoja, somos capaces de cerrar los ojos y de tapar nuestros oídos por mucho tiempo, pero no de privar a la nariz de su absorción de aire. Y a pesar de ese condicionamiento, en nuestro ser aeróbico está, sin embargo —como dice el Maestro— nuestra libertad.

Los dos hemisferios del cerebro, entonces, coordinan sus funciones como «padre» y «madre», lo lógico y lo analógico. Por el izquierdo la expansión, por el derecho la profundidad, pero por el sutil puente del cuerpo calloso, la comisura de nuestra única sonrisa interior. En el capítulo *8:1* del *Libro de Tomás* se dice: «El Sol y la Luna os darán un dulce aroma, al aire, al espíritu, a la tierra y al agua. Porque si el Sol no brilla sobre estos cuerpos se gastarán y morirán como cizaña o hierba». Ese Sol es Jokmá, la Sabiduría, que siembra en la Luna, Biná, la simiente del Entendimiento. Unidos ambos, se manifiesta lo que

la Kábala llama *majshabá,* el «pensamiento». Vastago tanto del ojo como del oido y respecto del cual el *Libro de la Claridad* nos explica: «Está escrito en el *Eclesiastés 1.8:* 'Nunca se sacia el ojo de ver ni el oído de oír, lo cual significa que tanto el ojo como el oído extraen su fuerza de la *majshabá* o Pensamiento Divino'». Este no conlleva ninguna visión y por lo mismo —continua el *Bahir*— es ilimitado.

Entre los kabalistas provenzales del grupo Yúun, en el siglo XII, se habla con frecuencia de un «pensamiento puro», un «pensamiento original» que sería lo que la luz blanca es al espectro cromático. Conocemos de esta *majshabá* su valor gemátrico, numérico *(mem* = 40 + *jet* = 8 + *shin* = 300 + bet = 2 + *hei* = 5 = 355 = 13), cifra que es la de *ahabá,* «amor», tanto como la

del *beres hit,* «en el principio». Por ello se dice que el principio es un principio de amor que se manifiesta a través del pensamiento y que éste es producto, a su vez, de la unión de la Sabiduría con el Entendimiento. El *Zohar*, al hablar de la lateralidad, atribuye «la profecía al lado masculino (cerebro izquierdo, y por lo tanto lado derecho) mientras que los sueños pertenecen al mundo femenino (cerebro derecho, lado izquierdo)», espacio que antes llamamos zona de lo profundo. Ese pensamiento primigenio, en realidad, es una estructura vacía, un punto inefable que teje y desteje imágenes y fonemas, así como un solo punto urde, en la pantalla televisiva, con un rápido barrido, la trama de lo que percibimos. La palabra *majshabá* puede también leerse como *be-simjá,* «en la alegría», «con felicidad». Cinco letras que, como los cinco sentidos, devuelven la percepción pero envuelven la realidad.

Nuestro cerebro —como una nuez bajo su dura cascara— consta de cinco segmentos desarrollados a partir de las cinco vesículas cerebrales del embrión a) bulbo raquídeo; b) metencéfalo; c) mesencéfalo; d) diencéfalo y e) telencéfalo, segmentos que, al unísono, articulan el ver, gustar, *oir,* tocar y respirar. Si exploramos un poco más la palabra hebrea

majshabá también encontraremos en ella *bejamishá,* que quiere decir, exactamente, «a través de cinco», apuntando asi, de nuevo, a los sentidos; cada uno de los cuales está, por otra parte, en correspondencia con los elementos clásicos: el fuego ilumina el ojo; el agua anima la lengua; el aire sirve a la nariz y al oído, y la tierra o lo concreto sirve al tacto.

La manera holística de operar de nuestro cerebro resulta de la combinación simultánea y constante de esas cinco partes cerebrales, *activas,* por lo demás, en su manifestación, es decir en nuestras manos, que ocupan la mayor parte de la topografía del neocórtex. Ubicado en la periferia, entre los elementos y en el centro quintaesencial, desenvuelto y envuelto a la vez, el Hijo del hombre —cuya función mesiánica es incentivar la alegría— aparece como un «ungido», un *meshiaj.* Comparando la palabra «alegría», *simjá,* con «mesías», vemos que mientras la primera tiene una *hei,* el segundo tiene una *yod,* letras que para *él Zohar* son «madre» y «padre» de la *vav.* El ungido, con el poder oleoso del olivo, árbol de la paz, revela al Padre (iod). Revelación que se percibe a través de los cinco sentidos de quienes advierten que lo humano, por la palabra, es vehiculo de lo divino.

La comparación de nuestro cerebro con los ordenadores es falsa, porque éstos no aman, ni sufren, ni en consecuencia redimen su propia estructura. «Los ordenadores procesan la información —escriben Pribram y Ramírez— a un ritmo rápido y en serie, y por lo tanto son analíticos: un acontecimiento lleva al otro. Por el contrario, el cerebro, aun siendo un procesador mucho más lento, lo hace a través de millones de canales en paralelo; es holístico. Relaciona muchos hechos simultáneamente». ¿No será eso a lo que alude el vocablo hebreo «mente», *séjel,* cuando permite la lectura *shel,* «del», *col,* «todo»? Un todo que es siempre mayor que la suma de sus partes, puesto que el pensamiento no tiene principio ni fin. La especificación que Pribram y Ramírez hacen de los «canales en paralelo» no es aleatoria: «paralelo» se dice en hebreo *hekbel,* palabra que posee

exactamente las mismas letras que *Kábala,* ese arte de pensar y actuar en el cual fue maestro Jesús el Nazareno. *Kábala* «tradición», «recibo». Y ¿de qué tradición se trata sino de la misma que anima nuestro cuerpo, cuyo órgano central, el corazón, *leb,* resume los «32 canales» de la sabiduría bíblica? Incluso nuestro cerebro, esa nuez secreta, tiene su punto de apoyo cósmico en los latidos cardíacos. Toma bioeléctrica sin la cual el ordenador mental no es más que una memoria fría e inactiva.

En la periferia del sistema cerebroespinal o central están los nervios raquídeos y los nervios craneales o encefálicos: los 32 pares que inervan en la columna vertebral, columna que el *Bahir* se atreve a comparar con un árbol: «La palmera simboliza la columna vertebral del hombre, su pilar esencial» y su fruto más espléndido es, por supuesto, el corazón. A su vez, eco de la médula espinal, nuestro gan simpático ganglionar tiene ¡dos canales de 23 ganglios situados a ambos lados de la médula espinal, que permiten y alimentan las funciones de la respiración, circulación, secreciones y en general todas las propias de la vida de nutrición! ¿No nos recuerda esta última cifra, a los 23 pares de cromosomas? Si la genética nos codifica desde el corazón de las células, el corazón, a su vez, por la inversión y reversión de sus latidos, nos torna conscientes de nuestra situación entre las alas del verbo.

Inversiones, reflejos y polaridades que están en relación de reciprocidad. Tales son las posturas de danza del metabolismo que todo curador no hace sino restablecer, cuando está desfasado. Pero la complementariedad polar de nuestro cerebro no es únicamente estructural, un mero dato arquitectónico, morfológico. También existe y palpita en sus relaciones químicas. La actividad neural se mide por su potencial de acción: el lado interior de una membrana (de la neurona) pasa de estar cargado negativamente a cargarse positivamente, y al contrario en el exterior, fenómeno denominado *despolarización.* Luego, y como consecuencia de esta última, se produce una *repo-*

larización, es decir que se vuelve a un valor de potencial ligeramente inferior al reposo hasta que, por fin, se alcanza dicho potencial. Esta mágica operación se produce en razón de los aniones orgánicos negativos y cationes de K^+ (Potasio), que le dan carga negativa al interior, mientras que en el exterior hay cationes Na^+ (Sodio), los cuales confieren carga positiva a esa zona. De este modo, podríamos asimilar el ardiente potasio a la Sabiduría, por ejemplo, y el blando sodio al Entendimiento. La separación entre lo exterior y lo interior, así como la separación entre lo primero y lo último, lo cóncavo y convexo, es ilusoria: ambos aspectos alternan en la misma realidad. La conducción de cada impulso nervioso, y por ello de nuestra relación informática con el medio circundante, depende de este Juego, de este intercambio de iones, de este trueque entre lo positivo y lo negativo, entre lo macro y lo micro. «Si alguno quiere ser el primero —dice el Nazareno en *Marcos 9:35*— será el postrero de todos y el servidor de todos. Y tomó a un niño y lo puso en medio de ellos, y tomándolo en sus brazos, les dijo: 'El que reciba en mi nombre a un niño como éste, me recibe a mi; y el que a mí me recibe, no me recibe a mí sino al que me envió'». Jesús señala en ese versículo la reversibilidad de los actos humanos y su mutua interdependencia, aludiendo para ello a una vieja ley hermética de cuño egipcio: los seres humanos somos lágrimas de Ra, el Sol. Por lo tanto, el secreto está en el ojo, ventana del alma. Sólo a través de nuestras emociones —del llanto amargo y el dulce— somos fieles a nuestro linaje. Los niños, piensa Jesús, tienen esa facilidad, una oscilatoria y viva tendencia al llanto y a la risa, a lo sano, a lo espontáneo. En el *Evangelio de Tomás* podemos leer: «Si sacas lo que está dentro de ti, lo que saques te salvará. Si no sacas lo que está dentro de ti, lo que no saques te destruirá». ¿Existe mejor doctrina metabólica que ésa? El niño, como la niña de sus ojos, está vacío —por lo general— de preconceptos. Es elástico, flexible, polimorfo. Algunos kabalistas y maestros como el rabí

Dov Ber, sostienen que de los niños hay que aprender tres cosas. Primero: están contentos sin motivo especial; segundo: no están ociosos ni por un instante y tercero: cuando necesitan algo lo exigen vigorosamente.

Este último apartado nos indica cuánta enfermedad hay en la postergación, en la vana esperanza. La salud, siempre, es aquí y ahora. Una conquista cotidiana. Pero también una alegría porque sí y un continuo interés en las bellezas del mundo, en los tesoros de la naturaleza. Sostiene Du Portal, en su obra sobre los colores simbólicos, que el rojo es amor y voluntad; el azul entendimiento e inteligencia y el verde acto viviente. Uniendo Jokmá y Biná, el discípulo busca el verde, el renuevo, el brote de lo vivo. La palabra hebrea para *verde* es *iarok,* cuya gematría da (*yod* = 10 + *reish* = 200 + *kof* = 100 = 310) la misma cifra que posee *iesh,* la «Substancia», el «Ser», la «Realidad». Bastará recordar que uno de los nombres mesiánicos es *tzémaj,* el «renuevo», «brote», pero también «crecer», «desarrollarse», para justificar lo precedente. En *Zacarías 6:12* se dice: «He aquí al varón cuyo nombre es el renuevo, el cual brotará de sus raíces y edificará el templo del Creador». Pero para que, a su vez, ese renuevo se transmita a nosotros, debemos —tal como dice el *Evangelio de Tomás*— participar de su sagrado oxígeno, boca a boca: «Quienquiera que beba de mi boca se volverá como yo y yo mismo me convertiré en esa persona, y las cosas que están escondidas le serán reveladas». Además, por aliteración kabalística, «renuevo» puede leerse como *jametz,* que quiere decir «levadura». ¡Y así es como volvemos al reino de los cielos que, según *Mateo 13:33,* «es semejante a la levadura»! Reino que ayuda a crecer, si es que no es él mismo el crecimiento.

Toda corteza visible es una inmóvil corteza, mientras que, por debajo, invisible, suave y poderosa, la savia espera la coincidencia de la luz interna con la externa, para moverse ascendiendo a través de la pequeña hoja. Parecido trabajo deben

realizar los iniciados convertir fotones en alimento, energía lumínica en materia viva Una tarea sin fin, como es sin fin el dolor que debe ser mitigado, la salud que debe ser devuelta, el apetito que debe renacer, el sueño que debe ser restablecido, el bienestar que debe recuperarse, la alegría que debe ser compartida y las manos que deben agradecer lo que otras manos acarician en ellas.

Jésed-Compasión

La cuarta sefirá del Árbol de la Vida, procedente de Biné, el Entendimiento, se denomina Jésed y alude tanto a la Compasión como a la Piedad. Quien opera en esa esfera es llamado *jasid,* «bondadoso» o «benevolente». Su expresión se materializa y manifiesta a través de la mano y el brazo izquierdo, aunque emana del hemisferio derecho del cerebro. El relámpago que reverberaba en la tríada superior —Corona, Sabiduría y Entendimiento— puede también considerarse desde el punto de vista del tiempo, es decir, de lo subjetivo, en tanto que a partir de Jésed todo cobra vida externa, se anima, se expande y digitaliza en el espacio. En algunos textos, Jésed aparece como vehículo del amor, de la dulzura, porque es la compasión lo que mueve al terapeuta, al sabio esenio y también al kabalista a ofrecer el conocimiento de su corazón y la habilidad de sus manos para aliviar el dolor ajeno. Al describir las comidas en común, los ágapes entre los terapeutas. Filón de Alejandría nos recuerda que «Durante seis días todos ellos, recluidos en los mencionados aislatorios. cultivan separadamente y para sí mismos la filosofía. sin traspasar el umbral ni contemplar nada lejano; pero en los días séptimos se congregan en una reunión común y se sientan en orden según la edad, con la conveniente compostura, teniendo las manos ocultas, la derecha entre el pecho y el mentón. y la izquierda extendida hacia abajo sobre un costado». Tal ubicación de las manos ¿tenía algún sentido oculto? ¿sabían acaso los terapeutas que —tal como postula la medicina tradi-

cional china— el centro del tórax es llamado el funcionario del medio «porque guía a los hombres en sus gozos y placeres», en este caso espirituales?

La mano izquierda, hacia abajo, da. La mano derecha, hada arriba, toma. Pero dar y tomar, como lo cóncavo y lo convexo, no son gestos independientes, desvinculados. Responden a esa polaridad complementaria que desde la doble hélice del código genético al cruce de los nervios ópticos muestra una dualidad que se explaya, contrae, dilata, concentra y articula en nuestros cuerpos, pues a medida que ascendemos en la escala evolutiva de las especies, los elementos de simetría son reemplazados por los de polaridad. Así por ejemplo, la simetría de la esfera —infinidad de ejes en orden infinito, infinidad de planos de simetría; todos esos elementos pasando por el centro de la figura que es, a su vez, centro de simetría— se encuentra en los heliozoaríos, organismos planctónicos y también de agua dulce, de donde lo esférico sólo es —en nosotros— un sueño que arraiga en el limo primordial y en el girar de los lejanos planetas. De hecho, junto a la cabeza —imagen rotatoria del cielo y por lo tanto, sin «punto de apoyo»— son nuestros testículos y ovarios —órganos de gestación— los únicos que respetan en parte esa simetría radial de los orígenes, mientras que el resto de nuestro cuerpo comparte con otros vertebrados su simetría exterior aproximativa.

Si miramos con detenimiento un rostro humano veremos que no es simétrico; lo mismo es válido para brazos y manos, piernas y pies. Nuestra así llamada simetría bilateral tiene su ordenamiento, su eje, en la columna vertebral que, para el Árbol de la Vida, une la cabeza al corazón y los genitales y cuya armónica compenetración depende del brazo y pierna izquierdos y brazo y pierna derechos. Lo lateral, lo contiguo, es aquello que nos hace sensibles al prójimo; por eso el más antiguo ideograma que registra el concepto de «amistad» dibuja dos manos unidas. Mientras que el mundo secreto al que accedían

los terapeutas, según nos recuerda Filón, respondía a la misma naturaleza hermética e individual del corazón, su actividad pública y social —tanto para curar a los hermanos como para atender a los que acudían a ellos por necesidad— era, sin duda, obra de su compasión por el género humano. Todos los dedos de la mano —recordemos a Pulgarcito— son hermanos y no sería nada raro que existiera un parentesco etimológico entre esa palabra, hermano y mano. Igualmente, cuando un hombre solicita a una mujer en matrimonio, pide su mano, símbolo de unión pero también de separación, de paz pero también de guerra, como lo prueba el término falange. Por eso, en el vocabulario kabalístico se reserva a Geburá, contrapartida de Jésed, la virilidad, la agresividad y la fuerza.

En su tratado sobre *La Creación del Hombre,* San Gregorio de Nisa escribió: «Las manos, para las necesidades del lenguaje, son ayuda particular. Quien viese en el uso de las manos lo propio de la naturaleza racional no se engañaría del todo, por la razón corrientemente admitida y fácil de comprender de que ellas nos permiten representar nuestras palabras mediante letras-, es efectivamente, una de las señales de la presencia de la razón el expresarse con letras y cierta manera de conversar con las manos, dando persistencia con los caracteres escritos, a los sonidos y a los gestos». El *Bahir* sostenía que el pensamiento no tiene principio ni fin, pero la escritura, como vemos, si: acaba y comienza en la mano que la traza. Si el pensamiento puede ser asimilado a la contemplación, entonces la mano lo será a la acción.

En tanto nuestra cabeza sirve por lo que encierra, la mano vale por lo que abre, lo que señala, lo que escoge. Al considerar la cifra numérica que encierra la palabra hebrea que la nombra, *yod* —emparentada con la décima letra, *yod*— vemos que totaliza 14 *yod* = 10 + *dalet* = 4 = 14) mitad aproximada del ciclo lunar que oscila entre los 27 y 28 dias; y si a eso le agregamos el significado de «brazo», *zroá,* «el que siembra», o

el «distribuidor de semillas», se nos aclara la idea activa, creadora de entidades visibles que es —que son, mejor dicho— tanto Jésed, la Compasión, como Geburá o la Fuerza. La sabiduría solar incide sobre el entendimiento lunar que, a su vez, acciona la pasión de la fuerza y la compasión de la benevolencia. El dictum «por sus frutos los conoceréis» se refiere a los actos humanos, resultado seminal de manos y brazos. En el *Deuteronomio 30:19* se dice: «Escoge pues la vida, para que vivas tú y tu descendencia», pasaje en el cual el sintagma «tu descendencia», *ue-zareja,* puede leerse como *zroajá,* es decir tu brazo, que ciertamente «desciende» desde el hombre hasta la cintura, para mediar entre el universo y nosotros. Entre lo superior y lo inferior.

Por lo tanto, nuestros hijos camales no son los únicos descendientes, sino que también lo son nuestros actos más simples, su fertilidad o esterilidad, su bondad implícita o explícita maldad. La cuarta sefírá, Jésed, es amorosa y sintética, mientras que —según veremos— la quinta es rigurosa y analítica. Por su delicada y doble función, nuestros brazos establecen en el espacio su dilatado destino muscular. La polaridad, en ese plano que instauran las sefirots Fuerza y Compasión, se expresa también en el aparato locomotor, que es pasivo -Jésed— en lo que atañe a los huesos y los cartílagos, pero también activo —Geburá— porque los músculos, al actuar, mueven la armazón interna, por sus puntos articulados. Tales atribuciones no suelen ser casuales, ya que lo masculino siempre se ha identificado con la fuerza física y la compasión con la femenina resistencia ósea y el misterio de la regeneración sanguínea, hemopoyética. Así como los hematíes se engendran en nuestros huesos, Eva surge de la *costilla* andrógina de Adán. Es decir que, por dentro, el hombre tiene su soporte en la mujer, y por fuera la mujer tiene su soporte en el hombre. Fuerza en Compasión y Compasión en Fuerza.

Al comentar el versículo del *Génesis 1:27:* «Varón y

hembra los creó», el *Zohar* nos dice que «esas palabras dan a conocer la alta dignidad del ser humano, la doctrina mística de la creación. Seguramente, del mismo modo en que fueron creados Cielo y Tierra, asi fueron creados hombre y mujer... De esto aprendemos que toda figura que no comprende elementos masculinos y femeninos no es una verdadera y propia figura. Observad lo siguiente: el Creador no coloca Su morada en ningún lugar en que no se encuentren juntos varón y hembra». por lo tanto, corresponde al abrazo, dimensión amorosa de nuestros brazos, restablecer la unión cuando el amor es físico y restablecer la salud, la vitalidad, cuando el amor es metaftsico,

Estudiando con detenimiento las curaciones que Jesús lleva a cabo en los Evangelios, vemos cómo destacan sus manos, la imposición de sus dígitos sobre las cabezas o partes enfermas de quienes solicitan su ayuda. Con la derecha —tributaria de la Sabiduría afectiva— cura; con la izquierda —vastago del Entendimiento— cauteriza, pues ambas palmas participan de la transmisión energética del Espíritu. Si sumamos 14 como 1 + 4, el valor de cada «mano», obtenemos el número cinco, que corresponde a la letra *hei,* la cual alude al «soplo», al «alma viviente». De ahí que sea posible y lógico decir que las manos, cargadas por la fuerza de la compasión y el amor, producen efectos milagrosos en los pacientes cuya fe los abre a esa realidad terapéutica.

La raíz *jas* que forma parte de *Jésed* nos permite descubrir que se refiere a «proteger», «economizar». Verbos rectores para los iniciados, quienes solían ser discretos y recomendaban frugalidad como condición previa a todo restablecimiento, a toda recuperación de la salud. «Ellos no comen —continúa Filón, al hablar de los terapeutas— alimentos costosos y como único condimento emplean la sal, que los de gustos delicados sazonan con hisopo. El agua de fuente es su bebida predilecta... De modo que comen lo suficiente para evitar el hambre y beben lo

necesario para no tener sed, pero evitan la saciedad como un enemigo insidioso del alma y el cuerpo». En el mismo pasaje, el filósofo de Alejandría nos cuenta que también «se nutrían del aire, como las cigarras», idea que se atribuye a un texto de Hesíodo, pero que también es de gran importancia en la lingüistica simbólica de la Kábala.

En hebreo, la «cigarra» *(Cicada sp.)* se denomina *tzartzar;* la raíz *tzar* es indicativa de «dificultad», «enemigo», «estrecho». Al buscar deliberadamente lo difícil, el «amor del enemigo» y reducir las apetencias, el terapeuta se preparaba para una larga vida, asumiendo la suspensión temporal de sus sentidos, con la esperanza de una posterior resurrección. Aceptar el dolor con paciencia, tal como dice el *Libro de Tomás, el Contendiente 3:13* que: «Todo el que busca la verdad de la verdadera sabiduría formará alas para irse volando». La cigarra es también un modelo de la oposición luz-sombra, ya que canta de día y calla de noche, y ya hemos visto lo madrugadores que eran los terapeutas.

En la Grecia clásica, estos hemípteros estaban consagrados a Apolo, dios que a su vez engendraba a Esculapio, el médico, el curador. Algunas larvas de cigarra pasan diecisiete años consecutivos en el suelo, antes de transformarse en adultas, lo que excede en mucho la vida de cualquier otro insecto. Tan largo tiempo bajo la tierra es una prueba de contacto con las raíces, en el reino de la oscuridad. Una vez terminado su desarrollo, la ninfa, trepando al tronco de los árboles, se adhiere con fuerza a la corteza, desgaja su piel por la espalda y da salida al insecto adulto, que canta y canta su rnantra eléctrico, haciendo vibrar sus tensos y pequeños timbales. La adhesión al árbol recuerda al *Proverbio 3:18:* «Ella (la sabiduría) es árbol de vida para los que le echan mano».

Así es como la cigarra —tal como sucedió en China— pasó a ser ejemplo de inmortalidad. Ante su abandonada carcasa transparente, ¿cómo no pensar en el viaje del alma por las regiones invisibles, cómo no creer en la resurrección, en la

transmigración, incluso? La consciencia que ante el misterio del dolor aporta la sefirá Jesed, Compasión, dilata el sentimiento de ternura para con los demás, alienta el socorro y, sobre todo, Incita a la verdad. Es sorprendente hasta qué punto el concepto de benevolencia aparece en la Biblia, siempre ligado al de la verdad. El *Salmo 25:10: *Todas las sendas de Dios son misericordia (Jésed)* y verdad (Emet)», explica esa relación que para Safrán encarna —la primera— el orden moral y —la segunda— la racionalidad científica.

Situar la «verdad» en estrecha dependencia con la bondad o con la compasión, cuando descendemos al plano de lo cotidiano, nos vuelve hacia la justicia, tan importante en toda la cosmovisión hebrea, ya que sobre ella reposa no sólo el orden social sino —y sobre todo— el individual. Al comprender el discípulo, que se necesitan poder y caridad, advierte que la apertura a la que aluden brazo y mano acaba en el hombro y tiene su secreto en la «axila» *sheji,* que también puede leerse como «el que vive», «el que hace vivir». Y ello, porque el verdadero eje de las axilas, para quien sabe, radica en los pulmones, situados estratégicamente entre el polo del rigor y el polo de la misericordia. Los brazos son, en medicina preventiva, las aspas que alimentan los pulmones, las alas que ponen en movimiento sus fuelles alveolares.

Por otra parte, los terapeutas también veían en la cigarra a la criatura que para renacer abre su espalda; como ésta simboliza la potencia, la fuerza de realización, Ireneo dirá más tarde que la «fuerza de Jesús está sobre su espalda», bajo la cual se yergue la cruz interior, hecha de la columna vertebral y las costillas, y que está en relación directa con la actividad pulmonar. Si observamos la palabra hebrea para «espalda», *gab,* detectamos en ella dos de las letras de *Geburá,* que ya vimos indicadas: «fuerza», «fortaleza espiritual». La doble actividad de la Compasión y la Fuerza o el Juicio se localiza pues en el interior de la caja torácica, junto a los pulmones. Como, según Filón,

los terapeutas se alimentaban de «aire», debemos explorar atentamente el significado de tal observación.

La llamada de Jesús a reflexionar sobre la libertad que flota en el aire, que sopla donde quiere, se detiene ante el único pecado que para él no tiene perdón: aquél que atenta contra el rúaj *ha-kodesh* o Espíritu Santo. ¿Taparíamos la nariz de un inspirado, dejaríamos de oír la verdad que extrae del viento de su época? En el *Zohar* se lee «que El Árbol de la Vida se extiende de arriba abajo y que el Sol lo ilumina enteramente». Ese Sol era, recordemos, el que brillaba entre los pliegues silábicos de la Sabiduría, *Jokmá.* El tronco de ese árbol misterioso es la tráquea; sus raíces, el hueso hiodes, la laringe y la epiglotis. Sus ramas, los bronquios, las horquetas bronquiales.

Al descubrir que la palabra angustia procede de angosto y que la mitad hebrea de la cigarra terapéutica era *tzar,* que también alude a lo «estrecho», se ve hasta qué punto el combate de los enfermos —en lenguaje bíblico, de los «pecadores»— es una lucha por recuperar su relación sutil con el Espíritu Santo. Los kabalistas describen el misterioso puente que la *yod* traza de la «luz», *or,* al «aire», *avir,* como una metamorfosis de lo visible en respirable; puente que tiene —como todo nexo que salva lo aparentemente separado y niega la distancia— dos puntos de apoyo: los pulmones. Al mismo tiempo, cada «pulmón», *reáh,* intercambia con el aire, entre la inspiración y la espiración, las tres letras básicas del Tetragrama o Nombre Inefable: *yod, hei* y *vav.* Por ello, el trayecto entre las vías respiratorias y los pulmones pasa por ser, en cierto modo, el camino hacia la renovación de la conciencia. San Pablo habla del fortalecimiento del hombre interior a través del Espíritu: «... para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior, por su Espíritu» acota en *Efesios 3:16.* Donde la versión griega escribe *ounamei,* «corroborados», la versión hebrea dice *lehitazer,* «ceñirse con ánimo», es decir, «armarse de valor». Pero dice aún más, ya que en esa palabra

hallamos la raíz *zain, hei, reish:* ¡el Resplandor del *Zohar!*

Respiramos luz y no lo sabemos. A cada instante, cada Inhalación, las bodas entre el aire y nuestra sangre renuevan las melodías del aliento. Si toda nuestra atención —mediante fe red del pensamiento— lograra pescar en ellas, siendo —como es— el verbo, el primer invitado, ¿de qué manjares invisibles no se alimentarla?, ¿qué vino de glóbulos no brindaría en el tórax por el Creador de la vida, por la vida misma, con la alegría de su confirmación? También la gematria constata ese milagro: el valor numérico de «pulmón», *reáh (reish* = 200 + *alef* = 1 + h*ei* = 5 = 206 = 26 = 8), sumado al de «aire», *avir (alef* = 1 + vav = 6 + yod = 10 + *reish* = 200 = 217 - 10) nos da la cifra 18, *jai,* «el que vive», «el Viviente», uno de los nombres divinos.

Dado que el sistema circulatorio es indivisible del respiratorio, su bipolaridad se establece a través de la suavidad estructural del pulmón, órgano de Jésed, en contraposición al músculo del corazón, órgano de Geburá. Resulta sorprendente recodificar, por ejemplo, la numerología del volumen de oxígeno y el anhídrido carbónico en nuestra inspiración, para ver, en el porcentaje dejado por la renovación, la cifra del ser humano. Cuando el aire penetra en los pulmones contiene 21% de oxigeno. Por el contrario, cuando sale, cuenta sólo con un 15%. Ha depositado, en nuestro interior, seis, la letra *vav* ¡día de la creación del hombre! El profeta Ezequiel, en el versículo *36:26* de su libro, así lo confirma: «Os daré corazón nuevo *leb jadash* y pondré espíritu nuevo *(rúa) jadash)* dentro de vosotros y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu

Era ese peso, ese dolor, esa angustia en forma de piedra sepulcral sobre el corazón lo que nos impedía vivir, y ahora, por virtud del soplo sagrado, se alza la piedra, lo rígido se ablanda, se toma elástico, viviente, tembloroso, sensible, único,

despojado de su inercia y de su gravedad. La numeración de ese versículo aumenta nuestra maravilla: Treinta y seis es, en letras, *¡o,* «de El», «que le pertenece a El». Y veintiséis, ni más ni menos que la cifra del Tetragrama (yod = 10 + *hei* = 5 + *vav* = 6 + *hei* = 5 = 26). Como el corazón le pertenece, los latidos, hipersónicos agentes de Su música, deletrean en su rítmico batir, la energía procedente de su Espíritu. Esa milagrosa renovación es, para el autor de *Tito 3:5:* «(obra) de su misericordia (*eleos* en griego y *jésed* en hebreo)». De lo cual inferimos que, en el plano de la Compasión y la Fuerza, entre los brazos derecho e izquierdo, el iniciado, el discípulo, forja su acción, determina el curso de lo que acontece en su vida.

«Mi poder se perfecciona con la debilidad *(dínamis en astheneia teleitai)»* dice el versículo *2 Corintios 12:9.* Los brazos se ayudan uno a otro, del mismo modo que en la espiración los músculos se relajan espontáneamente, con lo cual de modo automático el diafragma se encorva hacia arriba recobrando la cavidad torácica su forma y extensión normales; mientras que, en la inspiración, los músculos, el diafragma y los costales, se dilatan. Por Geburá se lleva a cabo la conquista de lo real, pero por obra de Jésed se aprende a compartirlo. Por el corazón se ritma el movimiento; gracias a los pulmones se obtiene la euritmia, el justo equilibrio de las facultades.

Se pregunta Jean Brun «si del asir al comprender la ilación es buena, o si lo es, por el contrario, del comprender al asir». Sabido es que una de las características de la mano es la oposición entre el pulgar y los demás dedos, que no es sino una réplica de la oposición complementaria entre la cabeza y el resto del cuerpo. Tanto la mano como el brazo encarnan una dialéctica eterna: amor/lucha, unión/separación. En la Compasión, se manifiesta mas claramente la inclinación por el amor, el gesto solidario, en tanto que en la Fuerza se da el golpe o la sujeción que, al contrario de la caricia o el masaje, bien separa o bien impide la separación.

Llegados aquí, surge una pregunta: ¿cómo curaba *con sus manos* Jesús el Nazareno? Cómo curaba, si, y qué curaba. Para aproximarnos a ese enigma, debemos situarnos entre los conceptos que, sobre la enfermedad y el mal, se tenían en el espacio cultural que se extiende entre Israel y Grecia. En aquel periodo intertestamentario, sometido por un lado a la influencia helenística y por el otro a la frugalidad moral de los hebreos, con frecuencia la enfermedad era confundida con la posesión demoniaca. El enfermo, aunque no era culpable de padecer, si era responsable, hasta cierto punto, de liberarse o no de su mal. Desde el punto de vista esenio y terapéutico, el arrepentimiento —hoy lo llamaríamos ayuno, abstinencia, vaciamiento— era condición previa a la cura. La contrición era un requisito indispensable: el enfermo tenia que *querer* curarse y para ello, debía reconocer la capacidad mágica del taumaturgo, buscarla y desearla. Eso facilitaba el exorcismo, la transmisión de energía. En el Antiguo Testamento, las curaciones más famosas son las narradas en *Isaías 38, 2 Reyes* 5.14 y *2 Reyes 6:20.* Tomemos una de ellas al azar y veamos sus características.

«En aquellos días —escribe el texto bíblico— Ezequías enfermó de muerte. Y vino a él el profeta Isaías, hijo de Amoz, y te dijo: 'Ordena tu casa, porque morirás y no vivirás'». El rey, ante el consejo de Isaías, ruega al Creador y termina por curarse. Mientras el proceso de restablecimiento se lleva a cabo y le son otorgados quince años más, el enfermo se da cuenta de sus errores y asocia la confesión de sus pecados a la expulsión de sus males. Descubre, en la cura, que la alabanza *(iodejá* es también «agradecimiento» por el favor de la i*od,* letra capital del Padre) procede de la vida y va hacia el Viviente: un muerto ya no canta. No gime, no tiene nada que decir. Pero la alabanza, característica de salud, debe ser dada hoy, *ahora, ya,* porque el hilo invisible con que nos ha tejido el Viviente se rompe más fácilmente, si desconocemos su existencia o si postergamos un diálogo con la delicadeza solar de sus hebras.

Una vez curado el rey, el episodio nos da un dato secundario entonces y hoy primordial: el remedio, la medicina empleada. Se trata de una masa de higos *(debelet teanim)* que, aplicada sobre la llaga, ha sanado al rey. El reconocimiento del origen del mal —en el que coinciden enfermo y médico— es, como puede leerse, unánime. El empleo de higos *(Ficus carica)* era frecuente en el alivio de irritaciones, heridas y ampollas de la piel. Por su alto contenido en tanino, el higo se empleaba, además, contra la disenteria y la diarrea. Era, en suma, un biorregulador. Pero al cronista bíblico —como luego al relator evangélico— parece importarle menos la prescripción y la posología que la situación en la que se halla el enfermo y su disposición para recibir o no el favor superior, el regenerador don celeste.

El primer remedio era, pues, la palabra, la plegaria, la disposición mental a la cual se sometía el enfermo —Ezequías— con el propósito de expiar parte de su implicación en la enfermedad. Luego, invocado el nombre del ángel, reeducando el alma, que —al decir del *Zohar*— *informa* al cuerpo y lo ilumina desde adentro, procedía el taumaturgo a recomendar el mineral, la planta o la flor apropiada. Esto conduce, claro está, a la cosmovisión hebrea, que sostiene que el hombre es un «alma viviente» y no un *soma* que tiene *psique,* un «cuerpo» que tiene «alma». El dualismo que luego se tornará irreversible en la ciencia y la medicina griega, no se perfila en el Antiguo Testamento, ni se manifiesta en el Nuevo. Parece evidente que para Jesús, la curación está ligada con la Misericordia, pues en *Mateo 9:12,* dice: «los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos. Id pues y aprended lo que significa: Misericordia *(eleos)* quiero y no sacrificio». Piedad, compasión para con los que sufren es la primera credencial de un curador. Reconocida como nuestra la debilidad ajena, podemos infundirle fortaleza.

Geburá-Fuerza

Geburá, la Fuerza, emana del hemisferio izquierdo del cerebro y se manifiesta en el Árbol Sefirótico, a lo largo del brazo y la mano derecha. Entre algunos kabalistas se la llama también *Pájad,* «rigor», «temor» o «recelo», a causa de que toda manifestación poderosa de lo sagrado es digna de reverencia y asusta. A este último nombre se agrega, además,, el de *Tzédek,* Justicia, cuyo ejercicio comporta, según sabemos, cierto grado de in-flexibilidad. Podemos esperar perdón de la benevolencia, de la misericordia; pero de la justicia sólo podemos recibir un reclamo hada lo recto, hacia el equilibrio —pues éste tiene que ver con la balanza— que nace de la equidad. Al analizar más objetivamente la palabra *Geburá,* notamos que postula una idea parecida a la latina *vir-virtus:* el máximo vigor es, también, la virtud máxima. Un *gueber* es un «hombre», pero un *guibor* es un «héroe», caracterizado por cumplir acciones de riesgo, por conquistar, por dominar. La gematría comparada de las cuarta y quinta sefirots, sin embargo, prueba que numéricamente se equilibran: *Jésed* totaliza *(jet* = 8 + *sámaj* = 60 + *dalet* = 4 =72 = 9) lo mismo que *Geburá* (guímeí = 3 + *bet* = 2 + *vav* =6 + *reish* = 200 + *hei* = 5 = 216 = 9). La suma de ambas da la conocida cifra 18, *jai,* «el viviente». Nuestros brazos, nuestras manos, tienen así, en su irregular simetría bilateral, su especular conciliación.

El *Bahir* o *Libro de la Claridad* compara a Misericordia y Rigor a la leche y al vino: «¿Cuál es la relación que existe entre ambos? El vino es el temor y la leche la misericordia ¿Y por qué la Escritura menciona primero el vino? Porque el vino *está* más cerca» Nuevamente nos enfrentamos a la heráldica del *rojo* y el blanco, de lo ígneo y lo luminoso. Es evidente que, por 1? asimilación del vino a la sangre, Geburá es la vía del sacrificio incluso violento, mientras que Jésed lo es de la donación siempre suave, casi indefensa. El patriarca que según el citado libro posee el atributo del «temor» es Isaac. Es él quien se ofrece o es ofrecido para el sacrificio. Abraham, por su parte, recibe la «misericordia», así como su nieto Jacob heredará la «fidelidad». Puesto que la leche es atributo natural de la madre y todo acto de piedad nutricia le es asimilado, es lógico que se asocie el vino con lo masculino.

Para los kabalistas, tanto el vino como la leche se pueden beber en las fuentes secretas de la Torá. Basan esta idea en el pasaje de *Isaías 55:1:* «Los que no tienen dinero, venid Comprad y comed. Venid, comprad sin dinero y sin precio, vino y leche». Mientras que en el «vino», *iain,* se puede —como vimos— detectar la doble *iod* que alude al Creador, en la «leche» *jalab,* está la partícula leb, «corazón», resumen de los 32 senderos de la sabiduría. En *1 Pedro 2:2* se dice: «Desead, como niños recién nacidos, la leche espiritual, sin engaño, para que por ella crezcáis en salud (*sotirían)».* Como la Misericordia ayuda a crecer hacia lo alto, así la Fuerza nos expande hacia lo bajo. El vino, cuyo efecto es levantarnos el ánimo, es un producto vegetal, mientras que la leche, de efectos fijadores, es animal El vino es rico en hierro, la leche en calcio; ambos elementos son indispensables soportes de nuestra compleja estructura orgánica.

Al unir Geburá y Jésed, el rojo y el blanco, obtenemos el color «rosa», *uéred* en hebreo, raíz emparentada con u*arid. uridim,* «venas», «arterias» Semejante a las sutiles estrías y

nervaduras de las rosas, cuando contemplamos un diagrama de los sistemas venoso y linfático, no deja de asombrarnos que sean las venas pulmonares, por excepción, las que llevan sangre arterial, y las arterias pulmonares las que transportan sangre venosa; singular cruce que recuerda, ahora, bajo el pecho, al que se daba en el quiasma óptico, en la cabeza. Pero la unión de lo rojo y lo blanco sólo se llevará a cabo en Tiferet, la sexta sefirá, pues es la columna central del Árbol de la Vida la que armoniza los efectos del rigor y de la gracia.

Entretanto, junto a la cuarta y la quinta sefirá, nos hallamos en el mundo de lo nocturno (el vino) y de lo diurno (la leche). Para el pseudo Dionisio Areopagita, la leche es un alimento espiritual, un producto neto y puro, mientras que el vino sería el producirse, ya que supone fermentación. «En cuanto alimento líquido (la leche) —escribe— simboliza esa marea superabundante que se ocupa de extenderse progresivamente a todos los seres y que, además, a través de todos los varios, múltiples y diversibles, conduce generosamente a quienes alimenta, según sus aptitudes propias, hacia el conocimiento simple y constante de Dios. Por esa razón, las palabras ininteligibles de Dios se comparan al rocío, al agua, a la leche, al vino y a la miel; como el agua, tienen el poder de hacer nacer la vida; como la leche, el de alimentar a los seres vivos; como el vino, de reanimarlos y como la miel, el de curarlos y conservarlos a la vez». No hay fuego en la leche sino luz-, *gala,* «leche» en griego —¡que suena casi de igual modo que su correspondiente hebreo, *jalab!*— deviene, en lenguaje teológico galaktós, en los «cimientos de la fe», «luz esclarecida, espiritual». El fuego es aquello que encendemos en la oscuridad, la chispa irracional, peligrosa, sacrificial, mientras que la leche, que mana por sí misma, no surge de una herida sino de un orificio. Por ello, la Misericordia, Jésed, ligada con esa bebida, se apoya en la inflexible lógica del parentesco, ya que —dice Dionisio— «se extiende a todos los seres» como la aurora, en tanto que la Fuerza, Geburá, es

tributaria de la espada promotora del corte, de la división y también de la cicatriz.

La «espada», en hebreo *jéreb,* aparece siempre asociada con la balanza, a la justicia. Uno de los nombres que se confiere a la quinta sefirá es precisamente *din,* el «juicio». De ahí que el iniciado, el que goza de la amistad del querubín que protege el acceso al Árbol de la Vida, pueda decir: «No penséis que he venido para traer paz a la Tierra; no he venido para traer paz sino espada». La versión griega la denomina *májairan,* pero la hebrea insiste en *jéreb.* Este último vocablo encierra una contrafigura: *jaber,* «camarada», «amigo», el «que une», palabra que posee las mismas letras. En el citado pasaje de *Mateo 10:34,* Jesús opta por escoger lo espiritual y denegar lo genealógico. Su espada es una espada de disensión familiar.

¿Sorprende que los «enemigos del hombre» sean los de su casa? No, no demasiado. Uno de los más conocidos evangelios gnósticos dice: «Un médico no cura a familiares y amigos» y lo explícita en el logion 31 del *Evangelio de Tomás,* en la misma secuencia que sostiene que ningún profeta es oído en su tierra. De lo dicho podemos inferir que la disensión se corresponde con el *solve* alquímico, con la disolución de un vínculo que nos priva de libertad. El amigo, el camarada, se «une» a nosotros en el trabajo de «expansión», *rajab,* que surge de empuñar idéntica raíz verbal, parecida espada. Cuando la benevolencia es excesiva, corremos peligro de disimular el factor tenebroso pero también estelar de la vida: la pluralidad de mundos que ofrece el vino de la noche está, en cierto modo, en pugna con lo singular y diurno del gesto piadoso, lácteo, de la misericordia.

Si a través de la concordia, el mundo realiza su coherencia, revela su paciencia; por mediación de la discordia dispara sus fecundas esporas, empuja más allá, transfigura los lazos de sangre en nexos del alma. Fomenta lejanías, conquistas individuales. En más de una ocasión, el discípulo percibe, en el

nombre de la sefirá sobre la que trabaja o medita, la clave de su posterior desarrollo. En *Jésed* estaba la raíz *jas,* que indicaba «protección» y «resguardo». En *Geburá,* complementariamente, hallamos también *bagar,* que indica «madurar», «crecer», «dilatarse». ¡Cuánta fuerza le hace falta al fruto para desprenderse, primero, de la rama, y luego de su propio destino! Hasta tal punto *Geburá* alude al corte, a la separación, que desde la agudeza de su filo comprendemos su capacidad de desgarramiento, pero también de penetración: «Porque la palabra de Dios es viva y eficaz y más cortante que toda espada *(májairan dístomon)* de dos filos» *Hebreos 4:12.* El versículo prosigue diciendo que por mediación de esta palabra/espada se pueden separar el alma del espíritu, las coyunturas y los tuétanos: para discernir hay que alejarse, provocar una distancia, un hiato entre el sujeto y el objeto.

«Los reclinatorios de mesa —anota Filón, en su citado texto *Vida Contemplativa* donde habla de los terapeutas— están distribuidos de tal modo que queden separados los hombres de las mujeres; los primeros a la derecha y las segundas a la izquierda». El alimento, la plegaria, el verbo está en el medio, pero su manifestación activa, en los costados. Suele asociarse lo izquierdo a lo femenino y lo derecho a lo masculino por pura convención, sabiendo en todo momento que *por dentro* esa disposición se invierte. Pero esta tendencia giratoria, espiralada, de lo viviente, también es un hecho bioquímico innato. En el DNA o ácido desoxirribonucleico del código genético, la hélice de macromoléculas puede girar hacia la izquierda o hacia la derecha y, como además es doble, los giros están contrapuestos y abrazados. Tales ácidos ribonucleicos se inscriben en cadenas de azúcares enlazadas por átomos de fósforo: la dulzura y la ignición, basándose en los puentes de hidrógeno.

La bivalencia de lo humano, discernible en los sexos, se percibe también en el valor eléctrico del hombre y magnético de la mujer; uno suscita, la otra atrae. La erección fálica es una

espada; la expansión de la vagina un cáliz, un crisol, un envase. La Misericordia contiene, circunscribe, alimenta. El Juicio o la Fuerza que de él dimana desborda, quiebra, conquista. En ese juego o danza que se manifiesta entre las cuarta y quinta sefirots, se dibuja un relámpago que une el Cielo a la Tierra y recorre el Árbol de la Vida constantemente. La «venida del reino», es decir la ascensión de *Malkut* a *Kéter,* para *Lucas 17:2,* es «Como el relámpago *(astrapí* en griego y *barak* en hebreo) que al fulgurar resplandece desde un extremo del cielo hasta el otro. Asi también será el Hijo del hombre en su día». El arriba y el abajo, lo derecho y lo izquierdo se unen mediante ese fulgor que tan reverenciado es por los kabalistas, debido a su gracia iluminativa y su poder de cauterización. *Barak* da, en gematria, la cifra *(bet* = 2 + *reish* = 200 + *kuf* = 100 = 302) que, por singular coincidencia, si desprendemos el cero, se asemeja al 32 de los senderos de la sabiduría. Por otra parte, al convertir el valor del relámpago nuevamente en letras, obtenemos la palabra *shab,* que entre otras cosas implica «convertir», «retorno», «devolución». O sea, que el relámpago va y viene, oscila a perpetuidad entre los polos de nuestro ser, tal como nítidamente lo representa el Árbol de la Vida, a lo largo y ancho de sus canales.

¿Es pura coincidencia que los cordones enlazados del DNA delimiten su estructura bajo la forma de una especie de escalera en caracol y el hecho de que éste sea duro por fuera pero blando por dentro? Símbolo lunar, el caracol indica la regeneración periódica, la muerte y el renacimiento, del mismo modo que las células, en su núcleo, deshacen su pasado y hacen su porvenir. Por su conünudad con el rocío, el caracol alude a la resurrección de los muertos, a la fertilidad de los campos. Siendo el estudiante mismo «un campo» —como advierte el Zohar-ai interiorizar su experiencia, aprende a cargar con su propia casa, con su propio templo. La lentitud del caracol es la cara opuesta y complementaria del veloz relámpago. Al mismo tiem-

po, uno y otro derivan de ello ventajas para interpretar el sentido oculto de las tormentas: por la humedad el crecimiento; por el f*uego* la iluminación. En *Job 38:1* leemos: «Entonces respondió el Creador a Job desde un torbellino *{sahará)».* Cuando el tornado, la violencia de la tormenta vital abre sus nubes, en la flor de las aguas el discípulo es arrebatado por la comprensión del sagrado sacrificio; su «lucha» *(krab)* interna por ligar las polaridades que contribuirán a su desarrollo es el único método de «aproximación» *(kereb)* a la luz. Y, sin embargo, inclusive esa lucha es una ilusión, porque el fin de toda conquista es la paz, la redención de uno mismo. Cuando comprendemos que cada cual debe aprender a ser su propio terapeuta, entendemos también que el estado óptimo de salud es el de «devolución». En ese sentido, *Geburá* y *Jésed* valen por su flexibilidad, por lo que hacen circular, antes que por lo que retienen.

Como lo vivo es asimétrico e ilusoriamente dual, debemos a esta asimetría el deseo de lo simétrico, desde las leyes éticas a la geometría, asi como a la dualidad la voluntad de unir. Pareciera que lo par es siempre asimétrico y que por ello busca «pareja». ¿No desearemos, en el amor, acompañar el ritmo ascendente y descendente del helicoidal DNA y, luchando con el ángel, como Jacob, subir por la escalera del ensueño a la «puerta de los Cielos»? El llamado al nivel de la Benevolencia debe interpretarse como piedad hacia lo viviente, ternura para con lo creado, en tanto que la voz de la Justicia se hace oír, a fin de que cada individuo reciba lo suyo, el alimento físico y espiritual que le corresponde. Entre la Benevolencia y la Justicia de cada brazo se halla el codo, cuyo profundo significado tiene que ver con el orden y la verdad.

En Egipto ésta era responsabilidad de Toth, el escriba hermético, quien a través del conocimiento de los jeroglíficos —la Kábala original— discernía entre lo fértil y lo infecundo. Escribir y cribar eran para este dios operaciones simultáneas, ya que el empleo del cedazo, de la criba, escogía el buen grano,

•dividía el trigo de la paja. Al igual que las manos, el tamiz es una imagen de la selección y por lo tanto, de la separación. Como las manos nos guían en los actos cada vez más meditados, más conscientes de nuestro aprendizaje, de igual modo las mallas cada vez más tupidas de los cedazos dividen las exigencias de uno para con uno mismo, de las exigencias que se tienen para con los demás.

El *Séfer Yetzirá* relaciona las diez sefirots con el «número de los diez dedos, de los que cinco están frente a cinco» (I.II). Es decir que, mientras que las palabras están en relación con la boca y la cabeza, los números —su límite, división y multiplicación— lo están con los dedos de nuestras manos. «Y la persona del Único —continúa el famoso texto— está justo en el medio, por el pacto del verbo y por la circuncisión de la piel». Ese Único es quien organiza el *brit iajid,* el «pacto unificador». Al estar «en el medio», *ba-emtza,* alude a un hallarse en «el árbol», *ba-etz,* que coordina al «padre», *ab,* con la «madre», *em.* La columna central es el lugar de la unión, pero el templo del cuerpo se apoya en su aparente dualidad, entre el rigor y la templanza, lo duro y lo blando.

Son los brazos en forma de hélice de las galaxias los que giran bajo el influjo de sus potencias estelares, pero es su núcleo el que sostiene el eje ardiente de ese giro, de ese baile. Para los egipcios, *ka,* la energía vital, se representaba por un glifo que mostraba ambos brazos clamando al cielo o bien recibiendo de él su poder. *Ka* era también la fuerza de conservación que animaba a Maat, el orden universal, que pasa al mundo hebreo a través del eco fonético de la Verdad. Ya hemos visto que *emet,* «verdad», aparece asociada en el *Salmo 25:10* con la Misericordia, o sea, la cuarta sefirá. Esto nos conduce a la ceremonia egipcia de la psicostasia o peso del corazón del muerto, que solía realizarse bajo la tutela de Thot, el tres-veces-maestro.

La escena que se desarrollaba en el interior de las Pirámides era la siguiente: en uno de los platillos, encerrado en

una urna, debía posarse el corazón del difunto, símbolo de cu conciencia; en el otro platillo, la pluma del avestruz, emblema de la diosa Maat, deidad justiciera y recta. A la derecha, el dios Thot, con *cabeza* de ibis, preparado para registrar la sentencia; a la izquierda, el dios Anubis con cabeza de chacal, sosteniendo al difunto por la mano y encaminándolo hacia la balanza. Este Anubis, además, es quien sostiene la cruz ansata —signo de la vida eterna que el difunto espera obtener— y quien vigila el fiel de la balanza. Si pesa más la pluma, entonces el muerto se salva; pero si pesa más su corazón, está condenado. Según Horapolo, citado por Portal: «El hombre que rendía a todos justicia era representado por la pluma de avestruz, porque ese pájaro, a diferencia de otros, tiene todas las plumas iguales». La ob-servación —prosigue Portal— afecta al mundo hebreo, ya que si hay relación fonética entre la diosa Maat o Thme y la noción judía de verdad, emet, también la habría —para este erudito— entre iaen, «avestruz» y *ané,* «responder» o «dictar sentencia», en hebreo. El que las tres letras de las cuales se compone la palabra hebrea «verdad» sean la *alef,* primera del alfabeto, la *mem,* letra media,y la *tau,* final, llevó a los kabalistas a pensar que la verdadera justicia es siempre un factor de equilibrio entre la gravedad y la gracia. Un correcto metabolismo entre nuestras ideas y nuestros actos. Numéricamente, «verdad» da 441, o sea 9, cifra que convertida en letra es *tet,* el «ombligo», el «embrión». ¿Es, entonces, casual que el ombligo se halle en la mitad geográfica de nuestro templo corporal? Nacer a la verdad, que no es de izquierda ni de derecha o centro, sino las tres posiciones a la vez, pues «la persona sabia —dice el capítulo *4:4* del gnóstico Libro *de Tomás*— será nutrida por la verdad y será como un árbol que crece junto a un río»; nacer y surgir ante la luz de la verdad, sin vergüenza ni culpa, indicaría entonces que el discípulo hace su propia psicostasia mediante el examen diario, asegurando así el ritmo higiénico de su salud, pues toda me-

ditación profunda es metabolismo para la psique. El que el corazón deba ser ligero es indispensable, ya que, dice *Mateo 5:8,* «bienaventurados los de limpio corazón *(katharoi ti kardia)* porque ellos verán a Dios». Únicamente lo que está vacio puede llenarse; sólo el espejo recoge y fija el rocío.

El que descubre la sorprendente reversibilidad de la verdad, su oscilación perfecta entre los omóplatos, puede verla también como *toem:* «coordinación» y «armonía». La palabra hebrea «concordia» se dice *hatamá* y procede de la misma raíz que emet. Siendo *din,* el «juicio» —otro de los nombres que la Kábala emplea para la quinta sefirá— se entiende por qué para hallar la verdad necesitamos tanto de la fuerza de carácter como de la delicadeza de temperamento. Ese sabio que es como un árbol que crece junto a un rio y que tanto recuerda el *etz ha-jaím* vislumbrado en el texto del *Apocalipsis 22:2,* otorga tanta importancia a lo que asciende como a lo que desciende. No juzga, para no ser juzgado. Desea amar a los demás como se ama a sí mismo. Ve que los seres superiores, como dice el *Libro de Tomás 32:9:* «derivan su vida de su propia raíz» y comprendiéndolo, acepta que la luz more en la luz. En el *Bahir* se dice que la raíz está en la letra *shin* y que esa letra, según la Kábala, simboliza el fuego. De tal modo que vivir «de la propia raíz» significa autoiluminarse, no depender del mundo exterior, sino del fuego intracelular.

A este equilibrio entre lo superior y lo inferior contribuyen, en el árbol real, el floema y el xilema, la función conductora de sustancias nutricias perteneciente al sistema vascular y la función conductora de aguas y sales minerales que forman la savia bruta. En el templo de nuestro cuerpo, el floema está en correspondencia —grosso modo— con las arterias, y el xilema con las venas. La sangre arterial lleva luz y la venosa sombra. Pero el fuego que brilla en el estío, por encima de las hojas, también entibia en invierno el humus y el tejido de la tierra, debajo de ésta. El sentido oculto de la frase relativa a la raíz,

transmitida por Tomás, se refiere también a la cepa iniciática. En efecto, «raíz», que es *shoresh* en hebreo y *riza* en griego, es el mismo vocablo empleado por el *Apocalipsis* 5:5 para comentar que la «raíz de David ha vencido y puede abrir el libro y desatar sus siete sellos».

Entre los kabalistas provenzales del siglo XII, la expresión «raíz de raices» se referia a lo que está por encima de la Corona, al *Ain Sof.* El total numérico de ese Infinito *(alef* - 1 + *yod* = 10 + *nun* = 50 = 61 + *sámaj* = 60 + *vav* = 6 + *pé* = 80 = 146 + 61 = 207) se corresponde con el de la «luz», *or (alef* = 1 + *vav* = 6 + *reish* = 200 = 207). Siendo —como somos para el *Zohar* — un árbol invertido, bastará detectar la raíz de nuestra propia cabeza para hallar el equilibrio a través del alimento vibratorio, maná del sonido. En razón de una profunda afinidad fisiológica, la palabra hebrea «equilibrio», *izun,* posee las mismas letras que «oído», *ozen.* En tanto la polaridad cielo/ tierra rige el arriba y el abajo, lo arterial y lo venoso, la de los oídos se apoya en los brazos. En el fragmento 139 del *Bahir,* leemos: «Sus discípulos le preguntaron: '¿Hada qué elevamos tas manos?' Y el maestro respondió: Hacia la altura de los Cielos.' ¿Y cómo lo sabemos? Por el versículo de *Habacuc 3:10:* 'El abismo dio su voz, a lo alto alzó sus manos'». Pasaje del que podemos inferir que las manos se elevan hacia el cielo. Si hay en Israel hombres que conocen el misterio del Nombre glorificado, les basta con elevar las manos para que sus plegarias sean escuchadas, tal como está dicho en *Isaías 58:9:* «Entonces invocarás y el Creador te oirá. Si invocas *az* («entonces»), El te contestará ahora».

Az, por cierto, es la mitad de la palabra *ozen,* «oído». La reflexión del *Libro de la Claridad* alude al conocido pasaje del Éxodo en el que Moisés y los hijos de Israel entonan un cántico de agradecimiento, canción que pasa por ser un modelo de transmisión, es decir de Kábala oral. En cuanto a la relación del oído con el equilibrio, tiene otro punto clave: «balanza» se

dice en hebreo moznaim, siendo oznaim el plural de «oído», *ozen.* La balanza, a su vez, es el símbolo más conocido de la justicia; una de las acepciones de *Geburá,* la quinta sefirá, es precisamente ésa. Existe una notable secuencia de *Isaías 51:4*-5 que dilata la estrecha correlación entre oído-brazo-y-justicia. Dice así: «... oídme *(hezinu)* nación mía: porque de mí saldré la enseñanza y mi justicia para luz de los pueblos. Cercana esté mi justicia, ha salido mi salvación y mis brazos (zroí) juzgarán a los pueblos».

Sabemos, por *Hechos 8:18,* que el «Espíritu Santo se daba por imposición de manos». El concepto griego de *elámbanon,* «recibían», aplicado a la transmisión del espíritu, en hebreo es *ikablú,* palabra que procede de *Kabalá,* «recibo», «tradición». De manera que el que tenía ese don lo empleaba para curar por mediación de la mente, por el poder que le era conferido. Si consideramos que la mayor parte de las enfermedades de la época de Jesús —como dice Joseph Klausner— eran psicosomáticas, causadas por desequilibrios sociales primero e individuales después, la figura terapéutica de Jesús aparece aún más claramente, como la de un equilibrador, un abridor de ojos cerrados y oídos tapados, corrector de posturas corporales y liberador de fantasmas: «A causa de las prolongadas guerras y tumultos y a la terrible opresión de Herodes y los romanos, y en especial en Galilea, el país se llenó de enfermos y sufrientes y de tipos patológicos que podemos rotular de neurasténicos y psicasténicos. Los disturbios habían multiplicado a los pobres y a los desocupados, con el resultado de que en Palestina y (una vez más), especialmente en Galilea (que estaba lejos del centro del gobierno civil y de las más sanas influencias espirituales) eran numerosos los «casos nerviosos»: epilépticos, imbéciles, semilocos y especialmente mujeres histéricas. En esa época, incluso los individuos educados y embebidos de cultura griega (como por ejemplo Flavio Josefo) entendían que tales casos nerviosos y de insania significaban «posesión» por algún diablo,

demonio o espíritu inmundo; creían en las «curas» y en que ciertos hombres podían realizar milagros».

Pero el prerrequisito de todo terapeuta era, como vimos, el de curarse primero a si mismo. Tal como establece *Lucas 4:23:* «Médico, cúrate a ti mismo» (*iatré, therapeuson saftón),* en cierto modo es dable suponer que el curador asumía sobre sí, por transferencia, los males de su época y volvía a reciclar las energías a partir de cierto tipo de conocimiento secreto del que los nazarenos eran, en gran parte, depositarios tanto por su apartamiento deliberado y consecuente objetividad, como por la fuerza y la misericordia que habían acumulado para, cumplidos los votos, poder operar luego desde el centro de los centros, a partir del foco radiante que «vela mientras el yo duerme»: el corazón, *leb,* morada hacia la cual confluyen y de la que surgen los 32 canales, fuente de vida y resurrección.

«¿A qué corresponde el *lulab?* (el corazón de la palmera, el palmón, pero también, recordemos, «Su corazón»), se pregunta el *Bahir* en el fragmento CLVI y responde: A la columna vertebral». Y antes: «El Santo, Bendito sea, ha reservado para si el cuerpo del árbol asi como su corazón. Del mismo modo que el corazón constituye el más espléndido fruto del cuerpo, asi ha tomado Israel el fruto del árbol del esplendor. Como la palmera está rodeada de ramas y en su centro está el *lulab,* asi ha hecho Israel con el cuerpo de ese árbol que es su corazón».

Tiferet-Belleza

En su libro *Historia Natural* (V, 73), al referirse a la ciudad bíblica de Ein Gedi en la que moraban los esenios, Plinio nos dice que abundaban en ella las palmeras. Es frecuente que la «palmera», *tomar,* estuviese en la cultura hebrea asociada al justo, al «perfecto», *tam,* quien simbólicamente habla «muerto», *met,* en el plano rojo de lo natural, para renacer en el mundo blanco de lo sobrenatural, dimensión libre de la luz. El nombre esenio, deformación del griego *essenoi,* deriva de la palabra aramea que significa «curador», «médico», *assayya.* Flavio Josefo nos ha dejado datos reveladores sobre esta comunidad, que es la versión palestina correspondiente a los terapeutas de Egipto: «Desplegaban un extraordinario interés en la consulta de los escritos de los antiguos, y entre ellos se destacaban, en particular, aquéllos que favorecían el bienestar del alma y el cuerpo. Para tratar las enfermedades, realizaban investigaciones sobre plantas medicinales y las propiedades de los minerales». Con conocimiento de causa, comenta Schure en *Los Grandes Iniciados,* que la orden de los esenios constituía, en tiempos de Jesús, el último resto de aquellas cofradías de profetas organizadas por Samuel, quien fuera, recordemos, también nazareno.

Por lo tanto, los esenios tenían dos centros principales uno en Egipto y el otro en Ein Gedi, a orillas del Mar Muerto.

En su vida privada se dedicaban a la contemplación y al estudio de lo que Filón denominó *biós teoretikós,* pero en su vida pública actuaban como sanadores y taumaturgos. Brotados en un momento histórico oscuro, son conocidos los consejos de Jesús y posteriormente de Pablo —a semejanza de los esenios— respecto de comportarse como «hijos de la luz». En Juan *12:36* el Maestro dice: «Entretanto que tenéis la luz *(to fos éjete), creed* en la luz, para que seáis hijos de luz». Considerando que la «luz» era el «secreto» (ambos términos, en gematría, suman 207) y también «la vida de los hombres», cuando los iniciados realizaban la adición de ambas cifras iguales, ligando la luz a lo secreto y lo secreto a la luz, obtenían la cifra 414, que reconvertida en letras da la palabra hebrea *datí (dalet* = 4 + *tau* = 400 + *iod* = 10 = 414) que define al «pío», al «religioso», en su sentido más profundo y más auténtico.

La luz blanca equivale al silencio. A su vez, aquello que las palabras matizan, entre consonantes y vocales, al universo vibrante del color. En hebreo existen dos palabras para lo que los griegos definen como «blanco» o *leukós: labán* y *hur*. Entre ambas, *labán* puede ser leída como l*eb-ben,* «hijo del corazón», que en lenguaje kabalístico indica al justo que se alimenta de su propio corazón. «Los justos y piadosos en Israel —anota el *Bahir*— que se elevan por sus méritos, se alimentan de su corazón y el corazón los alimenta». Tanto los esenios como los terapeutas usaban ropas de lino de color blanco. Filón lo atestigua así: «Una vez que se han congregado, vestidos de blanco, radiantes y a la vez con la serenidad más elevada, antes de reclinarse en sus lechos de mesa, a una señal de un efemereuta —que tal es el nombre que acostumbran dar a los encargados de tales servicios— puestos de pie en ordenada fila, de compuesta manera, y elevando hacia el cielo los ojos y los brazos, porque han sido enseñados a fijar su mirada en cosas dignas de contemplación, con las manos limpias, ya que no se manchan bajo ningún pretexto en actividades lucrativas, suplican

a Dios que su banquete merezca aprobación y se desarrolle según su voluntad».

¿Fue tal vez ése el posible modelo de la Eucaristía, el rito de transmutación cromática del rojo en blanco, de la pasión en compasión, del eros en ágape? Si el primer Adán era «rojo», *adom,* el segundo, abierto el misterio que subyace entre sus pectorales, deberá ser «blanco», *labán.* Rojo es el color de la carne, pero blanco el que reside en la luz que vitaliza las células de esa carne. Por lo tanto: uno es exterior, el otro, interior. Lo rojo es báquico, dionisíaco —de ahí el vino— y encama en ese vaso de vasos que es el corazón físico. Pero lo blanco es la energía, el encendimiento metafísico que transporta la sangre, sol líquido, vino secreto. La transubstanciación.

Es muy posible que los esenios hebreos y los terapeutas judeo-grecos conocieran algunos detalles vinícolas de los ritos practicados por los sacerdotes egipcios de Heliópolis, la ciudad consagrada al Sol.

Plutarco cuenta en su *Isis* y *Osiris* que: «Los sacerdotes que se dedican al servicio del dios (Ra), nunca llevan vino al templo. Considerarían inconveniente beberlo durante el día, bajo la mirada de su rey y señor. Los otros sacerdotes lo beben, pero en muy pequeña cantidad. Tienen también un gran número de purificaciones, durante las cuales les está prohibido el uso del vino y son las que se llevan a cabo durante el periodo en que se consagran por entero al estudio, al aprendizaje y a la enseñanza de las cosas divinas. Tal como nos informa Hecateo, los propios reyes de Egipto no bebían vino más que en la medida establecida por los libros sagrados, porque se los consideraba como si fuesen sacerdotes. No es que creyesen que de ese modo se congraciaban con sus dioses, sino que atribuían el origen de las viñas a la sangre de quienes habían combatido antiguamente contra los dioses y cuyos cadáveres se habían mezclado con la tierra».

Parecida prohibición, recordemos, conocían los nazare-

nos, consagrados por entero a Dios. Plutarco también comenta que Heliópolis, ciudad solar, era el lugar de origen de la mítica ave fénix. Mucho antes de que en la Edad Media el fénix simbolizara la muerte y la resurrección de Jesús, *a través de su reino de fuego,* los antiguos griegos sabían que fénix, *phoenix,* era el nombre de la «palmera», que aludía al justo. Bajo la influencia de tal contexto, la originalidad de Jesús radica en gran medida en su transgresión, en su simbólico sacrificio por el cual se iguala a uno que, como Jacob, ha combatido con Dios y ha vencido. Sabiendo que la sangre era la metáfora enológica del cuerpo, conociendo el valor sublime del corazón y sus senderos, descorrió un velo ante los discípulos y les mostró la luz cegadora que no era suya sino del Padre; luz procedente de *Daniel 7:9:*«... y se sentó un Anciano de Días *(atik yomin)* cuyo vestido era blanco como la nieve y el pelo de su cabeza como lana limpia y su trono llama de fuego». La misma luz de la transfiguración descripta por *Lucas 9:28:* «Y entre tanto que oraba, la apariencia de su rostro se hizo otra, y su vestido blanco *(leukós)* y resplandeciente». Porque más allá de la cronología terrestre, más allá de la apariencia del amor humano, refulge la realidad del amor divino.

El modelo ornitológico sobre el que los egipcios tejieron su mito del fénix es, al parecer, la garza imperial *(Árdea purpurea)* que por las plumas del píleo y de la cabeza, negras, y las rojizas del cuello, era una suerte de alado carbón que se encendía en vuelo. Ave a la que hacían corresponder con el sur, el verano, el fuego y el color rojo, el fénix era para los chinos *tan-niao,* el pájaro de cinabrio, el sulfuro rojo del mercurio. El fénix muere a lo rojo pero permanece lo blanco. Desde el punto de vista alquímico, la obra en rojo es previa a la obra en blanco, asi como el hierro que se calienta pasa del cereza brillante al blanco iridiscente, para una vez logrado ese tono regresar al plano de lo humano a fin de que la experiencia sea aprovechable por los demás, pues el alimentado por el corazón debe, a su vez, alimentar a otros.

El viaje del cinabrio al mercurio es el viaje de la mortalidad a la inmortalidad, de la condición inmanente a la trascendente. Una de las más frecuentes denominaciones que los chinos dan al cinabrio es la de «sangre de dragón» Cuando el héroe vence a ese monstruo, puede beber su sangre y adquiere asi su fuerza. En el instante en que comprende que el mercurio es, en su cuerpo, el semen, extrae de ahí su luz, tal como hadan en la época bíblica los nazarenos.

Por otra parte, a mercurio se lo denomina también «el blanco», «la blancura», ya que tiene, desde el punto de vista metálico, el poder de *purificar* y *fijar el oro,* asi como el blanco une en su seno toda multiplicidad cromática. Para la tradición hermética (Mercurio es Hermes), el Sol es el padre universal y la Luna la madre universal que, al unirse, generan en Mercurio al hijo, el mediador, nombre que *1 Timoteo 2.5* atribuye a Jesús: «Porque hay un solo Dios, y un solo mediador *(mesitis* en la versión griega, y *u-melitz* en la hebrea) entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre». Exactamente eso encarna el poder hermético del mercurio alquímico, cuyo atributo más conocido era el caduceo que enlazaba lo izquierdo con lo derecho, la misericordia con la fuerza. Sin embargo, la unión de Jésed y Geburá no se realizará en Tiferet antes de que el terapeuta, el kabalista, pueda, de hecho, curar.

Tiferet, la Belleza, sexta sefirá, es mediación entre el cielo-Dios-y-la-Tierra —lo humano—; entre lo izquierdo y lo derecho. Explorando con atención la palabra hebrea que alude al «mediador», de la que expresamente no hemos desprendido de la *vav* copulativa, hallamos en la raíz de *melitz* un eco del primer Adán, que era un *tzelem,* una «imagen y semejanza de Dios», según nos dice el *Génesis 1.27:* «Y creó Dios al hombre a su imagen *(betzlamó)».* De modo que el puente entre el Padre, representado por la *iod,* y el Hijo, encamado en la *vav,* es un puente verbal en el que, para quien sabe, resplandece la imagen primordial, esa misteriosa *tzelem* que dentro de la cámara

oscura de su corazón, el iniciado hace virar del rojo al blanco, luego de atravesar la metamorfosis de la revelación, la conversión de lo negativo en positivo.

La mediación la lleva a cabo el aspecto humano de Jesús, tal como dice Timoteo, lo que nos recuerda que la transgresión mistérica del Maestro en la Eucaristía es una herida que cicatriza en el momento mismo de producirse: el vino es servido como agua, pero asimilado como fuego. El Cielo toca la Tierra, cuando lo terrestre se abre a lo celeste; por el corazón de abajo se percibe la gloria de arriba, tal como señala el *Bahir.* «Rabí Rehumai solía decir: *kavod* (gloria) y *|eb* (corazón) son una y la misma cosa. Únicamente que el término 'gloria' se emplea para hablar de las cosas que se hacen arriba. Unas señalan la 'gloria de su Nombre' y otras 'el corazón de los Cielos'».

En el Talmud *(Ta'anit 2* a), se dice de la plegaria que es un «servicio divino en el corazón». Al ritual que en el templo se llevaba a cabo en el altar, el místico lo transfiere, en el templo interior de su cuerpo, a la parte correspondiente al sancta sanc-torum: la sefirá cardíaca, Tiferet. El erudito Duran de Mende señala, siguiendo la tradición patrística, que: «El corazón está situado en el centro del cuerpo, como el altar en el centro de la iglesia». Por ello Jesús el Nazareno, conocedor del simbiótico misterio vino-sangre, descubre el vaso griálico de su corazón y señala en él la panacea, el *panax universaíis.* Tiferet equivale al altar, que reúne los miembros del cuerpo místico en su centro verdadero, el corazón, que es también el eje del mundo. De la belleza hacia arriba, en el Árbol Sefirótico, se sitúa el nivel de los descendientes: aire y fuego. Pero de Tiferet hacia abajo, el de los descendientes: agua y tierra. La mediación que ofrece la Belleza —que la Kábala relaciona con la salud y la fertilidad— depende enteramente de lo que el poeta Yehuda Halevy, en el siglo XI, llamaba el «órgano más enfermo y más sano del cuerpo: el corazón».

Hijo-del-corazón, el terapeuta o kabalista, sólo es un

vehículo de la *natura medicatrix.* Situado en el plexo solar, ubicado en el sitio de la quintaesencia, es lógico que se reúnan en él, para trascenderse, los cuatro elementos. Sin embargo, el crisol de Tiferet no es lugar apacible. Allí el alma debe luchar —dicen los alquimistas— para no disolverse en la luz; la chispa celeste debe combatir con el factor humano, para superarlo. En el *Corpus Hermeticum,* viejo texto de origen alejandrino, se exhorta a abrir «los ojos del corazón». Tal apertura, comparable a un gesto visual, tiene mucho que decimos sobre la «imagen» o *tzelem* primordial del Creador en nosotros. Abraham Abula-fia, un kabalista español del siglo XII, sostuvo que la palabra de *Cantares 2:3:* «Bajo la sombra (*be-tzelo)* del amado», estaba en relación con la «cruz», *tzlab,* inscripta en la cuádruple oscuridad interior del corazón, donde se halla Su Divina Presencia. Basándose en ese comentario, los kabalistas cristianos del Renacimiento derivaron un estar: «a la sombra de Su Cruz». Ambas interpretaciones, a su vez, se remiten al *betzelem,* «a imagen» del citado pasaje del Génesis en el cual se describe la relación criatura-Creador, como imaginal.

Tiferet, sefirá en la que algunos ven al Sol, encierra entre sus sílabas «la oscuridad que debe convertirse en luz», el espejo giratorio. Si el discípulo logra ver, discernir bajo la cruz que dibujan las aurículas y los ventrículos; si comprende por qué el lado derecho del corazón envía la sangre a través de los pulmones para que se oxigene y se libere de los desechos del dióxido de carbono, pasando a continuación al lado izquierdo del corazón, desde donde se propaga al resto del cuerpo, comprenderá que entre el cereza y el púrpura de las dos sangres hay más de una diferencia de color, una sombra que abraza luz y una luz que procede del aire que, a su vez, transporta el precioso oxígeno que denota —en las mitocondrias celulares, el ATP, la adenosina trifosfato— el fuego celular. La curación procede, de hecho, de Tiferet y tiene como propósito restablecer la belleza de lo viviente Toda curación es un fuego que el amor gradúa.

El vocablo Tiferet, Belleza, incluye y soporta entre la *tau* de su principio y la de su fin, la raíz *peer,* que indica «loar», «alabar», de donde —luego veremos— la filocalia o plegaria del corazón tiene una razón fisiológica que corrobora la Kábala. Su intensa devoción es, en si misma, terapéutica. A su vez, la misma raíz puede leerse como *rifé,* «sanar», «curar». Más aún: el nombre terapeuta contiene, también, el poderoso fonema *raf, rap* o *fer* de «fertilidad», pues la salud, tal como lo entiende la antropología bíblica, brota de un intercambio entre la plenitud y la paz, la capacidad de engendrar y de conservar. Inversamente, casi toda enfermedad es carencia, falta, desasosiego. Para obtener tal paz interior uno debe, ante todo, complementarse y para encarnar esa plenitud debe desencamar en la alabanza. Ese es el profundo sentido del mandamiento o la exhortación propuesta en *Deuteronomio 6:5:* «Y amarás al Creador tu Dios de todo corazón y de toda tu alma y con todas tus fuerzas. Y estas palabras que yo te mando hoy estarán sobre tu corazón *(al libabeja)».* Con el fin de que la cura sea, en verdad, una «fertilización», *hafraáh,* a la vez que un acto de «belleza». Tiferet propone una unión, un acuerdo entre los miembros del cuerpo que, en concordia, es decir con la ayuda del corazón, se asisten unos a otros.

Numéricamente, Tiferet *(tau* = 400 + pe = 80 + *alef* = 1 + *reish* = 200 + *tau* = 400 = 1.081 = 10) incrementa en su función la potencia de las restantes nueve sefirots. De ella depende la verticalidad de toda la columna central del Árbol de la Vida, ya que es a partir de la confluencia de los 32 senderos de *leb* el «corazón», que se realiza, entre la cabeza y la sexualidad, la unión de lo que asciende con lo que desciende. Por el número seis, la sexta sefirá nos remite al día de la creación del hombre, según el Génesis *1:31:* «Y vio el Creador todo lo que había hecho *(asá),* y he aquí que era bueno en gran manera. Y fue la tarde y la mañana del día sexto *(iom hashishí)»* Dado que

en hebreo los números son letras, el seis corresponde a la *vav,* algunas de cuyas atribuciones son las de «columna», «hijo», «prolongación» o «proyección espacial de la letra iod». En el *Libro de la Claridad,* fragmento XXX, podemos leer: «Le preguntaron: '¿Qué significa la letra *vav?'* Y él respondió: 'Es el universo, que fue sellado en seis direcciones'. Pero ellos insistieron aún: '¿Acaso la *vav* no es una letra sola?' Y él les dijo: ¿No habéis leído que dice, en el *Salmo 104:* 'El que se cubre de luz como de vestidura (*oté or keshalmá)'».* Este texto alude, precisamente, a la posición central de la *vav* en la palabra *or,* «luz». Entonces, es cierto que si el Creador se viste de luz, el hombre, para hallarlo, debe desvestirse, pues una ley hermética sostiene que «lo que está abajo es como lo que está arriba, y lo que está arriba es como lo que está abajo, para obrar los misterios de la Unidad».

Cada creación supone una paulatina superposición de tejidos que, a su vez, hacen órganos y luego sistemas. Destejiendo la madeja de su ser, explorando su propio interior, el terapeuta llega así a descubrir la luz innata. Como los pitagóricos y los esenios, los terapeutas tenían en común con éstos la oración a la salida del Sol —que para la Kábala está en Tife-ret—; los vestidos de lino; los ágapes fraternales; el noviciado de un año, los tres grados de iniciación *(iod* el Padre; *vav* el Hijo y *hei,* el Espíritu Santo); luego la organización de la orden, a más de la comunidad de los bienes. Después, la ley del silencio; el juramento de que los misterios y la enseñanza de teogonia, física y moral no seria «ofrecida a los cerdos». La moral era una higiene, una medicina preventiva, pues la salud era considerada como el supremo bien, la más grande alegría que conoce el ser humano. Así como El-Vestido-de-Luz quiere que desvistamos sus sombras por medio de la *mashal* o «parábola», que tiene las mismas letras que *shalmá,* «hábito», «vestidura», así el kabalista curva sus propósitos y, en su salida al mundo, sigue la trayectoria de una flecha hasta dar en el blanco.

Indra, el arquero, en la India es quien tiene el atributo del trueno, el que envía el relámpago y une los fuegos superior e inferior. Habíamos visto que la voz griega *hamartia,* empleada en relación al concepto de pecado, implicaba «no acertar en la diana», «fallar el objetivo». Con el fin de corregir esa tendencia a la dispersión y al error, la arquería zen japonesa apoya el arco sobre el plexo solar, para que la correcta atención, el pulso firme y la mente clara supriman la distancia entre el sujeto y el objeto. Indra entonces, es flexible y ligero como su propio arco. Manipular rayos y relámpagos presupone conocer el poder electromagnético de la vida y también su fuente oculta. Jacob Bóhme anotó en su Morgenróte (XXV, 98) lo siguiente: «El cielo se halla oculto en el corazón. La puerta del cielo se abre en mi espíritu; puesto que el espíritu ve al ser divino y celestial, no fuera del cuerpo sino en *el relámpago* (el subrayado es nuestro) que se libera en la fuente bullente del corazón, la sensibilización pasa de allí al cerebro, en el cual el espíritu por fin contempla... Detenido el relámpago en el corazón, emerge luego a través del cerebro por las siete fuentes-espíritu como una aurora y en ella se encuentra el objetivo del conocimiento». Idéntica concepción parece tener el *Séfer Yetzirá* o Libro de *la Formación,* cuando explica que «las sefirots corresponden a los diez infinitos; cuando se las percibe, se parecen al *relámpago* (el subrayado vuelve a ser nuestro), y en definitiva, se dirigen hacia el infinito; se ha dicho que se elevan y bajan, a la orden del Creador (II, I)».

¿Qué hay de común entre el Indra védico, el no pecador grecocristiano capaz de dar en el blanco, el relámpago del místico alemán y el de la Kábala, sino la fulgurante y ambigua luz de la revelación? ¡Jesús había señalado, en *Lucas XVII* que el «día del Hijo del hombre es como un relámpago»! Pues su poder es instantáneo: ilumina, cauteriza, aunque también queme y destruya lo que carece de fertilidad. El nexo existente entre *krab,* «lucha», y *kereb* o *karob,* «cercar», «acercar», también

procede de esa centelleante raíz. A tal combate o contienda, el héroe iniciático lo libra ante todo dentro del templo de su propio cuerpo, donde cuenta con el poder del «relámpago», *barak.* Pero si éste, tras la iluminación, no es devuelto a su fuente o respetado en su origen —Indra deriva su poder de Surya, el Sol— puede causar la autodestrucción del sujeto, como ocurriera con Esculapio, el famoso dios griego hijo de Apolo y patrono de la medicina. La palabra *barak* da en gematria *(bet* = 2 + *reish* = 200 + *kuf* = 100= 302) el mismo numero que «regreso», «convertir», «arrepentir», *shab (shin* = 300 + bet= 2 =302). Por ello, el verdadero curador, al sanar, restituye el cuerpo enfermo a sus orígenes celestes, devolviéndolo a su fuente cósmica. Induce al enfermo a un arrepentimiento físico: perfección y régimen alimenticio. Retorno al más simple código vital.

La medicina hebrea, como la medicina griega, es en sus orígenes un hecho mágico-religioso que ve en las enfermedades desarreglos armónicos, errores entre lo que se piensa y lo que se hace, la intención y el acto. En ambas escuelas terapéuticas, asi como en Egipto, la curación procede siempre de arriba y es un poder restituyente que el curador, el terapeuta no posee sino que permite que se manifieste a través de él. Como la enfermedad es una obturación, una oclusión, grave y oscura, una actividad ctónica, subterránea, que «socava» y «mina», es lógico que la salud encarne su opuesto, la tendencia solar y levitante. Los historiadores de la medicina sostienen que el nombre Esculapio procede de *spalax, aspalax* o *skalops,* expresiones con las que se designa al *topo (Talpa europea).* Esta etimología tuvo, en su origen, muchas implicaciones: la más evidente de ellas era la misma estructura arquitectónica del Asclepión, construido en torno de una serie de laberintos subterráneos semejantes a las toperas. En cuanto al animal, su piel y la disposición anatómica de sus patas le permiten, en los túneles, moverse hacia atrás y hacia adelante con la misma libertad. Aunque no es ciego del todo —sus ojos son muy

pequeños— para los otros representa lo incansable. También sabe nadar a la vez que vivir en condiciones infernales (es decir inferiores) y puede atravesar el espeso manto de la oscuridad, guiado únicamente por su olfato. Por todo lo precedente, quien comiera el corazón de un topo podía predecir el futuro y quien recibiera, más tarde, en la sombra siniestra de su mal, en la cerrada galería de su dolor, la asistencia de Esculapio, *podía superar el dolor viendo a traves de él; extrayendo el remedio de su propio sueño* y, *en suma, también podía llegar a curarse a sí mismo, comprendiendo por la serpiente del semidiós, que la enfermedad es un enigma que sólo el paciente puede* y *debe resolver.*

Procedentes de todos los rincones de Greda, afluían al santuario de Esculapio, el Asclepión, los heridos, sordos, histéricos y mudos. Los que padecían dolores de reuma y extrañas cefaleas; quienes se dolían del mundo y a quienes el mundo dolía; los que no podían trabajar, crear ni engendrar; las mujeres estériles y los locos; los niños hidrocéfalos y los ancianos de mermada virilidad; los filósofos desesperados y las prostitutas sin grada; los actores, guerreros, artesanos, marinos, labradores y sastres. Toda Greda, al llegar, tomaba un baño en las aguas puras y cristalinas, se abstenía de comer y se disponía a dormir en el *ábaton,* vistiendo una suerte de pañal blanco parecido al de los niños. El nombre de esa túnica era *chiton.* Una vez relajado, el paciente se predisponía a celebrar la ceremonia de la *incubatio:* pasaría la noche durmiendo y el sueño le traería el mensaje de Asclepios.

En el centro del templo, en el *tholos* de mármol blanco, entre la estatua reprobable de Mete, diosa de la embriaguez y la perfidia, y la de Eros, símbolo del amor armónico, pero también de quien reordena el deseo, de aquél cuya lira armoniza y cuya devoción promete la emergencia del caos, sometido al trance de su propia conciencia, el paciente, que asumía la pasividad para recuperar la actividad, descargaba su mal en el

sueño y su propia fantasía lo curaba. Después, claro, exactamente como en la Biblia, venian los remedios materiales, mandragoras o sales.

También en el ámbito de la Kábala, el sueño está ligado con la enfermedad y por ello con la salud: «Sus discípulos le preguntaron: '¿Qué significa la vocal *jólem* (correspondiente a la letra *vav* y cuyos sonidos son *o/u)?'* El respondió: 'Es el alma, y su nombre quiere decir «soñador». Si le obedeces, curarás tu cuerpo en el mundo por venir. Pero si te opones a él, caerás enfermo y él también'», nos dice el *Bahir* en el fragmento XI. La letra *vav,* dijimos, aludía a la columna vertebral, al pilar óseo que une lo seminal con lo semántico. Esa «restauración» propuesta por el citado libro, se denomina *hajlamá* y —como puede leerse— tiene que ver con el sueño, puesto que éste, se sabe, es siempre restaurador. Pero lo que no es tan claro aunque sí relevante es que, además, la raíz *jalam,* «soñó», se puede leer como *mélaj* «sal». ¡Las aguas del Asclepión eran salobres!

Por sus virtudes antisépticas, pero también preservativas, la sal es «un fuego liberado de sus aguas» al decir de los alquimistas, un elemento capaz de mantener la estabilidad de los coloides y la regulación osmótica, del mismo modo que el sueño, sal de la mente, regula su funcionamiento imaginario. Si leemos *le-moaj* en lugar de *mélaj,* tendremos «para el cerebro», y ya se sabe que sin la bomba de sodio-potasio, nuestra cabeza no funciona, pierde su fluidez el pensamiento y se debilita la memoria. Deshidratada, la Belleza, Tiferet, se seca. Carente de potasio y sal, el corazón detiene el rítmico relámpago de sus latidos.

La sal simboliza pues, la incorruptibilidad, lo indeleble, y por tal motivo, alude en la Biblia, a una alianza que el Creador no romperá, tal como lo expresan los pasajes de *Números 18:11* y *Crónicas 13:5.* Consumir juntos pan y sal implicaba, para los semitas, sellar una amistad indestructible. Cuando Filón de Alejandría describe el principal alimento de los terapeutas, devotos de la salud, austeros y místicos, nos dice que este se compone de sal de hisopo, pan y agua clara. Por maravillosa coincidencia, en hebreo «pan», l*éjem, tiene* el mismo radical que «sal», *mélaj.* También en *Mateo 5:13* se confirma el valor constante, cúbico y blanco de la sal: «Vosotros sois la sal *(alas)* de la tierra; pero si la sal se desvaneciere *(moranthi)* ¿con qué será salada? No sirve más para nada, sino para ser echada fuera y hollada por los hombres». Fragmento que *Marcos 9:50* completa del siguiente modo: «Buena es la sal *(kalón to alas);* mas si la sal se hace insípida ¿con qué la sazonaréis? Tened sal en vosotros mismos *(eaftois ala)* y tened la paz, los unos con los otros».

Existe un vocablo griego que alarga el campo semántico de *alas,* la «sal». Se trata de *alastos,* lo «inolvidable», lo «insuperable». Así es de importante la conexión entre el pacto y la amistad, entre el acuerdo basado en la Belleza, Tiferet —crisol de los 32 senderos de la Sabiduría— y Nétzaj, la continuidad

por encima del tiempo, lo eterno, la Victoria. Esta última sefirá aparece, con frecuencia, asociada con la pierna izquierda y sobre todo con la «bendición» o *brajá.* Al controlar los fluidos corporales y por su misma cristalización cúbica, la sal tiene que ver con las articulaciones. De nada le sirve al terapeuta o al kabalista su descubrimiento interior, su iluminación, si en la vida de todos los dias sus pies no lo llevan a donde lo conducen sus más elevados pensamientos. Los esenios no vivían únicamente entregados al salino ensueño de la devoción mística, sino que viajaban por toda la tierra de Israel, curando y energetizando a la gente. Los kabalistas y nazarenos no conquistaban, por el verbo, nuevas zonas de imágenes radiantes en el vasto territorio que une la criatura al Creador, sólo por un placer egoísta; lo hacían para dilatar el corazón de quienes supieran oír y ver. Como la buena sal, ellos cuidaban y preveían el «desvanecimiento».

En el fragmento IV del *Bahir* se dice: «¿Qué indica esta *brajá* (bendición) en la expresión *Barúj hu* (Bendito sea El)? Es como si uno dijera *bérej hu* (El está o se encuentra en el principio de la rodilla), tal como está escrito en *Isaías 45:23:* 'Delante de mí se arrodillan'. Pues El es el sitio en el que toda genuflexión se realiza». Se trata de algo mucho más profundo que un mero juego de palabras: los antiguos reyes y profetas hebreos recibían su bendición arrodillándose y tocando las rodillas de sus superiores. Si por un lado «arrodillarse» implica suprimir el dinamismo de los pies, negar una eventual huida, por otro alude a un «haber llegado». Para muchos pueblos semitas, el poder se asienta en las piernas, y dentro de las piernas, entre la rótula, la tibia y el fémur.

Nétzaj, la séptima sefirá, al recoger la fuerza procedente de Tiferet, la Belleza, lleva a cabo el primer acto de «refinado», *tzáj,* que induce a la «gracia», *jen.* Entre las letras de *Nétzaj* vibra y vuela la «flecha», *jetz:* el dardo, la saeta de la acción que el discípulo dispara, previa tensión del arco del cuerpo, iniciado

ya el camino de su búsqueda, la aventura. En tanto las manos encamaban la manifestación, las piernas son el transporte, el traslado de esa manifestación. Por ellas, la acción desciende a la Tierra. En las manos se puede leer nuestro pasado y nuestro presente; de las piernas y los pies dependerá nuestro futuro. Pero, como ocurría con la inherente dualidad de la mano, *jetz,* la «flecha», puede ser también *jatz* si modificamos la puntuación vocálica, en cuyo caso se transformará en una «división», en una «fracción». La pierna del peregrino lo acerca al eje de su iniciación, a la diana de sus sueños, pero al mismo tiempo lo aleja y *divide* —como se dividen las células que nacen de sus progenitores— separándolo del pasado. Alejar, dividir y separar constituyen una operación trifásica por medio de la cual el discípulo, el buscador, aprende a reconocer el terreno que pisa.

Dentro de la tradición hebrea, existe complementariedad entre la fábula, el relato o la simple parábola, la *hagadá* y la ley, el código moral, la jurisprudencia, la *halajá.* De tal modo que puede asociarse esta última a la pierna izquierda, por una sencilla razón: *halajá* tiene la misma raiz que «marcha», «movimiento», «dirección», *halijá.* En ambos casos —el de la ley y el caminar— brilla una partícula extraordinaria, el l*éj,* «camina», «anda», palabra por medio de la cual el Creador advierte a Abraham que debe iniciar su camino. Convirtiéndose en peregrino, el patriarca debe alejarse de su solar natal, para ir en pos de un destino fértil, generador de «muchos pueblos».

Una sección íntegra del *Zohar* lleva precisamente por título l*éj lejá,* en memoria del capitulo 12 del *Génesis.* «Vete de tu tierra y de tu parentela y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré». Los maestros de la Kábala consideran al patriarca Abraham como el primer eslabón de la cadena iniciática, atribuyéndole la autoría del *Séfer Yetzirá* y con él el poder del cual es capaz el verbo. «Sal —le dijo el Creador a Abraham, según el *Zohar*— para conocerte a ti mismo y para prepararte; sal de tu país, de ese mundo habitado al que estuviste

ligado hasta ahora. Abandona tu parentela, deja esa sabiduría con la que has levantado tu horóscopo, señalando la hora y el segundo de tu nacimiento y la estrella que entonces estaba en el ascendente. Sal de la casa de tu padre y no prestes atención a lo que hay en ella, aunque por su mérito te aguardara alguna prosperidad».

Abandonar lo determinado, el *fatum,* el peculiar *mazal* o «signo astrológico» bajo el que se ha nacido, para asumir todo el zodíaco, la rueda de la vida en su totalidad, dejando detrás lo conocido y teniendo delante lo desconocido, ese «yo te mostraré». La palabra hebrea que se traduce por «mostraré» es a*rejá,* y por gematria da *(alef* = 1 + *reish* = 200 + *alef* = 1 + *cáf* = 20 = 222) el mismo número que *baráj,* «bendito» *(bet* = 2 + *reish* = 200 + *cáf* = 20 = 222). ¡Habitar la bendición, habitar la luz, que por todo transita sin mácula! En algún lugar de la Tierra está la Tierra Prometida, el Canaán simbólico con su *axis mundi,* que el mismo *Zohar* llama «el punto en el centro». Fue Abraham el primero que «notó que a partir de ese punto se estableció —cuenta el *Libro del Esplendor*— el mundo, y una vez que probó y pesó, encontró que el poder superior a cargo del cual estaba, era uno que no podía ser captado, un poder recóndito y oculto, no como los poderes encargados de los puntos que le eran exteriores en todo el espacio habitado». Este comentario recuerda el criterio de Jesús respecto de un reino que no «es de este mundo». En *Juan 18:36,* ante Poncio Pilato, el Nazareno niega lo horizontal de las circunstancias, pero afirma su verticalidad, elude las jerarquías pero afirma los valores, pues un mundo que debe ser defendido, un «cosmos» dividido, no es cósmico. En griego, la misma palabra «cosmos» señala lo visible, la parte, y el todo o lo invisible. Las cosas terrestres y las celestes. A Pilato le tiene sin cuidado «la verdad», por eso siendo como es un diplomático, un político, la sitúa entre signos de interrogación, la relativiza. Mientras que para Jesús la *emet* o «verdad» era el principio absoluto y ordenador de la

naturaleza, algo que incluía al mismo procurador romano y a su nefasta tarea.

El que vive en lo esférico, en el corazón de las sefirots del Árbol de la Vida ¿desde qué centro habla, sino desde uno que está en todas partes a un mismo tiempo? Abraham abandona su tierra de origen así como Jesús abandona este mundo, es decir, este plano de realidades contrapuestas para afirmar uno que las supera, uno que sintetiza todo lo que abajo se disuelve. Esas dos voluntades opuestas, la de Jesús y la de Pilato, más que encarnar a Israel y a Roma señalan la distancia que media entre un peregrino de sí mismo en su propia tierra y un depredador de otras tierras, alejado de la suya. Si los mismos discípulos no entendían su mensaje ¿cómo esperaba Jesús, guardador y cultivador de secretos, de leyes sutiles, de redes infraestructurales, que un bastardo lacayo imperial a quien la historia todavía no ha hecho la justicia que merece, que un borracho inmoral más interesado en la higiene de sus manos que en la limpieza de su propia conciencia, captara el sentido parabólico de su pensamiento?

La tragedia de quien no sólo vive en este mundo sino y también en lo que los hebreos llaman el *olám ha-bá,* el «mundo futuro», el mundo del «más allá», radica en que lo que es certidumbre para él, es ausencia de certeza para los demás. La espada de Pilato separaba pueblos, pero el verbo afilado de Jesús unía a hombres. Cualquier poder que se asiente únicamente en la parte izquierda o la parte derecha del espectro político es irrelevante para quien conoce el centro «recóndito y oculto». Por otra parte, no hay compatibilidad posible entre el guerrero y el santo, entre el físico y el metafísico. O si la hay, como en el caso de Ignacio de Loyola, cuando se asume un arquetipo es necesario renunciar a otro, a pesar de que el lenguaje de uno y de otro, por momentos se superpongan. En el ámbito sufí se distingue la *Djihad* o «guerra santa», externa, de la guerra interior Quien lucha por la comprensión o re-

velación de sí mismo, no tiene nada que imponer ni quitar a los demás. Su peregrinaje no es hacia una geografía, sino sobre una geografía. Su búsqueda, casi siempre una renuncia, ha de ser generosa para que el discípulo halle el elixir. La libertad que acarrea el conocimiento de la verdad es inclusiva, no exclusiva; es abierta, no cerrada; etérea, no grave. Lo que se conquista por la fuerza se reparte; lo que se conquista por el amor se comparte.

Tal vez sea ésa la primera Victoria o *Nétzaj* que deba conseguirse del claro enfrentamiento de uno con uno mismo. Para dejar la tierra natal es preciso abandonar al que fuimos, desgajarse y llevar el esqueje de las piernas —con la fruta que en su interior guarda nuevas simientes— hacia un bendito centro de multiplicación. Allí donde el rocío de luz que toca primero la coronilla, despierta después al aprendiz de sabio y le hace entender que padre y madre, Cielo y Tierra, Sol y Luna, no son todo el universo, que siempre hay más, mucho más en la belleza del nuevo mundo que late, tibio, bajo sus costillas, entre válvulas y venas, en un arte de arterias cuya maestría exigirá muchas y continuas pruebas. Olvido de si y recuerdo de El. Como el valor numérico de *Nétzaj (nun* = 50 + *tzade* = 90 + *jet* = 8 = 148) coincide con el de la palabra hebrea *kémaj* «harina», «alimento» *(kof* =100 *mem* = 40 + *jet* =8 = 148) y como en la *Mischná* se nos dice que, si no hay «harina no hay estudio y si no hay estudio no hay harina», al pan espiritual el estudiante debe ganarlo, aunque sea mínimamente, al aire libre y sin ayuda. «Abba Saúl les dijo —anota el *Tratado de los Principios* o *Pirké Avot*—: 'Salid y ved cuál es el mejor camino que debe seguir el hombre'. A lo que rabi Eliézer respondió: 'la benevolencia'; rabí Josué: 'un buen amigo'; rabí Yosé: 'un buen vecino'; rabi Simón: 'prever el futuro' y rabí Eleazar: 'un buen corazón'. Entonces, Yojanán ben Zakay les respondió: 'Prefiero las palabras de Eleazar ben Araj, pues en las suyas estén incluidas las vuestras'».

Además del «buen corazón» que recomienda el *Proverbio 23:1:* «Si tu corazón es sabio, hijo mío, también a Mí se me alegrará el corazón», para obtener esa victoria ¿con qué elementos cuenta el discípulo? Quizá, el primero y más importante sea comprender que la enfermedad es ensimismamiento, un estancarse y autocompadecerse, en tanto que el primer signo de salud —como la exoneración de una pústula a través de la piel— consiste en una salida al mundo, cierto grado de intrepidez y adiestramiento en la exósmosis. Empujar fuera lo que con toda fuerza ha entrado en nosotros condicionándonos: prejuicios, preocupaciones, prevaricaciones de los padres para con los hijos y, por qué no, de los hijos para con los padres. El segundo elemento es la frecuentación de los textos sagrados, el empleo de la Torá como espejo. Enlazándose a las sucesivas generaciones de maestros e iniciados, el justo que inicia asi su camino, encuentra guia, consuelo y advertencias útiles en el pasado.

«Estos hombres opinan —nos dice Filón de Alejandría, respecto de los terapeutas— que toda la legislación *(Torá, nomos),* aseméjase a un ser viviente cuyo cuerpo está constituido por las prescripciones literales, y el alma, por la invisible inteligencia subyacente en las palabras: inteligencia en la que el alma racional comienza a contemplar de un modo diferente las cosas como a través de un espejo *(ésoptron),* las extraordinarias bellezas de las ideas. Descorriendo el velo que ocultaba los símbolos y descubriéndolos, desnudándolos y sacando a plena luz los pensamientos para aquéllos que pueden, a partir de una pequeña sugerencia, reflexionar sobre las cosas invisibles a través de las visibles». También San Pablo habla de un Dios invisible *(theou tu aorátou)* cuya manifestación o proyección visible es el Hijo del hombre. De modo que para llegar al fondo de sí mismo, el discípulo deberá descorrer sus propios velos, buscar y no temer una creciente desnudez; semejante al texto, también su cuerpo es un libro viejo en el que ha de aprender a detectar bellezas «como a través de un espejo».

Para el *Zohar,* existe una manera de ver, llamada del «espejo brillante» en ejercitación de la cual el ojo no se cierra, se mantiene extático y ve como es visto. A través de ella, se supera la dicotomía sujeto/objeto.

Pero esa visión va precedida por innumerables pruebas, ya que han de atravesarse sucesivas membranas que se descorren y vuelven a correr, hasta que la vista se gradúa a sí misma y sobreviene el «don de lágrimas», la feliz humedad que los párpados apenas si contienen. Mediante un sutil juego de palabras entre el significado de «pierna», *réguel* —zona a la que alude la séptima sefirá, Victoria— y la voz *góral,* de idéntica raíz y que indica el «destino», la «providencia», el discípulo, ve bajo la huella de sus propios pies, en la sombra que proyectan sus actos, el próximo paso a dar. Aprender, dicen los maestros, es evitar repetirse.

La figura bíblica en quien mejor se descubre el entramado pierna/destino es la del patriarca Jacob, a partir de quien se generan las doce tribus míticas. Jacob, que más tarde cambiará su nombre por el de Israel, «porque has luchado con Dios y con los hombres y has vencido», según le dice el ángel en el *Génesis 32:27,* es herido en el muslo, en un tendón. Se trata de un golpe en el talón, por sobre el hueso calcáneo, cerca del fémur (*cáf iérej,* en la versión original); herida a partir de la cual se genera, en el seno del pueblo hebreo, la prohibición de comer esa misma parte procedente de los animales. El héroe, caballero andante y astuto como Ulises, paga un tributo a esa mirada «cara a cara» (*panim el-panim)* a través de la cual lo sagrado se le manifiesta con extraordinaria potencia. La palabra *ékeb,* que se desgaja de tres de las cuatro letras de su nombre *laakob,* quiere decir «talón», «huella», «signo», y si se lee *ekéb,* «consecuencia», «gratificación». Por ello Jacob, gracias a la herida en el muslo, recibe una recompensa a su deambular; atravesando al rio Yaboc realiza una ruptura de nivel, una alteración psicológica y un cambio de vida, que culmina en un cambio de nombre. Hasta

entonces había sido un sirviente a sueldo de Labán, su suegro. Helo aquí, después, convertido en un caudillo, dispuesto a entrar en su tierra natal como vencedor.

La vulnerabilidad del talón, de la que también da cuenta Aquiles, se debe, en parte, a que es el punto de apoyo de todo el cuerpo. Por lo que, si uno es herido allí y sobrevive, aun cojo tiene derecho a poseer su heredad. Pero en la historia de Jacob hay todavía más misterios: del mismo modo que en su pierna y en su pie se inscribe la parte natural de su fortuna, en su cabeza se inscribirá su destino metafísico, ya que Israel puede, además, leerse como *rosh lí,* «una cabeza para mí», «la cabeza que me corresponde». Según la acupuntura china, pasan por el talón los meridianos de la vejiga y de la vesícula. El punto 60 está, por su parte, en correspondencia con el fuego, de ahí que muchos investigadores vean en «el talón, el alma»; cuando ésta se desarrolla, como a Mercurio, a los pies le nacen alas. El mítico camino de Santiago o la Vía Jacobea no hace más que reciclar el mismo símbolo: el viajero, siguiendo la senda astral de la Vía Láctea, debe llegar al *finis terrae* para comprender que el cielo que busca se alza sobre su cabeza.

La peregrinación emprendida por el discípulo comienza, siempre, por una *separatio.* Entre los documentos de la secta esenia de Qumran —nombre que podría ser deformación de *qúm,* «álzate», «resucita», y *ran,* «alegría», «regocijo»— secta hermana de la de los terapeutas egipcios, hay uno llamado *Regla de la Comunidad,* en el que podemos leer: «Se separarán de donde viven los hombres de iniquidad, para ir al desierto, a fin de preparar su camino». Esta sugerencia se apoya, a su vez, en una admonición del profeta *Malaquías 3:1:* «He aquí que yo envío a mi mensajero *(malaji),* el cual preparará el camino *(dérej)* delante de mí». Desde el punto de vista de la secta qumranita, tales preparativos se referían a una vida de acuerdo con la Torá y sus enseñanzas.

En el citado versículo de Malaquías se destaca la palabra

fná traducida por «preparar», pero cuya acepción correcta serta «despejar vaciando». Un caminante verdadero, comentan los chinos, no deja huellas. Para los miembros de la secta qumranita, la suprema ética de la vida se basaba en una renovación constante, ya fuera por reiteradas abluciones o simbólicamente asumida, por la blancura de sus vestidos y por el despojamiento «del prepucio de la mala inclinación y la nuca tiesa». La pierna nunca deja huellas en el aire que atraviesa, y cuando más agradada es, más agraciado es el pie que la apoya en tierra. Tal es la idea de purificación y combate que insinúa la sefirá Victoria. En el *Bahir* se habla de una «victoria» *(Nétzaj)* que se inclina hada el Poniente; dado que el justo ha surgido por obra del Sol, debe volver a hallarlo, tiene que ir hada su muerte, hada el ocaso de la tierra final, al oscuro Finisterre. La lucha de Jacob con el ángel dura toda la noche, tras la cual nos dice el *Génesis 32:31,* después del combate, que «le salió el sol» (va-izráj *lo hashemesh).* No estamos ante el Sol natural, que sale para todos, sino ante el sol sobrenatural que en ese «salió», izráj, le confia al hombre su «secreto», *raz,* «viviente», *jai,* encerrado en la noche agónica, en la sanjuanina noche del alma. Si antes de la lucha el astro estaba enfrente y su sombra detrás, a partir del triunfo, el sol nos protege las espaldas y proyecta su sombra a los pies. La rinde, circunscribe y limita, para que tengamos dominio sobre ella.

El conocimiento propiciado por las «piernas», *réguel/ raglaim,* supone además una sabiduría de lo «simple», *raguil.* Ese descenso al mundo para mezclarse con él, que llevan a cabo las piernas, debe interpretarse como la búsqueda de uno mismo a través de los otros. Familiaridad que en los miembros de la cofradía terapéutica exigía una trascendencia de lo sanguíneo, pues el parentesco era con los «hijos de la luz» con quienes suscribía «el pacto».

Al principio del viaje todo es difícil; los polos, opuestos, diferenciadores. Nada nos hace suponer que la verdad brotara

de las sucesivas caídas, de los desencuentros, las distancias, los desasosiegos, las declinaciones y las renuncias. Mientras tratamos de descubrir al «prójimo» que debemos amar, hurgamos en quien no nos gusta, o bien en quien se *cruza en nuestro camino,* el prójimo próximo, hasta que por fin lo polar se vuelve chispa complementaria, iluminación, y la búsqueda se convierte en hallazgo; entonces lo no dicho por nosotros aparece expresado por los otros. Pero, paradójicamente, lo buscado se revela, a condición de que no intentemos poseerlo. El camino debe ser despejado y estar completamente vacio de segundas intenciones. Tiene que ser un espacio abierto entre dos márgenes abismales, el pasado y el futuro.

En hebreo, para nombrar el «ahora» se emplea la palabra *atá,* que se diferencia de «Tú» divino, *atá,* por una sola letra: en lugar de *ain,* el «ojo», la *alef,* el «infinito». Si recordamos que el propósito de todo viaje espiritual es, como se sabe, alcanzar la iluminación, y por la luz trascender lo visible, el llamado interior debe seguir hasta el punto en que la voz se resuelve en eco. Mientras el mensaje recibido no resuene en nosotros, seguiremos hablando, discutiendo, separando; pero ante la primera silaba entendida, descubriremos de inmediato la gracia del silencio, que es el camino más corto entre un verbo y su gerundio. Al desprender del «ahora» o *atá* la *hei,* que simboliza el «espíritu», detendremos el «tiempo», et, el tiempo relativizado por las circunstancias, tal como aparece, por ejemplo, en el Eclesiastés. Pero si volvemos a agregar la hei, ese tiempo es ese *instante, este momento,* cuya radiante epifanía ofrece al ojo el ojo de la realidad, cara a cara, por el «espejo brillante», sin interferencias temporales o espaciales. El paso de la ain, cuyo valor es 70, a la al*ef,* que tiene por cifra el 1, se realiza mediante una resta: ¡69 es la clave de algo que está más allá del abrazo amatorio, ya que ese número corrobora la reversibilidad de lo humano en lo divino y de lo divino en lo humano y es la clave que justifica el dictum: lo de arriba es igual

a lo de abajo, para que se cumpla la ley de lo único, de lo indiviso! Attar, el místico persa, lo constató asi: «El verdadero peregrino convierte el espacio en fijeza».

De la esfera de lo bello, del ámbito de Tiferet, el recorrido nos lleva a Nétzaj para explicarnos el empalme, el engarce, el injerto en este mundo. Entre Nétzaj y Hod, la octava sefirá, recorremos la pelvis pero también el sacro. Lo que intentaba unirse entre el círculo de la Misericordia y el de la Fuerza, deberá quedar ligado a este nivel, puesto que todo el poder de Daat —la onceava sefirá— dependerá de Yésod y ésta de que las piernas sigan al cuerpo y no el cuerpo a las piernas. Lo «fácil», lo *raguíl,* lo espontáneo, es la meta, el punto de llegada, no el de partida. Ser naturales incluye el ser francos, sinceros, claros y, como sostenía la orden de Qumran: «... no adelantarán su tiempo, ni retrasarán ninguna de sus fiestas y no se alejarán de sus decretos de verdad, para ir por la derecha o por la izquierda». Ser naturales implica dar a la columna central del Árbol Sefirótico la posibilidad de sostener, articular y armonizar la danza oscilante de las piernas, a lo largo de un camino lleno de hechizos, trampas y tesoros.

Hod-Gloria

El maestro Hillel, fariseo de alto vuelo, humilde y genial, solía decir: «Si yo no me ocupo de mí mismo, ¿quién lo hará por mí? Y si no ahora, ¿cuándo?». Solitarias, las piernas se tienen, a pesar de ello, a sí mismas. Son el ejemplo viviente de lo pasivo y lo activo, en sucesión: mientras la una adelanta en la marcha, la otra espera atrás. Caminar es obedecer al oleaje de la sangre, antiguo hábito que se renueva constantemente. Corroborándolo, por esos azares que la Kábala se complace en reiterar, en la misma palabra *réguel,* «pierna», hallamos a *gal,* la «ola» y a *gar,* vocablo que señala una «residencia», el acto mismo de «habitar». Forzando un corrimiento vocálico, ese verbo da *guer* y anuncia al «peregrino», al «forastero». Todo lo cual conduce, entre Nétzaj y Hod, a una marcha, a una efectiva salida al mundo, en el que por un tiempo hemos de vivir sin techo ni morada fija. La gloria, en el periplo que nos espera, en el circuito interior de la búsqueda, consistirá sobre todo en descubrir que nuestro propio «eco», *hed,* del que la *vav* de *hod* tiene la llave maestra, es nuestro ayuda de cámara.

Viajamos para asentar nuestra lateralidad, para fijar un destino. Cada reconocimiento geográfico no es sino una constelación psicológica, por medio de la cual a la ampliación espacial le corresponde una dilatación en la consciencia; las visceras y los órganos van hallando, en el camino externo, su

verdadero lugar interno. Lo superfluo, en la senda iniciática, se separa de lo esencial, la ganga del oro, la broza del fruto. La apertura al mundo es un segundo nacimiento: en el primero era nuestra madre la que nos «daba a luz». Ahora es la naturaleza la que debe «iluminarnos», en medio de sus sombras y oquedades. En el primer caso, contábamos con la ayuda materna, en el segundo, somos nosotros los parteros. Devenir partero de sí mismo implica asumir tanto el embarazo del mundo como la suspensión de sus reglas, pues en ese juego divino que es la peregrinación espiritual, no hay más leyes que las que el viajero se imponga a sí mismo. En ello radica el valor innegable del conquistador de su sombra, del guerrero del corazón.

En la caballería medieval, el joven héroe incipiente busca su corazón en el símbolo del Grial o Graal. Aspira a un centro, al relevamiento del rey enfermo o muerto por el principe vivo. Su odisea o aventura puede durar eternamente, si no se produce el enfrentamiento con el monstruo, con el dragón que custodia el secreto. Para el *Bahir* —y en ello prosigue la idea que desarrolla el *Séfer Yetzirá* o *Libro de la Formación*— hay tres regentes capitales en el universo: el dragón (te/i), el zodíaco y el corazón, los cuales a su vez pertenecen al conjunto de los 36 guardianes, número submúltiplo de los 360[2] del círculo. «Hay treinta y seis vigías —escribe el anónimo autor del *Libro de la Claridad*— y cada uno de ellos contiene a los demás, puesto que el poder de cada uno se refleja en los otros. A pesar de que hay doce en cada uno de los tres, están ligados todos entre sí. Esas treinta y seis potencias están en te/i, el dragón, pero si las buscas en la esfera celeste, también las hallarás allí, y cuando indagues por ellas en el corazón, las verás del mismo modo en sus latidos. Esta es la razón por la cual cada una de ellas incluye a las otras treinta y dos, pero todas juntas no exceden las treinta y seis formas *(tzurots).* Todas confluyen en *leb,* el corazón».

Descubrir el tesoro venciendo al «dragón» o *teli* —palabra

que también significa «carcaj»— en el contexto que apunta el *Bahir,* supone una lucha contra la conflagración universal, contra la disolución y consolidación estelar, puesto que ese monstruo —que como el Ouroboros, se muerde la cola para denotar la autofagia cósmica—guarda entre sus escamas, destellos de indeterminación, algo inagotable y en todo caso, superior a la fatalidad. Su imaginario anillo sáurico es lo que los hindúes denominan Samsara: la rueda de la vida-muerte-vida, de la que no hay escape más que atravesándola por el centro, es decir, accediendo a su eje. Los mitólogos coinciden al decir que el dragón guarda y retiene el Vellocino de Oro y también la entrada al Jardin de las Hespérides. Vencida la fiera, el kabalista, como el terapeuta en lucha contra la inercia corporal y la hidra de los deseos, reconoce en esa rueda desmesurada una cierta clase de fijeza, un orden iluminado por la estrella polar y el zodiaco.

Es comprensible que, después de vencer parcialmente a la entropía, apelando al conocimiento, se la acepte como parte integrante del ciclo generador de planetas y constelaciones que van y vuelven para tejer las hojas y la música del mar, nuestras células y el color de las caléndulas. El descubrimiento del calendario —que es lo que retoma en medio de lo que huye— constituye el primer signo de triunfo humano sobre el caos: un cosmos de cifras, útil para la agricultura y la navegación. Al peregrino que se sitúa al margen de la ley del tiempo, le interesa sin embargo conocerlo, apropiárselo, dominarlo. Con ese propósito, debe mirar hacia el tercer regente capital, el corazón, reloj carnal pero también eternidad espiritual acerca del cual el *Yetzirá* nos advierte: «Cierra tu boca para no hablar, cierra tu corazón para no pensar y si tu corazón se lanza, vuelve hacia el Lugar, pues así está dicho: corren (las sefirots) y regresan. Fijan su fin en su comienzo y su comienzo en su fin, como una llama fijada a un carbón. Sabe, piensa, imagina, el Creador es uno y no hay nada fuera de El, y ante la Unidad ¿qué cuentas tú? (III,I)».

El primer paso era, en Nétzaj, una *separatio,* un alejamiento. El segundo, que se da en Hod, es una *reductio,* un paulatino empequeñecimiento del ego ante la inmensidad del mundo. El Evangelio es muy preciso al respecto: «El que quiera hacerse grande entre vosotros se hará vuestro servidor *(doulos)* Y el que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro siervo. Porque el Hijo del hombre no vino para ser servido sino para servir y dar su vida en rescate de muchos», *Mateo 20:26.*

La Gloria de este mundo no es real, o bien la manera de vivirla aquí a través de la humildad, por la negación del ego. Negación que no es posible, sin embargo, antes de que se haya cumplido el axioma de Hillel: Nadie viaja ni experimenta por nosotros. Es un yo el que decide lo que debe hacer el otro. A cada cual le es dado escoger la época y extensión de su odisea, pero el proceso de individuación pasa primero por la estructuración de la persona. Es la comida la que precede al ayuno y no al revés. Una vez que se percibe, en el combate con el monstruo, la belleza del sacrificio, el milagro del don, se consuma la semejanza esencial entre el matador y su dragón. Más aún, de su boca de fuego pende el famoso relámpago del cual el kabalista debe apropiarse, a fin de incorporarlo a su lámpara mental y, graduando la lengua de fuego, ejercer los cauterios y los consuelos. Devolver, restituir, reintegrar, amar, en suma.

Donde la versión griega escribe *lítron* por «rescate», en hebreo figura la palabra *cofer,* de largo prestigio templario y sacrificial. Este vocablo recuerda al *rafá,* «curar», de los terapeutas. Ambas palabras comparten la sílaba *fr/rf* que indica «fertilidad». Pero al mismo tiempo, *cofer* se convierte en *cafor,* «copa», «vaso», «cáliz», y así tenemos un dato más para comprender el misterio del viaje griálico. La tradicional *imitatio* de Jesús demanda la preparación de un recipiente, una taza, un envase que vale lo que vale, por su capacidad de vacío. Para que el verbo entre, el oído debe estar dispuesto. Cada detalle

es importante en el porte del viajero: deberes, condiciones, circunstancias vitales encadenan causas a efectos. La humildad, en ese contexto, actúa como un revulsivo contra el ego, lo disuelve, lo anonada. Para los terapeutas de las inmediaciones de Alejandría, ésa era la condición sine qua non para pertenecer a la orden. Filón cuenta que: «No son servidos por esclavos, pues entienden que la posesión de sirvientes es totalmente contraria a la naturaleza, la que ha hecho que todos los hombres nazcan libres sin excepción; aunque las injusticias y ambiciones de algunos que persiguen esa fuente de males que es la desigualdad, hayan impuesto su yugo y entregado a los más poderosos el poder sobre los más débiles. En este sagrado banquete no hay, repito, esclavo alguno, y los servicios están a cargo de hombres libres que no aguardan órdenes, sino que actúan con voluntaria determinación, anticipándose a las indicaciones, con diligencia y prontitud». El tema del empequeñecimiento o bien la dilatación de la figura del héroe se percibe en el mito y la fábula y también en el súbito crecimiento del *jinn* que Simbad halla en la botella; en el aprendizaje del hatha yoga que conduce al *mahima* y al *anima,* es decir, en la expansión suprema y la suprema reducción.

Se trata, pues —dado que el mismo viajero es su cartógrafo— de una continua modificación de las escalas para probar la flexibilidad del alma, su docilidad ante la revelación, su presteza, su aquiescencia. Al principio, en sus primeros pasos, el viajero explora la naturaleza del camino, pero poco a poco él mismo se va transformando en camino: «Yo soy el camino (i *odós)* y la verdad (i *alitheia)* y la vida (i *zoí)».* Sendero que será continuado por sus compañeros espirituales, así como fue iniciado por sus predecesores. «Yo os muestro un camino más excelente», puede leerse en *1 Corintios 12:31.* No olvides que en la Kábala se habla de los treinta y dos senderos de la sabiduría que confluyen uno sobre otro, el grande en el pequeño y el pequeño en el grande, para que el dédalo de sus cruces

e intersecciones incite, en el buscador, el creciente apetito por comer del Árbol de la Vida.

En hebreo, la palabra «camino», *dérej,* puede también llegar a leerse *ke-dar,* «como ámbar», respecto del cual un enigmático pasaje del *Bahir* nos dice: «¿Por qué es (la luz) el principio de la piedra, *dar?* Eso nos enseña que el Santo, Bendito sea, tomó la milésima parte de poder de esa luz y creó con él una hermosa piedra preciosa en la que incluyó todos los *mitzvot* (mandamientos)». Ese *dar* es un trozo de ámbar que, misteriosamente, lleva en griego el nombre de *elektrón* y en hebreo el de *jashmal.* Piedra-de-la-luz o piedra-energía que es, en realidad, una resina fósil de la que el filósofo Tales describió, en el siglo VI a. de C, sus propiedades magnéticas. Como el iniciado es un condensador de corriente al igual que el ámbar, al frotarse contra los demás y asumir sus cargas, los libera de ellas. Singularmente, el ámbar encarna, además, el hilo psíquico que enlaza la energía individual con la energía cósmica; simboliza la potencia solar, espiritual, divina. Para el pseudo Dionisio Areopagita, esa resina posee esencias celestiales, puesto que «uniendo en él el oro y la plata, alude a la pureza incorruptible, a lo inagotable e indefectible».

A fin de lograr ese poder, cada trozo de ámbar ha rodado por el mundo, ha viajado por mar, cruzado tierras, descendido a los valles y ascendido a las colinas, mientras se pulía en sus frotamientos contra el mundo, preparándose para servir a los hidrópicos, a los hemorrágicos, a los sombríos, a los melancólicos y a los desequilibrados, tal como afirmaban de sus virtudes curativas los antiguos terapeutas. Aún hoy, el ámbar, resina del antiguo *pinus succifera,* nos habla del apócrifo sol que circulaba bajo su corteza y alude, en la Kábala, a las «generaciones» *dor, dorot* que, en el camino, se han ido pasando unas a otras el conocimiento de su energía. Pero como en hebreo *dar* es, también, «habitar», «vivir», podemos sospechar que se trata, para el estudiante, de «morar en la energía», de «habitar la electri-

cidad». El *Bahir* dice que esa piedra encierra apenas una porción de la luz de los comienzos del mundo y que es una entidad tan evasiva como milagrosa. Abraham la solicitó y no le fue dada. A Isaac le fue ofrecida, pero la rechazó. Más tarde vino Jacob, quien sí quiso aceptarla, pero no le fue ofrecida. Por lo tanto, esa piedra ha quedado en el «medio» *{emtza),* y quien logra llegar a ese equilibrio, goza del resplandor de su viejísima savia dorada. Para los maestros del *Libro de la Claridad,* ese medio justo es la «paz», *shalom,* único estado que otorga el sentimiento de estar a «pleno», *shalem.*

Al comparar esta última palabra con *jashmal,* «piedra eléctrica», sinónimo de *dar,* «ámbar», notamos que contiene las letras *shin, lámed, mem: shalem,* lo «pleno», lo «completo» en si mismo. Gracias al *léaj* —otras dos letras contenidas *en jasmal,* la *lámed* y la *jet*— por virtud de la «savia» en el árbol de la vida, el justo se ilumina. La constelación de todos estos significados nos orienta poco a poco hacia esa «senda dorada» evocada por los sabios: el camino del «medio», el camino de la «paz». El color del centro. Y ¿cuál es el eje del espectro solar, el matiz que debe buscar, entre los desvíos y recodos de sus rutas, el peregrino? ¡El amarillo, el dorado miel! Tanta apetencia tiene el amarillo de luz, dicen los hermetistas, que no puede haber amarillo oscuro. Entre la Victoria y la Gloria debemos, entonces, encontrar ese tono, que es el de la energía, el del oro. ¿Y cuál es el color opuesto y complementario del amarillo? ¡El negro! Por eso mismo no hay, hablando en lenguaje alquímico, *albedo* sin *nígredo;* «amanecer», en hebreo *shajar,* sin antes atravesar el abismo «negro», *shajor.*

El periodo de la *nígredo,* que alude al color de la tierra en descomposición, al color infernal, inferior, puede durar todo el tiempo que abarque el combate que se lleva a cabo en Nétzaj. Mientras no ganemos la batalla definitiva por la paz interior, no hay amanecer de fe para nosotros, no hay ascensión por el verbo, que también es amarillo-oro. La milenaria sabiduría

mitraica vestía a sus iniciados —una vez alcanzado el conocimiento— de ese color, y el *Om* sánscrito, emblema total de la palabra creadora, síntesis de todos los sonidos, es llamado por los tibetanos *zere,* que significa «dorado». Así es como el viajero que dejó su hogar, su patria, comodidad y prejuicios, hábitos y familia, para ir en pos de una orientación interior, para buscar el nacimiento del sol en él, deberá atravesar antes el vasto infierno del cuestionamiento —ese *Sheol* o «ultratumba»— antes de hallar una respuesta a su desazón, antes de dar con el cáliz que canalice y contenga el vino de su propia sangre.

Aniquilado, decidido a dejar morir el grano de su yo mortal para obtener la yema de su yo inmortal, el discípulo contará con el poder salvífico del sol, que un día, tarde o temprano, lo ayudará a romper la corteza de la tierra, a salir de su tumba de indecisiones. Entonces y sólo entonces comenzará a descubrir la virtud reflexiva del oro que la Kábala llama *zahab* y del que el *Libro de la Claridad* explica: «¿Y por qué el oro se llama *zahab?* Porque hay en él tres atributos: lo masculino, encarnado en la letra *zain,* de *Zajar,* luego la hei, que simboliza al alma —y que suele llevar cinco nombres diferentes: *ruáj, jaiá, yejidá, nefesh, neshamá*— y finalmente la letra *bet.* ¿Y qué función tiene la *hei?* Constituye un trono para la *zain,* tal como está escrito en el *Eclesiastés 5:8:* «porque sobre el alto vigila otro más alto». En cuanto a la *bet* de *zahab,* esa letra garantiza la estabilidad de las otras dos, como figura en el *Génesis 1:1: 'Bereshit bará,* en el comienzo El creó'».

El *Bahir* alude aquí a lo masculino, porque una de las posibles acepciones de la letra *zain* es la de miembro viril, órgano sexual, portador de simientes, donde está oculta la fuerza que los nazarenos no podían desconocer ni desperdiciar. Luego, la *hei,* cuyo valor numérico es cinco, concierne a los distintos aspectos del alma y aparece como mediadora, recordándonos el sitio del tesoro en el interior del cuerpo, que debe someterse al efecto de los distintos soplos y combinaciones respiratorias,

para su posterior transmutación. El oro es lo que es, por la constante luz que devuelve, no por su peso especifico. En cuanto a la *bet,* el *Libro de la Claridad* la considera fundadora, fijadora.

En lenguaje kabalístico, como parece indicar el *Libro de los Anagramas* o *Rashei Tevot,* la partícula *zéh* que forma parte del oro, significa «Dios». Tal es el principio de identidad al que la *bet* enmarca y circunscribe. Si ahora, por la operación que los discípulos denominan *tziruf,* permutamos esta *bet* por una *reish,* obtendremos el famoso *zohar* o «esplendor» al que los nazaremos consagraban su devoción interior. A su vez, la combinación de las dos letras permutadas, *reish* por *bet,* puede leerse como *rab,* «maestro», y al revés como *bar,* que indica «grano», «cereal», e «hijo». ¡Maestro de su propia simiente, el iniciado individualiza así en sus canales, la circulación de la luz! Sin embargo, es preciso saber que el cambio de valores que esto supone desencadena una radical metamorfosis, pues quien descubre el origen de la luz se adhiere a él, abandona el oro natural y adquiere el sobrenatural. En el mundo clásico se decía de los buenos oradores que tenían un «pico o boca de oro» y que creaban, con sus palabras, la realidad que evocaban. Así San Crisóstomo, por ejemplo.

El color del oro fue siempre intermediario entre el Cielo y la Tierra. En Egipto, tierra de los terapeutas, estaba consagrado a Anubis, cuyas estatuas estaban recubiertas de ese metal. Todo lo que Plutarco nos cuenta, en su *lsis* y *Osiris,* de esta deidad, resulta fascinante en el contexto kabalístico-tera-péutico: «Anubis es el nombre griego del dios que los egipcios denominaron Anpu o Anupu, conductor de almas; era el que abría a los muertos la puerta del camino que lleva al otro mundo. Se lo presenta como un chacal negro o bien con figura humana y cabeza de chacal o cabeza de perro. A la ciudad principal de su culto los griegos la llamaron Cinópolis». Paralelamente, este chacal-perro estaba en correspondencia con Sirio, la principal estrella de la constelación del Can Mayor, de enorme impor-

tancia para los egipcios, porque su aparición sobre el horizonte indicaba el comienzo de su año agrícola y por ello el punto de partida de su calendario real. En tanto estrella guía que precedía a las demás, se la llamó la «estrella del perro». Respecto de su nombre, procede del griego *seirios,* el «brillante», el «ardiente» ¿No es eso lo que señala precisamente el *zohar,* el «resplandor? Porque el perro, el cancerbero, es el guardián de los secretos subterráneos, y como antes el topo para Esculapio, es capaz de atravesar con sus ojos la región de las sombras. Caza lo que está oculto luego de rastrearlo, protege a los que transitan de un mundo al otro y acompaña a los que van del dolor a su liberación, en pos del renacimiento. En el mundo bíblico, Caleb, el «perro», es uno de los espías que Moisés envía para reconocer la Tierra Prometida. Un «adelantado». De igual modo, la estrella Sirio, que se adelanta en el cielo, fue para los egipcios, la estrella símbolo de Isis en los cielos; la llamaban Sept, porque anunciaba la inminente crecida del Nilo y con ello la futura fertilidad. Siendo la estrella más brillante del cielo nocturno, Sirio, que es mayor que el Sol y que todas las estrellas que la rodean, posee una hermana secreta, otra estrella —Sirio B— diminuta, que gira en torno de su pariente, dando una vuelta completa cada cincuenta años. Esta estrella es una enana blanca, lo que en lenguaje astronómico significa una entidad de enorme poder gravitacional. Si pudiéramos vivir allí, seríamos tan altos como la fracción de una pulgada. Por haber sido —y ser aún— Sirio, la estrella más brillante que se puede observar desde la Tierra (su magnitud es de 1,5 e impresiona que los científicos digan de ella que es 23 veces más grande que nuestro Sol) y, a causa de un extraño corrimiento mitológico, Sirio se convirtió con los siglos en Osiris, el dios de los muertos, el del inframundo y también el de la resurrección del grano. Los habitantes del Nilo llamaban a Osiris As-Ar o Us-Ur y solían representarlo por los jeroglíficos «trono» y «ojo» (en la Kábala se diría que ese dios oscila entre

Malkut, el «reino» y Kéter, la «corona»). Como

contemplador del mundo, Sirio también era Sept; junto a Osiris habitaba al lado de la estrella Sah, Orión, el Cazador. Cuando los kabalistas y terapeutas, atravesando la esfera del Sol visible, desplazaban su interés hacia una fuente luminosa mucho más grande que éste, ¿aludían primero a Sirio A y luego a Sirio B, en cuyo caso su visión no era heliocéntrica sino osiríaca? Considerando que Anubis es «el círculo horizontal —anota Plutarco— que divide a la parte invisible del mundo (a la que llaman Neftis) de la visible (a la que llaman Isis), y como este circulo toca igualmente los confines tanto de la luz como de las tinieblas, se le puede considerar común a ambas». Por lo que el perro, guardián y explorador, oscilaba de la custodia de las minas subterráneas donde yace el oro solar, a la extremada vigilancia nocturna, alumbrado por el brillo de la plata lunar.

Caleb, en hebreo «perro», también puede leerse como *libjá,* «tu corazón», órgano que divide —tal como señalaba Tiferet— la sombra de la luz, en la circulación sanguínea. La cifra que le corresponde *(cáf* = 20 + *lamed* = 30 + *bet = 2 =* 52) es idéntica a la de *ben,* que significa «hijo», pero también «discernir», «entender». Al comprender que uno es un-hijo-en-su-corazón, o bien que el-corazón-es-el-lugar-del-hijo, el iniciado deviene un guardián de la luz del Padre, el *ab* o alfabeto genitor de la realidad nominal por la que se comunican los hombres. Entonces, ganado el espacio que el Árbol Sefirótico denomina Victoria y relaciona con la pierna izquierda, podemos desplazarnos hacia la Gloria, a través de la línea que delimita el ombligo por encima de la novena sefirá, Yésod. El conocimiento de lo que éste significa, de lo que el omphalós simboliza, es el preludio de una marcha hacia el centro del mundo.

En Delphos, Grecia, estaba el omphalós consagrado a Apolo, Dios que según hemos visto, estaba relacionado con la medicina, con la armonía luminosa. En tanto las piernas nos llevan, al andar, en pos de un centro terrestre, cruzándolas en la postura del Loto o Semiloto, antes de su marcha, junto al

puente de la pelvis, descubrimos en nuestro propio ombligo la impronta del origen, el trazo dejado allí por el cordón umbilical Fueron los hesicastas de la Tebaida, herederos de los terapeutas, quienes nos legaron una técnica denominada omphaloscopia que consistía en ingresar en el interior del propio cuerpo por la contemplación del ombligo. Tal ascesis consistía en sentarse en la oscuridad, bajar la cabeza, fijar los ojos en el centro del abdomen —es decir en el ombligo— y tratar de descubrir allí el asiento real de todo camino espiritual, llegar a descifrar lo que abre, lo que cada sendero separa entre sus orillas y destinos. Al igual que los brazos, las piernas participan de la ley de complementariedad: alejan y acercan. Nos sirven para desplazamos hasta llegar al pilar central, la columna vertebral en cuya base está la serpiente Pitón, el monstruo sobre el cuerpo muerto, del cual Apolo pronunciará los oráculos. Apolo, padre de Esculapio, el dios médico.

En su temprana juventud, cuenta la mitología, Esculapio fue confiado por su padre al centauro Quirón, quien le enseñó a sanar. Cuando el joven se hizo diestro en el arte de curar, llegó al extremo de resucitar muertos y recibió de Atenea la sangre vertida por las venas de la Gorgona. Mientras que las del lado izquierdo esparcían un veneno violento, la sangre del lado derecho era salutífera y el famoso médico la empleaba para curar a los enfermos y dar vida a los desahuciados. Hasta que Zeus, celoso de ese talento y a la vez temeroso de que Esculapio desbaratara el orden del mundo, lo mató con un rayo. Poco después de su muerte, Asclepio (Esculapio) fue transformado en la constelación del Serpentario, y ése es el origen, por lo visto, del caduceo o la doble serpiente enrollada en torno de su bastón mágico.

Quirón, por su parte, que sanó la herida en el talón de Aquiles, tiene en su pie una llaga incurable causada por una flecha, y ya se sabe que la herida en el pie alude a la herida en el alma. Fortalecido en su dolor, Quirón, el médico inmortal,

puede curar. En lo que concierne al empleo de la sangre para resucitar a los muertos, recuerda el valor terapéutico y simbólico de la Eucaristía: el autosacrificio crístico, como réplica del sacrificio cotidiano del mundo. Pareciera que para curar, para reintegrar la salud, hubiera primero que asumir la naturaleza didáctica de las heridas. Explorando la raíz etimológica de Quirón, hallamos *queiro,* «cortar», «podan», «segar», y también *quería,* «venda», «vendaje». Idéntica faena compartían kabalistas y terapeutas, curadores ambos por mediación del verbo, puesto que al corte en la sintaxis y al fonema le sucedían una cicatriz en el verbo y en su música.

Yésod-Fundamento

"En Esculapio están reunidas —consigna Paul Diel en *El Simbolismo de la Mitología Griega* (Paris, 1966)— las dos tendencias del arte medico, la espintuahzación y la profanación; las dos figuras míticas. Apolo y Quirón. En el mito de la medicina así entendido, se concentra y culmina el tema común a todos los mitos el médico, el mismo hombre sufriente, está sujeto como todos los demás a las dos tendencias que viven en el alma humana, la espintuahzación y la perversión En la vida individual del terapeuta, este conflicto puede llegar hasta la profanación o lo perverso» De igual modo, ios kabalistas están expuestos, en el desarrollo de sus poderes latentes, a pervertir la alta misión de su respectiva iniciación que consiste en devolver luz a la luz En restaurar, allí donde se hallen, la alegría y la salud.

Se dice —citando un versículo bíblico— que «El justo es el fundamento (yésod) del mundo». *Proverbios 10:25.* La novena sefirá llamada precisamente Yésod, ocupa el sitio del sexo, pero el lugar del sexo no está en el sexo mismo sino en el cerebro tal como acota el *Bahir «...* la columna vertebral se prolonga desde el cerebro del hombre hasta su miembro viril por ello la simiente viene de arriba» Y por ello la zona que suele ser considerada como el Fundamento de la obra de transmutación energética, así como también el Sitio por excelencia de los secretos del Arbol de la Vida, es Yésod.

Si por temurá se invierte *yésod,* se obtiene *sody,* «lo secreto» o bien «mi secreto». Dato que nos aclara el motivo por el cual los nazarenos como Jesús no tenían relaciones sexuales durante el período que durara la consagración. Ligada por finos lazos simbólicos a la sexualidad, la «serpiente» bíblica, *najash* —que abre en el hombre y en la mujer el sentido diferencial de la vista, inaugurando la vergüenza— es también la exacer-badora de los sentidos, *jushim.* Un atributo fálico. Por lo visto, si uno se dedica a recorrer el sendero que va del Árbol del Bien y del Mal al de la Vida, es preciso —como hizo Apolo— matar las fuerzas que encarna la serpiente-dragón o bien, como Esculapio, emplear su veneno para curar; instrumentar la pasión para llegar al conocimiento de la fuente vital. Cuando la serpiente es domesticada, el discípulo obtiene la victoria sobre la exaltación vanidosa. Sobre el deseo descabellado y su insaciable multiplicación. En cuanto a la maza o al caduceo en el que se entrelazan dos serpientes y que aparece como signo mágico de Esculapio, señala el conjunto sobre todo aquello que ponga en peligro la tendencia helicoidal y polar de la energía.

Al dedicarse al refinamiento de su vida sensible, el nazareno no destruía sus cinco sentidos, sino que la explayaba en música, procurando estar siempre atento a su melodía interior, a la gracia pero también al peligro de la fascinación porque, como dice el *Eclesiastés 10:11*: «Si muerde la serpiente *(hanajash)* antes de ser encantada, de nada le sirve al encantador *(baal halashón)»,* sintagma este último que nos recuerda que el kabalista y el médico eran llamados, en los ambientes hebreos, *Baalei ha-Shem,* «poseedores del Verbo», o bien «curadores por la palabra». La expresión *baal ha-lashón,* «el que tiene poder sobre su lengua», alude a ello. Iniciada la búsqueda de la irisación zohárica, del resplandor interior, éste se percibía por mediación simbólica en la «simiente»: *zera,* ella misma portadora de la «ayuda», *ezer,* necesaria para efectuar la transmutación.

A esta altura se impone una pregunta: ¿Qué clave encierra

la semilla para que el lugar donde aparece, madura y busca salir se llame Fundamento? Al sopesar la palabra *zera,* distinguimos en ella la raíz er, que alude a un estado «vigilante», y también encontramos *raz,* al «secreto», sobre el que nos explayamos en su momento, al hablar de la luz. La suma de ambas significaciones indica que el nazareno, observador introspectivo, necesariamente conocía el método para despertar fuerzas ocultas en sus propias células sexuales. Dado que puede invertirse ese estado de vigilancia para obtener la voz *ra,* «negativo», hay una razón más que suficiente para aprender de nuestros errores. La serpiente es astuta, pero entre los animales, la única que, según la Biblia, conoce el misterio supremo, el de devenir dioses. Hay una curiosa representación iconográfica de la serpiente crucificada que data de la Edad Media y que reemplaza al Mesías, como *si para que él fuera, ella debiera morir.* La imagen parece basarse en un descubrimiento gemátrico, ya que *meshía)* vale *{mem* = 40 + *shin* = 300 + *iod* = 10 + *jet = 8* = 358), lo mismo que *najash* la «serpiente» *(nun* = 50 + *jet* = 8 + *shin* = 300 = 358). En cualquier caso, estamos ante la elaboración, a partir del centro genital, de recreación natural, de una condición sobrenatural, luminosa. La novena sefirá, Yésod, contiene además la palabra *sad,* que señala un «cepo», un «brete», precisamente porque la sexualidad es tanto un lugar de encierros y sometimiento, como el *locus mercurialis.* La serpiente posee el veneno, pero también el antídoto. Allí, en la simiente, está el sitio del mal que aparece como división y separación continuas, pero también se halla en ella el ree, el «semejante», el «compañero» que puede ayudarnos. Si, por otra parte, desgajamos de esta sefirá la partícula *du,* «dual», «dos», veremos hasta qué punto se justifica la asociación del caduceo —la columna vertebral, el cetro de uno mismo, la palmera del justo— con la doble serpiente. Cuando señalamos la sexualidad como el *locus* del Mercurio alquímico, aludíamos al trabajo hermético que sintetiza la figura

del caduceo. Emblema de Hermes, el caduceo o la maza mantiene el equilibrio entre ambas figuras; la acuática que tiene tendencia a la reproducción, al desgajamiento, y la ígnea que busca subir, prudente, dificultosamente, hacia la esfera de los antepasados, de las afinidades electivas. Hermes, con su caduceo, medió en el arduo combate que libraban las serpientes, para obligarlas a hacer la paz entre sí.

Pero el caduceo es también una suerte de varita mágica de poder reversible: al nueve posicional del Árbol Sefirótico le corresponde el seis, día en que fue creado el hombre-mujer, según el Génesis. El *Zohar* nos dice que la letra *vav,* que tiene ese valor, posee «una hermana gemela», aludiendo así a la doble función sintáctica de la *vav* en el texto bíblico: copulativa y disyuntiva. En Mesopotamia y en Grecia, el caduceo de la doble serpiente aparecía, exactamente como en la Biblia, asociado al árbol, un árbol capaz de hacer abrir los ojos humanos, pero también de separar la inocencia de la culpa. Además de encarnar el polo opuesto de la liberación mesiánica —atribuida a cualquier iniciado que se lo proponga y no, necesariamente, a uno que padece y salva a todos— la serpiente tenía, en el pensamiento hebreo, una connotación adivinatoria. Ya hemos visto que *najash* «ofidio», forma parte del verbo *lenajesh,* «adivinar», resolver un enigma. De ahí que el gran sacerdote del Templo de Salomón llevara, sobre el pecho, un *joshen,* un «pectoral» en el que estaban incrustadas las doce piedras representantes de las doce tribus y también de los doce signos zodiacales.

En *Juan 3:13* leemos: «Nadie subió al cielo *(ton uranón),* sino el que descendió *(katabás),* el Hijo del hombre, que está en el cielo. Y como Moisés levantó la serpiente *(ton ofin)* en el desierto, así es necesario que el Hijo del hombre sea levantado». Versículo en el cual la referencia a Moisés nos retrotrae al episodio de la serpiente de bronce *(najash nejoshet)* del libro *Números 21:7:* «Entonces el pueblo vino a Moisés y dijo: 'Hemos pecado por hablar contra Dios, y contra ti, ruega pues

que nos quite estas serpientes'. Moisés oró por el pueblo. Y Dios le dijo: Hazte una serpiente de bronce y la puso sobre un asta *(al ha-nes),* y cuando alguna serpiente mordía a alguno, miraba a la serpiente de bronce y vivía'». ¿Se trata de una simple metáfora de la sublimación del deseo o de un hecho de pura magia simpática?' Es probable que la salvación provenga del mismo texto: toda serpiente se debe combatir con una serpiente.

El término hebreo *nejoshet* es vecino de *nejushtán,* la serpiente medicinal e indica tanto el «bronce» como el «cobre». Al ser Moisés un iniciado egipcio, el relato de la serpiente evoca el Uraeus, cobra hembra encolerizada, que en el Nilo simbolizaba el ojo ardiente de Ra, un fuego sin control, peligroso, amenazante; emblema faraónico de poder, emplazado tanto en los capiteles de los templos como en las coronas de los reyes. También aludía, este Uraeus, al áspid egipcio, a la posible venganza de los poderes invisibles contra quienes los violaran o —como en el caso del citado episodio de la serpiente de bronce— hablaran mal de su eficacia y de su representante terrestre, en estes caso, Moisés. Tal poderosa dualidad mora tambiér en la novena sefirá, Yésod.

El Uraeus, que distinguía la corona de los príncipes iniciados y daba testimonio de sus frecuentes poderes psíquicos, advertía también sobre las furias pasionales que pueden desatarse, si éstas se emplean incorrectamente. De igual modo, al iniciar el trabajo de templanza, de sutilización de la simiente, el terapeuta se abstenía, en primer lugar, de «derramarse», de «volcarse» hacia fuera. «Movidos por su vehemente deseo de una vida inmortal y dichosa —nos dice Filón de Alejandría— los terapeutas consideran que ya están muertos en lo que hace a la vida mortal y «abandonan sus bienes en manos de sus hijas e hijos, adelantando así por voluntaria determinación el tiempo de transmisión del patrimonio».

Lo que Filón llama dedicarse a la «verdadera naturaleza» equivale a lo que los chinos entienden por consagrarse al Tao:

asumir un estado de despojamiento interior que ayude a ver las relaciones entre todas las cosas y, sobre todo, que de la lámpara del cuerpo depende la intensidad de su luz. Adelantar la devolución, ceder el patrimonio ¿significa gozar del vacío de la muerte mientras se está aún vivo?, ¿obliterar las seducciones del ego separador, posesivo, para adentrarse luego en la exploración de Aquél que el filósofo alejandrino llama El Que Es? Filón entendía por esta misteriosa entidad el Uni-verso en oposición a lo di-verso. Tal era, por otra parte, la idea hebrea de la unidad divina; como la serpiente de bronce, que cura de la serpiente venenosa, en su esfinge descifrada, hay que ver en ella la palabra *jen,* que alude a un estado de «gracia» inscripta en *najash.* Dominar a la serpiente, como Esculapio, Moisés y Jesús, es dominar los instintos.

Veloz como el relámpago, la serpiente visible surge siempre de una grieta de sombras, del submundo, para atacar, fascinar y finalmente volver a él. De igual modo Yésod, el Fundamento, en el Árbol Sefirótico es el núcleo poderoso del cual se extrae, con habilidad, el enroscado misterio del verbo. Dicho de otro modo, *Yésod* es uno de los extremos del puente entre lo semántico y lo seminal: el polo endocrino así como el otro es la garganta, las cuerdas vocales. Pero para entender el corte, la fractura que inaugura tanto la dualidad humana como la vergüenza causada por el dimorfismo sexual, debemos remitirnos al mensaje que la serpiente comunica a Eva y Adán en el Paraíso: «No moriréis, sino que sabe Dios que el día que comáis de él (árbol), serán abiertos vuestros ojos y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal», *Génesis 3:5.* ¿Sólo por conocer el bien y el mal se les ofreció a nuestros antepasados míticos ser como Dios o bien ser Dios?

Si relacionamos este pasaje con el siguiente, hallaremos una notable asimetría: la desnudez que exige la confección de delantales de hojas de higuera, a la vez que tránsito de la naturaleza a la cultura —causa, en general, de todo pecado

antropológico—; esa desnudez que de pronto avergüenza a la pareja es, al mismo tiempo, la que inicia el embarazo de Eva y el consecuente distanciamiento de los sexos, causado por la especialización genética. La serpiente desea lo mutable. Dios, en cambio, que prohibe comer del extraño árbol, quiere lo Inmutable. Por la serpiente viene la distinción al mundo, vienen la inteligencia y la astucia, el vestido de hojas; pero también *la apertura de los ojos.* No se puede, al contemplar de cerca el texto original, pasar por alto la comparación entre ese ofidio «astuto», *arum,* y el hecho de que el estar de la pareja primordial «desnuda» se diga eirumim. La serpiente suscita la aparición de la «piel», ór, que deberá cubrir a los progenitores de nuestra especie, separándolos de la luz paradisíaca. Pero también, ambos —género humano y serpiente— en la desnudez hallan el «veneno», *ra,* de su «despertar, er. Tal es el muy hondo secreto que guarda la sefirá Fundamento, entre el óvulo y el espermatozoide, el alimento y la chispa.

«Y entonces supieron que estaban desnudos —comenta el *Zohar*— porque habían perdido el viso celestial que antes los envolvía y del que estaban privados ahora. Y *ellos cosieron hojas de* higuera, procurando cubrirse con las ilusorias imágenes del árbol del que habían comido... *E hicieron para sí cinturones.* Rabí Yose dijo: «Cuando obtuvieron conocimiento de este mundo y se ligaron a él, observaron que estaba gobernado por las hojas de ese árbol. Por eso buscaron en ellas un sostén para este mundo y llegaron a conocer toda suerte de artes mágicas, guareciéndose con implementos de esas hojas de árbol con fines de autoprotección...» Luego —aclaró el maestro Judá— el Creador vistió a Adán y Eva con suaves vestiduras de piel, tal como está escrito: *El les hizo abrigos de piel.* Pero en un principio tenían abrigos de luz (*or)* que les procuró el servicio de lo más alto, pues los ángeles celestiales acostumbraban venir a gozar de esa luz...». Pocas páginas después de este pasaje, el gran libro de la Kábala agrega: «Y *cosieron hojas*

de higuera significa que aprendieron toda clase de encantamiento, magia y, como se dijo, se adhirieron al conocimiento humano. Momento en el cual la estatura del hombre fue disminuida en cien codos. Y así tuvo lugar la separación del hombre y de Dios».

Adquirir piel, lenguaje, dimorfismo sexual, es situarse en el mundo de lo dual, de lo taxonómico, de la clasificación. No es más culpable de ello la serpiente que la higuera, cuyos frutos los pueblos mediterráneos denominan *figas,* con la sutil ironía de una referencia genital. La palabra «higuera», en hebreo *teenáh,* se escribe del mismo modo que «celo» o «deseo», *teanáh,* con apenas una variación vocálica. Mas aún: *teaniáh,* que procede de la combinación de las dos anteriores más el agregado de una *yod,* indica «pesadumbre», «quejido». Como la inflorescencia del higo equivale al embarazo de la mujer y su leche, a la leche materna, todo el cuadro del bien y del mal, de la vida y la muerte, de la pareja y el tercero en discordia viene a iluminar el sentido de la sefirá cuya cifra, por otra parte, es ella misma signo de gestación: nueve, número central en el desarrollo del embrión humano que, recordemos, era seis por fuera, en lo exotérico.

El nueve de *Yésod* es así el símbolo de la multiplicidad que puede retornar a la unidad. «Todo número —escribió Avi-cena— no es sino el número nueve o su múltiplo más un excedente». En el esquema Sefirótico, la novena sefirá es el último punto sobre el que inciden las tres tríadas previas: Corona-Sabiduría-Entendimiento; Compasión-Fuerza-Belleza y Victoria-Gloria-Fundamento. Si el seis (6) indica una germinación hacia lo alto y hacia fuera, el nueve (9) promueve un desarrollo hacia lo bajo y hacia adentro. Tan crucial ha sido el diálogo entre la serpiente y la mujer que, a partir de él, obtuvimos «conocimiento externo», pero también sostén en «este mundo».

Dimorfismo sexual, lenguaje y piel comparten una cierta anfibología: por una parte se abren pero por la otra se cierran,

expanden y a la vez limitan, dilatan pero también constriñen. Curar esa diferencia, alcanzar un comprensivo silencio a partir de la porosidad de nuestra sutil envoltura, a través de la cual nos comunicamos con el mundo externo, implica, para los kabalistas, descubrir otra verdad en la higuera: «De la higuera (sikís) aprended la parábola: cuando ya su rama está tierna, y brotan las hojas, sabéis que el verano está cerca. Así también vosotros, cuando veáis que suceden estas cosas, conoced que está cerca, a las puertas, el reino. De cierto os digo que no pasará esta generación hasta que todo esto acontezca. El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras *(lógoi mou)* no pasarán», dice Jesús en *Marcos 13:28-31.* Habíamos señalado ya la conexión entre el verbo y el semen; ahora es ese reino-de-palabras-vivas que el Maestro, terapeuta y kabalista, extrae del Arbol del Bien y del Mal, el que nos advierte sobre el camino que conduce a la comprensión de un tiempo que únicamente conoce el Padre. «Velad y orad, porque no sabéis cuándo será el tiempo».

Al regresar de la palabra griega que corresponde a la exhortación de «velad», grigóreite, a su correlativa hebrea, *shkodú,* nos hallamos ante una raíz impresionante: la de *kadosh hú,* «El es santo», o «lo sagrado». Dedicarse, pues, a lo sagrado, es velar, y velar, abrirse a lo maravilloso que brilla en todo momento, si tenemos ojos para descubrirlo en nuestro entorno. El consejo de Jesús era el mismo que se daban entre sí los esenios y el mismo que recorría, en los crepúsculos llameantes y los amaneceres rosados, las bocas de los terapeutas: alcanzar un grado de atención lo bastante grande como para redescubrir la unidad de la mirada y lo mirado. La concentración en la función y maravilla de la semilla lleva a la vislumbre de las hormonas femeninas en las masculinas y viceversa. Puesto que todo está i*n potentia,* en uno, la formación de la androgínea hermética será primero de orden intelectual y luego sensible, antes voluntaria y luego espontánea. La unión del azufre y el mercurio —para hablar en lenguaje alquímico— propende al

abrazo de las dos serpientes del caduceo que, teniendo su base en la columna vertebral y sus alas en las cervicales, desea esa ligazón para adquirir verdadero poder, es decir, prescindencia, suspensión, trascendencia. En el agua divina de Hermes —el semen, el óvulo, el Mundo de la Formación para la Kábala— se inicia ese *estado de unidad.* Zózimo, un clásico alejandrino de la Alquimia, anotó que «hay que comprender que nos hallamos en medio de un terrible trabajo que consiste nada menos que en tratar de reducir a una esencia común —esto es, *desposar*— las dos Naturalezas, lo activo y lo pasivo, lo individual y lo universal».

Además de su sentido de «hermana gemela», la letra *vav* o sexto signo alfabético, participa en el concepto kabalístico de *zivug,* «acoplamiento superior» de la «pareja», *zug.* Aquí, el tránsito de la primera *vav* a la segunda indica que se ha de incorporar interiormente al otro, para que el matrimonio alquímico se lleve a cabo en cada uno de los miembros de la pareja, antes de manifestarse afuera. La reconstrucción mental del cigoto intrauterino, el *zygotós* griego, recuerda el axioma zen sobre el rostro nonato. Cuando el discípulo se enfrenta al *koan:* «¿Qué rostro tenías antes de nacer?» comprende que el momento de la suprema unión siempre es simultáneo. Entre los círculos de cristianos gnósticos, la «liberación» o *apolytrosis* comenzaba al descubrirse, en la profundidad de cada ser, su inherente bisexualidad, anterior a toda diferenciación. El gnóstico Valentín sugiere, al respecto, que «la Divinidad puede imaginarse como un cuerpo doble, consistente, por una parte, en el Inefable, el Profundo, el Padre Primero y, por la otra, en la Gracia, el Silencio, el Vientre y la Madre de Todo». Este filósofo apoya su razonamiento acerca de que el silencio es el complemento apropiado del Padre —designando a aquél como femenino y a éste como masculino— debido al género gramatical de las palabras griegas. Con inusual agudeza describe cómo el Silencio recibe, en su vientre, la «semilla» *(to sperma)*

procedente de la Fuente Inefable.

La palabra hebrea que corresponde a *gnosis* —el conocimiento de lo «oculto»— es *ganuz,* y bien puede provenir de un préstamo lingüístico tomado en la etapa helenística del encuentro judeo-griego. Pero únicamente el vocablo hebreo parece encerrar la clave de su alusión esotérica, ya que incluye a la *zug,* la «pareja» que en el *gan* o «huerto» de los orígenes fue un solo ser, antes de separarse en dos. Una referencia de Simón el Mago, maestro gnóstico criticado en su época por Hipólito, sostiene que «el Padre es el vientre, porque las Escrituras nos lo enseñan cuando dicen: 'Yo soy el que te formó en el vientre de tu madre'», *Isaías 44.2.* Oscuro simbolismo éste que alude a una nostalgia uterina tanto como a la sabiduría de lo preexistente. ¿Volver a la condición paradisíaca es ingresar otra vez en la matriz de nuestra madre? Cuando Nicodemo formula la pregunta: ¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Puede acaso entrar por segunda vez en el vientre de su madre y nacer *(geníthine)?* Jesús le responde: «De cierto, de cierto te digo que el que no naciere de agua y del Espíritu (*pneumatos),* no puede entrar en el reino de Dios», *Juan 3:4.*

El agua es, desde luego, la del bautismo, que ya conocían los esenios y los terapeutas. En cuanto a nacer por medio del Espíritu, el mismo Maestro de Nazaret lo explícita así: «No te maravilles de que te dije: Os es necesario nacer de nuevo. El viento sopla donde quiere y oyes su sonido (fonin, que también es «voz»); mas ni sabes de dónde viene ni a dónde va; así es todo aquél que es nacido del Espíritu», *Juan 3:8.* Precediendo este fragmento al de la serpiente alzada por Moisés en el desierto y a la mención del ascenso y descenso del Cielo, es necesario ver en esa filiación espiritual una inasible espontaneidad ligada a la semilla, a su potencia contenida.

Lo invisible no tiene principio ni fin, se mueve por donde quiere, *opu thelei pnei.* Así también el kabalista, en sus investigaciones, va en pos del silencio prístino, del Formador

original, de la semilla que se agita en el vacío, para ayudarnos a entenderlo. Como el terapeuta que, cansado de los vicios urbanos se despoja de los excesos y, sobre todo, más allá de la cronología y lo condicionado, accede a una versión libre que, según Filón, va inseparablemente acompañada de bondad.

En el Fundamento están los deseos, pero también la fuerza para encauzarlos. En Yésod está la generación, la apertura hacia lo múltiple; pero además, la llamada que despierta. El trabajo del campo —como denomina el *Zohar* a la búsqueda espiritual— presupone en el discípulo una comprensión seminal, espermática, de las palabras, ya que: «El que siembra es el que siembra la palabra», nos recuerda *Marcos 4:14. O speíron ton logon speire.* La versión hebrea, aún más elocuente, aún más ajustada al destino del Nazareno, agrega: «El que siembra *(ha-zoréa)* la palabra (et *hadabar)* del reino *(ha-malkut)».* Actividad en la cual está ya el *Zohar,* el «resplandor», si se sabe verlo. Y también el magnetismo, por mediación del cual su voz acerca y materializa la última de las sefirots del Arbol de la Vida: el Reino, Malkut.

Malkut-Reino

Aunque se habla de una undécima y misteriosa sefirá, Daat, que sintetiza y resuelve la comunicación entre los treinta y dos canales del Arbol de la Vida, el *Séfer Yetzirá* sólo habla de: «Diez números primordiales según el número de los diez dedos, de los que cinco están frente a cinco y la persona del Único está justo en el medio». Diez y no nueve, diez y no once. Insistencia que alude, sin duda, a la *yod,* el punto, la décima letra. Origen gráfico de todas las demás, y mediante cuyo poder la mano grabó los mandamientos y los versículos. Estupendo juego de espejos analépticos y prolépticos que recupera el peso del pasado, para refinarlo a la luz de la reflexión, y anticipa el etéreo porvenir, para fijarlo en el objetivo de nuestra voluntad; el Arbol de la Vida distribuye una misma luz sirviéndose de un único y veloz punto que atraviesa cada una de las sefirots y, desprimatizándose, revela lo múltiple de la realidad.

En ese diafragma Sefirótico, Malkut, el Reino, es el cable a tierra que previene los excesos del relámpago. El mundo rojo que el iniciado, soplando como un vidriero o pasando por las fraguas de su trabajo cotidiano, ha de llevar al blanco, devolviendo a nuestro planeta la conciencia de su origen estelar.

La Tierra, por su gravedad, es roja y peligrosa. El Cielo, especialmente en la hora temprana de su dilatación, es de un blanco deslumbrante, levitador. Nuevamente nos hallamos ante

los colores simbólicos del Maestro de Nazaret. El *Adam* bíblico era y es *adóm,* «rojo». Su naturaleza vegetativa está determinada por el misterio de su sangre y por el parto en medio del cual —herida simbólica— es separado de la madre y también de lo invisible. Este Adán natural vive, por así decirlo, en estado de ignorancia, hasta que no descubre su verdadera dimensión: su sobrenaturaleza. En cierto modo, el retorno de la materia-madre a la energía-padre es el regreso de todas las letras, a su iota, a su muesca primigenia. El viaje de la periferia al centro, cuyo máximo objetivo es redescubrir lo que la Alquimia llama obra-al-blanco.

Ese es el color luminoso y hasta incandescente de la transfiguración que tiene lugar, según *Lucas 9:2,* en el monte elevado, presumiblemente el Tabor. «Y entre tanto que oraba, la apariencia de su rostro se hizo otra y su vestido blanco y resplandeciente». Al *leukós* o «blanco» griego, le corresponde el *hilbín* hebreo, traducible por «emblanqueció»; palabra que a su vez contiene el «corazón», l*eb,* pero también la «llama», l*ahab,* y el *nahal* o «conductor». Por esa experiencia, el Hijo, verdadero hilo conductor, conecta a los hombres con la fuente del Padre, que reconoce la filiación diciendo: «Este es mi Hijo amado, a él oíd», *Lucas 9:35.*

Si repasamos con atención las características del color rojo comparadas con las del blanco, detectamos —desde el punto de vista de la Kábala— una notable correlación en su estructura semántica; mientras que el rojo es portador de la *dam,* «sangre», el blanco parece serlo de l*eb* o «corazón». Realizada esa comprobación, ¿qué es lo que hay de común entre la sangre y el fuego, el rojo y el corazón? Mejor dicho, ¿qué nos dicen las letras sobrantes, *alef* en el rojo y *lámed* en el blanco? Pues que juntas forman la palabra *El,* Dios, cuya cifra correspondiente es 31 *(alef* = 1 y *lámed* = 30), número significativo que es, apenas, un poco menor que los 32 senderos. Diferencia por la que se descubre que, para alcanzar lo divino, el hombre debe

sustraerse a sí mismo, *degradar* cromáticamente su tono hasta llegar al blanco, zona en la cual el aprendizaje se toma continuo, generoso, comprobándose lo que dice el *Corpus Hermeticum (XIII*, 3): «¿Qué más puedo decirte, hijo mío? Sólo esto: una visión simple se ha producido en mí. He salido de mí mismo y me he revestido de un cuerpo que no muere. Ya no soy el mismo. Ya no tengo color, ni soy tangible ni mensurable. Todo eso me es ahora extraño, y ya no se me puede ver con los ojos físicos».

Es allí, en el blanco, en la transparencia, donde acaba lo que llamábamos salida o éxtasis. Una vez vivida esa experiencia fulgurante, isotópica, tan fugaz como maravillosa, se funden Malkut, el Reino, y Kéter, la Corona. Recorridos los números y las letras que articulan el vasto mapa de los libros sagrados, explorando el mundo que no tiene punto de apoyo para la cabeza pero sí para los pies, ingresamos en la dimensión del énstasis y entramos, después de haber salido de nosotros mismos, al espacio real y complementario de éste, en el que está nuestro reino.

En la décima sefirá, el Reino o Malkut, está la *adamá,* la «tierra» con la que el Creador modeló al primer *Adam.* Hemos de suponer que se trataba de una tierra rojiza, porque en ambas palabras está la raíz *dam,* «sangre» que diera nacimiento a la leyenda del rojo Adán. De hecho, el color tierra, el pardo de la sangre seca —como el gris y el negro— alude al resultado de las sucesivas degradaciones de la materia viva. El carbón, la turba, el humus y, sobre todo, el estiércol o el lodo, eran para los alquimistas «excrementos del fuego», la escoria que quedaba, cuando todo el proceso metamórfico había llegado a su término. En su tratado sobre el simbolismo de los colores, Portal asocia *jum,* el «pardo-bermejo» de la tierra, al inframundo, pues —según Plutarco y Diodoro de Sicilia— ese tono evoca a un espíritu opresor y violento, el Tifón o Seth egipcio, asesino de Osiris, el dios que muere y renace.

Tifón, para los griegos, era como Seth para los sacerdotes del Nilo, un genio-monstruo procedente de la tórrida África, un hijo de la Tierra y del Tártaro. De sus muslos para abajo era un enjambre de serpientes; sus brazos y manos cargaban también ofidios, pues como dueño de las tempestades, es decir de la caótica vida contraria a las leyes apolíneas y celestes, echa al suelo todo lo que ansiaba elevarse. Tocar tierra, en cierto modo, es cesar de moverse, petrificarse. Aterrizar es detener el vuelo.

El animal simbólico de Tifón —Seth— el Satán hebreo, el «fijador» por excelencia, el que «atrapa», era el burro, el asno, y para los egipcios —anota Portal— esa bestia representaba al hombre que «nunca había salido de su país», que estaba fijado a sus creencias y sujeto a sus límites, adherido en exceso a los prejuicios, a lo concreto y tangible de la tierra. Los hebreos, por su parte, lo llamaban el «asno» *jamor,* vocablo cuyas letras contienen, como se ve, el color *jum,* «pardo-bermejo». Mientras que en el ámbito egipcio el asno no sólo era el modelo del ignorante, sino también el del esclavo, entre los judíos *mamor* tiene que ver con *jómer* y alude a la «materia prima», a la «materia sin modelar» que arde, quema y borbota en el antro de lo amorfo. Su nivel es el de la preforma, el de lo confuso, pero también debe y puede considerarse como el tesoro de la arcilla, la fertilidad del limo a partir del cual se erigen las viviendas y los seres que las habitan.

En su famoso cuento *El Asno de Oro,* Apuleyo narra la historia de un joven convertido en asno, Lucius, que desde la habitación sensual de una cortesana hasta la contemplación mística delante de la diosa Isis, gracias a la cual vuelve a ser hombre, atraviesa las sucesivas pruebas de la iniciación. La parábola de Lucius nos dice que el verdadero estado humano es una *recuperación,* el redescubrimiento de una realidad espiritual, bajo la trama y el despliegue de los sentidos. Concordando con este simbolismo, durante la Edad Media, el asno y

el burro aludían al monje perezoso, moroso e incompetente. Considerado como el heraldo de Saturno, el asno es también un «oro invertido», un plomo sin refinar. La localización de toda esta constelación de símbolos en torno a Malkut, la tierra, es exacta: de los tres elementos que se corresponden con los tres primeros niveles del Arbol Sefirótico, fuego, aire y agua se ven «encerrados» por la cuaternidad de la tierra, contenidos y distribuidos por ella.

Kéter, la Corona, es un modelo del cosmos áureo incrustado de estrellas. Todo florece allí, todo se abre ante la luz del Ain Sof, del Insondable e Infinito. Pero en Malkut vemos el mundo de la raíz, de lo tortuoso, de la disolución mineral; el reino del tiempo. Podemos seguir las huellas, contar los pasos de Malkut; pero las sendas del pensamiento, en Kéter, son invisibles. En tanto que el pie es todo apoyo, descarga, contacto, la cabeza vive de su aura. Cielo y tierra, cabeza y pies, están en la misma relación de polaridad que el oro y el plomo. El *Zohar* sostiene que «la piel (del hombre) representa el firmamento que se extiende sobre todo y cubre todo como un vestido». Dado que Saturno encarna en nuestros huesos, el viaje de la piel a la médula ósea equivale a una caída en las articulaciones del tiempo, una endomatosis.

«Así como en el firmamento —continúa el *Zohar*— nosotros vemos diferentes figuras formadas por estrellas y planetas, hablándonos de cosas ocultas y de profundos misterios, asi también sobre la piel que envuelve nuestros cuerpos hay lineas y formas que pueden mirarse como si fueran estrellas y planetas del cuerpo». Transparencia en Kéter y opacidad en Malkut pueden entenderse, además, como lo ígneo, hiperactivo y lo sólido, receptivo, estático. Entre la primera y última sefirá están los matices, las polaridades, las gradaciones. Si partiésemos en dos la palabra «En el Principio», *Bereshit,* con que comienza la Biblia, y situáramos su «espejo», reí, a la altura de Kéter, nos quedaría, el «sábado» o *shabat* en la esfera de Malkut.

Sábado es en hebreo *Shabtai,* Saturno, lo que nos permite inferir que, en verdad, la cara oculta del plomo saturnino contiene la luz que nos mira, el resplandor supremo, el principio de identidad. En la lengua alquímica, Saturno es llamado «el viejo», «el antiguo», el «padre de la piedra». Un texto de Isaac el Holandés citado por Evola, explica que: «De Saturno procede y se hace la piedra filosofal. No hay secreto mayor que éste: que ésta se encuentre en Saturno, ya que en el Sol vulgar, es decir en las facultades intelectuales de la conciencia externa, no hallamos la perfección que se halla en Saturno. En su interior —y en ello convienen todos los filósofos— el Sol es óptimo. En su interior, Saturno es la piedra que los filósofos antiguos no quisieron nombrar... No le falta nada, sino que se la depure de su impureza; hay que purificarla y luego dejar fuera de su interior, es decir, extraer su *rojo;* entonces será un Sol «óptimo». Hemos subrayado rojo porque ése era y es el color del hombre natural, al que hay que tratar, para que rinda su blanco mediante su solarización.

Malkut corresponde al nivel en que la ciencia hermética, la agricultura celeste —y Saturno es el señor de la agricultura— sitúa el *caput mortuum* o «precipitado». Se puede, de hecho, ver en la misma palabra hebrea *malkut,* por notarikón, otras dos: *col,* «todo» y «cada» y *mavet;* «muerte». Y también la voz *mol,* «purificación». Si buscamos la gematría de esta sefirá *(mem* = 40 + *lamed* = 30 + *cáf* = 20 + *vav* = 6 + *tau* = 400 = 496 = 19 = 10) veremos que resume en sí misma a todas, que es el cierre o broche de todo el Arbol de la Vida. «El paraíso está aún en la tierra —escribió Bohme en su *De Signatura*— pero el hombre está lejos de él, hasta que no se regenere. Entonces podrá penetrar en él, según el modo de su reintegración. Y allí el Oro está escondido en Saturno bajo formas y colores despreciables y muy diferentes de su estado normal». Si reconvertimos ahora la cifra 496, número de Malkut, en letras, hallamos la palabra *tzavat (tzade* = 90 + *vav* = 6 + *tau*

400 = 496), que significa «pegar», «adherirse», «unir». La sefirá del Reino es, simultáneamente, el sitio del sembrado individual del grano —y por ello la *separatio*— y el espacio que enseña la *unio.*

La cosecha de la obra se lleva a cabo en el mismo sitio que la siembra. «Adán —nos dice el *Zohar*— fue hecho de la misma tierra de la que salió el santuario, y la tierra en la que estaba el santuario era la síntesis de los cuatro puntos cardinales del mundo. Estos puntos estaban unidos, en el momento de la creación, con los cuatro elementos: fuego, agua, aire y tierra. Al mezclarlos, Dios creó un cuerpo que era la imagen de los mundo superiores. Así, nosotros decimos que el cuerpo está compuesto de los elementos de los mundos superior e inferior. ios cuatro elementos primordiales constituyen el misterio de la fe y son el origen de todos los mundos. Ocultan el misterio de las huestes celestiales: fuego, agua, aire y tierra, los cuales son símbolo del supremo misterio. En el momento de la creación del hombre, Dios formó el cuerpo de tierra sobre la cual estuvo el santuario terrestre. Cuando el ser humano fue hecho de polvo terrestre, los otros tres elementos vinieron y pidieron ser incluidos también. Así es como el hombre representa todos los elementos».

La regeneración que postulan Bohme y la Kábala, la que buscaban los terapeutas o curadores de sí mismos, *nace de una muerte simbólica,* seguida *por una resurrección real.* Como la transformación del grafito en diamante, la del hombre natural en el espiritual supone la existencia de una presión continua, capaz de endurecer lo blando y aclarar lo oscuro. Este cambio en nuestro punto de vista es, en verdad, una resurrección cotidiana de los sentidos, que sucede ahora y siempre, a cada instante. Sin embargo, nos es sencillo captarla. Ya que para el *Zohar,* «la esencia de Dios está tan lejos, por encima de la inteligencia del hombre o de los ángeles, que nadie puede llegar lo bastante cerca para contemplarla y comprenderla. Los seres

que viven aquí abajo dicen que Dios está en lo alto, mientras que los ángeles en el cielo dicen que Dios está en la tierra» Idéntica idea aparece reflejada en el texto gnóstico *Sabiduría de Jesucristo,* que cuenta que los discípulos, reunidos en una montaña poco después de la muerte del Maestro, ven aparecer «al Redentor, no bajo su forma original, sino en el espíritu invisible. Pero su aparición fue la aparición de un gran ángel de luz». Ante el pasmo de sus seguidores, Jesús promete enseñarles *mysteria* relativos al universo y a su destino. ¿Qué mayor misterio puede aprenderse que el de darse vuelta para hallar aquí y ahora el Reino de los Cielos que los ángeles no ven arriba sino abajo, a la altura de nuestro horizonte?

En la configuración química de nuestro organismo, el carbón ocupa un lugar destacado: una chispa puede, en cualquier momento, volver a extraerle llamas. El es la raíz básica de nuestra cuaternidad biológica y por su ciclo, que forma parte de casi todos los tejidos vegetales y animales, venimos del negro y vamos, adquiriendo vida, hacia el rojo. Hermano mayor entre los cuatro elementos que componen el citoplasma, el carbono se da en estado puro en el grafito (de *grafein,* «lápiz») y también en el diamante, relacionados entre sí polimórficamente, puesto que poseen los mismos átomos en las mismas proporciones Pero así como en el primero todo es blando, dúctil y su ordenamiento interior hexagonal (recordemos que el hombre fue creado el sexto día de la semana y que por ello se lo compara a la letra v*av);* en el segundo, el diamante, los átomos están ordenados en tetraedros, constituyendo la substancia natural más dura que se conoce, a punto tal que su nombre deriva de *adamas,* el «invencible». En la tradición tibetana, el diamante es «hijo del rayo» y se lo denomina *vajra.* En el Arbol de la Vida, según vimos, la energía procedente de arriba zigzaguea como un relámpago a través de las diez sefirots.

Esta isomería sorprendente nos dice que entre la opacidad y la transparencia, entre el hombre natural y el sobrenatural,

hay identidad de substancia en la composición, pero configuración y propiedades diferentes El viraje de lo hexagonal a lo tetraédrico, de la inconstancia a la constancia, no puede darse sin un vaciamiento previo. En el primer caso, en un estadio que podríamos llamar grafitico, el hombre se percibe como escritura, como puro signo entre los signos. En el segundo, leyéndose a si mismo, alcanza a descifrar los símbolos. El ser adamantino es el que ha conciliado a los opuestos, el que ha hallado, aquí en la Tierra, tras la caída del rayo, la piedra angular que los alquimistas alemanes llamaron *eckstein.* Se dice que el diamante aleja la cólera y mantiene unidos a los esposos, cuando en realidad esa propiedad hay que atribuirla a su constante transparencia, a la luz que va y viene, sin que nada interfiera con ella. En muchos textos se habla del grafito como de un «plomo negro» cuya morada es la tierra profunda, maleable pero frágil, en tanto que la del diamante está en el círculo de círculos de la Corona, en Kéter.

En hebreo «carbón» se dice *pajám* y «diamante» *iahalóm.* La diferencia gemátrica entre ambos (pe = 80 + *jet* = 8 + *mem* = 40 = 128 = 11 y *iod* = 10 + *hei* = 5 + *lámed* = 30 + *vav* = 6 + *mem* = 40 = 91 = 10) da uno: para proceder de la oscuridad a la luz, se nos insiste, hay pues que restar, *sustraer.* El *Yetzirá* aludía al movimiento de las diez sefirots como una onda expansiva que va y viene: «Fija su fin en su comienzo y su comienzo en su fin, como una llama fijada a un carbón», consigna en el primer párrafo del capitulo tercero. El diamante, aun tallado y transformado en brillante, no deja en ningún momento de ser carbono Mientras sus enlaces son covalentes y muy fuertes, los del grafito —a pesar de que sus átomos se hallan dispuestos en láminas estrechas— tienen, entre sí, enlaces débiles.

La transformación de debilidad en fortaleza es tarea de años e incluye faltas, recaídas, desalientos y melancolía. Si no fuera así, no habría aprendizaje, camino que recorrer. Se dice

que alcanzar el Reino depende tanto de la guía que proporcione la Corona desde arriba, como de saber con exactitud cuál ha de ser nuestro campo de acción. Malkut, la sefirá en la que cada-cosa-muere a su hora, dando lugar a toda clase de fenómenos de difracción y dispersión luminosa, necesita de una férrea voluntad, para que transforme el terreno en ámbito propicio Con frecuencia se lee en los textos de los círculos kabalísticos, que el Reino es también el sitio de la *Shejiná* o Divina Presencia.

Sensible, Malkut está ligada a la expansión circular así como Kéter lo está a la concentración puntual. Dado que la Divina Presencia es vista como símbolo de la Comunidad de Israel o como una parcela de inmanencia en el seno de la trascendencia, encarna en el *shabat,* único día femenino entre los siete mencionados en el Génesis. El valor sagrado que se atribuye a este día se comunica a Malkut vía gematría, ya que el número total de la Shejiná (shin = 300 + *cáf* = 20 + yod = 10 + nun = 50 + *hei* = 5 = 385 = 16 = 7) alude al día de descanso, al día de contemplación.

Si, en nuestro estudio, decidiéramos detenernos en la cifra 385 y convertirla en letras, obtendríamos la palabra *safá,* «lengua». De donde se puede decir que así como los pies llevan el cuerpo, la lengua lleva el espíritu. Abajo, en el Reino, está su máxima expansión; arriba en la Corona, la belleza de su silencio. Arriba, entre Kéter y el Ain Sof, la omnisciencia es tal que cada gesto, cada actitud, cada propósito se disuelve en luz Abajo, cada propósito, cada actitud, cada gesto se resuelve en cambio, en palabra. En hebreo no hay «cosa», *dabar,* que no sea una «forma verbal» *dabar.*

Cuando se ha recorrido la elástica sintaxis, canal tras canal, y la marcha se hace más y más lenta, no por cansancio sino porque la transformación del cuerpo en templo del espíritu así lo exige, el pie se vuelve tan libre como la cabeza, tan alado como los cabellos y la cabeza conoce el fin de todos sus caminos

Si Kéter es el sitial de la captura, Malkut es el de la entrega. inversamente, para que haya captura —en el sentido de adopción de conocimiento— en Malkut, es preciso comprender lo que significa renunciar en la cabeza, dejarla fluir. El principio de esa comprensión convoca a la humildad, al descenso de lo más alto a lo más bajo. Así lo demuestra el lavado de pies descripto por *Juan 13:3:* «Sabiendo Jesús que el Padre le había dado las cosas en las manos *(tas queiras)* y que había salido de Dios y a Dios iba, se levantó de la cena, se quitó su manto y tomando una toalla se la ciñó. Luego puso agua en un lebrillo y comenzó a lavar los pies *(tous podós)* de los discípulos. Entonces vino a Simón Pedro y Pedro le dijo: 'Señor, ¿tú me lavas los pies?' Respondió Jesús y le dijo: 'Lo que yo hago tú no lo comprendes ahora; mas lo entenderás (*gnosi dé meta tafta)* después'. 'Si no te lavara no tendrás parte conmigo'. Le dijo Simón Pedro: 'Señor, no sólo mis pies, sino también las manos y la cabeza'. Y Jesús le dijo: 'El que está lavado no necesita sino lavarse los pies, pues está todo limpio'». El pie es lo ultimo que debe ser lavado, pero también lo primero que ha dé considerar quien se dispone a caminar hacia sí mismo. El que va a entrar en el sitio de las sombras, en el inframundo, lleva la humildad, el dolor asumido, como cauterio para la mente despierta por la herida que causa la pérdida del ego.

Jesús explica lo que ha realizado del siguiente modo: «¿Sabéis lo que os he hecho? Vosotros me llamáis Maestro y Señor y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro, he lavado vuestros pies, vosotros también debéis lavaros los pies unos a otros. Porque ejemplo os he dado, para que como yo he hecho, vosotros también hagáis. De cierto, de cierto os digo: El siervo no es mayor que su señor, ni el enviado es mayor que el que envió», agrega en Juan *13:12.* Eso significa que todo el cuerpo es igualmente importante, que el último — el pie— vale lo que el primero —la cabeza— para que la misión del único organismo se cumpla. En este pasaje evangélico, Jesús

supera el mito edípico de un personaje que, recordamos, los «pies hinchados» El mote del héroe griego no significa -comenta Diel— otra cosa que una exagerada vanidad, ya que el pie es, también, símbolo del alma. Edipo quiere matar a su padre; Jesús desea llevar a todos a El. Edipo quiere el poder de este mundo, Jesús el saber del otro. En Edipo se cumplen paso a paso las prerrogativas y también las desgracias de su condición real, principesca, roja. Trascendiéndolas, Jesús halla su blanco destino: no es hijo más que del Altísimo, y en la Tierra, un amable huésped, como querían serlo los terapeutas. Uno más, de creer en sus palabras, en el coro solar.

Al recordar precisamente el cruce del Mar Rojo tal y como lo narra el libro del Éxodo, Filón de Alejandría comenta. "Y habiendo contemplado y vivido tales cosas, hombres y mujeres a la par, poseídos de divino fervor, formaron un solo coro y cantaron himnos de acción de gracias a Dios, su Salvador dirigiendo a los hombres el profeta Moisés y a las mujeres, la profetisa Marta. El coro de terapeutas y terapéutrides, imitación fidelísima de aquél, combinando en cantos que se complementan y responden —la voz grave de los hombres con la más aguda de las mujeres— produce un concierto armonioso y realmente musical. Hermosísimos son los pensamientos, hermosísimas las palabras y majestuosos los miembros del coro. La meta de los pensamientos, las palabras y los miembros del coro es la piedad De este modo, embargados por una noble embriaguez, conti núan hasta el amanecer sin que la cabeza les pese ni los ojos se les cierren, sino bien despiertos, más aún, dando frente al Oriente, cuando ven que asoma el Sol, elevando las manos hacia el cielo, suplican tener una feliz jornada y alcanzar la verdad y la clarividencia». Aunque su Reino no es de este mundo, como le dice Jesús a Pilato en relación con la vanidad de la lucha por el poder —*Juan 18:36*— Malkut se vuelve firme, cuando el discípulo está, a cada instante, donde debe estar. Suspendido sobre Daat, la sefirá invisible. Bailando entre el corazón y el cerebro

Daat-Conocimiento

En diferentes versículos de la Biblia aparece la secuencia , «sabiduría», Biná, «inteligencia» y *Daat* «conocimiento». Po|r ejemplo, en el *Proverbio 3:19:* «Dios con sabiduría fundó la tierra; afirmó los cielos con inteligencia; con su ciencia los abismos fueron divididos y destilan rocío los cielos». Aunque en el curso del tiempo el tercer concepto, daat, dejó de figurar en el Arbol de la Vida de modo expreso, en un sentido tácito siempre permaneció como una alusión a lo abismal, a lo oscuro sobre lo que cae el rocío iniciático, el precioso líquido de la resurrección. Volviendo a la teoría que sostiene que la Torá escrita posee colores del fuego blanco, mientras que la Torá oral los del fuego negro, corresponde a esta última la concentración de lo que los maestros llaman *daat genuza* o «conocimiento de lo oculto». En cierto modo, los 32 senderos pertenecen al mundo de lo visible, de lo discernible, pero el sendero que hace número 33 —puente entre Kéter y Tiferet— es el que denominamos la sefirá oculta, el tránsito por lo abisal, la noche oscura del alma. Sendo la sefirá Malkut, el Reino, el sitio-donde-todo-muere, la Tierra; aparentemente todo acaba en ella, todo finaliza en ese décimo y último nivel del proceso energético y de aprendizaje que diseña el modelo Sefirótico. Pero no es así. No si pensamos que tampoco para la Alquimia alcanzar el blanco, la albedo, es el fin. En el Filum Ariadnae, un clásico alquímico citado por

Evola, leemos: «El elixir al blanco no es la última perfección porque aún le falta el elemento fuego», o sea un rojo regenerado en lugar de «sangre», *dam,* «fuego», *esh.* El adámico ser de los orígenes, al cambiar cualitativamente, es reemplazado por el *ish* el «hombre angélico». Como iniciado egipcio que fue, Moisés organizó su código moral y metafísico sobre la base de lo aprendido en las profundas criptas de las pirámides. Su Kábala oral, heredera de milenios de sabiduría previa, simplifica y reacia el pensamiento egipcio en lo que éste tenía de hondura psicológica y unitaria. Por ello relaciona a Daat con la separación del abismo, *en memoria* de lo que ocurría en el Duat, país de las sombras en la cosmología nilótica, ya que el Reino no se puede sostener, si se desconoce el poder del mundo subterráneo; Daat, el Conocimiento oculto, la onceava sefirá difiere de *dat,* «hábito», «religión», únicamente por la letra *ain,* el «ojo», y de la palabra «puerta», delet, por otra: la l*ámed.* Si es cierto que hay que entrar por la puerta que guarda la tradición religiosa con el fin de —abierto el ojo en medio de la aterradora oscuridad del abismo— descubrir lo ilimitado, el viaje del Sol por las casas de la noche, también lo es que fe ciega es conciencia sin ciencia El Sol, después del atardecer, en la hora del ocaso —que corresponde a Malkut— se hunde tras el horizonte y en su viaje va iluminando —creían los egipcios— a los habitantes del mundo ctónico. Idéntico viaje hará el difunto, haremos todos, antes de ser admitidos de nuevo en el crisol solar. Daat, la oscura, antes de ofrecer lo que guarda, exige un ingreso en la cueva de la serpiente, obliga a bajar al antro del dragón para presenciar, terror y maravilla, el combate entre la entidad que los egipcios llamaban Ur el Antiguo o Nehaher y el Sol renovado y a punto de liberarse de Apopis, el Ceñidor. Ese apócrifo combate es todavía el nuestro, ya que —como bien cita Plutarco al referirse a la etimología de la palabra griega «iniciación»— descubrir nuestro origen supone aceptar nuestro fin; iniciarse es resucitar pasar de una vida mortal a la comprensión de la vida inmortal

Entre los textos más famosos que los egipcios nos han legado, figura el mal llamado *Libro de los Muertos,* que en realidad debería traducirse por *El Libro de ¡a Salida a la Luz del Día.* En él se menciona el Duat egipcio o mundo de ultratumba, que estaba dividido en doce partes ordenadas en forma de semicírculo, mundo que empezaba a las seis de la tarde y acababa a las seis de la mañana. Cada una de sus secciones era una «morada», una «estancia» que las almas atravesaban para vencer obstáculos y eludir ardides de los tramperos inferiores, de los deseos, distracciones e ilusiones. Si el iniciado —o el muerto— tenía éxito en su viaje, se identificaba finalmente con Osiris, dios ante el cual había que decir la verdad.

Desde el punto de vista de la Kábala,

podríamos decir que el nazareno, el *nazir,* se convertía durante su experiencia interior —al realizar la inmersión en el fondo de sí mismo— en un *zar,* en un «extraño», en el «otro», que tenía el triunfo asegurado si descubría su *raz,* el «secreto» de Daat o bien estaba destinado al fracaso si —como Lot— miraba hacia atrás. Recordemos que el *nazir* poseía, desde el instante mismo de su consagración, inscripto en su nombre el vigor de la «lámpara», *ner.* Como un pez de las profundidades, en medio de ese océano primordial —que hoy llamaríamos el inconsciente y que para los egipcios era el sitio de renovación estelar, el Nun— debía ser capaz de gestar su propia fosforescencia, la que encendida por la experiencia, le permitía ir hacia el «Este», *mizráj,* buscando así nueva orientación en el Sol naciente. Tales son las enseñanzas herméticas contenidas en el *Pert em Heru o Libro de la Salida a ¡a Luz del Día.*

El fin supremo que se proponía el iniciado era alcanzar al Todopoderoso, identificarse con Dios. Para ello, el adepto debía acomodar su marcha a la del disco solar, hasta asumir lo que los alquimistas denominan una *solificatio* o helioización. Avanzaba de su cabeza a los pies, es decir, tomaba la determinación de autoexplorarse como «templo del Dios vivo» y si

decidía penetrar en el Oeste, en el reino de los muertos *antes de lo indicado* y si aceptaba morir antes de morir, le era dado comprender que el fin es sólo aparente, un mero cambio de estado, ya que el alma sobrevive y el espíritu es inmortal.

Pero mientras los terapeutas —que también saludaban al Sol— entraban en la muerte de un modo figurado y superficial, los antiguos egipcios, iniciados en los misterios osiríacos, eran sometidos a toda clase de pruebas y transformaciones dolorosas, retorcimientos demoníacos y apariciones siniestras, cuyo único propósito era dotar al aspirante al conocimiento, *daat,* de lo «negro». Ese extraño fuego que para los hebreos se transmitía por la Torá oral o Kábala. En el *Proverbio 7:2* se dice que: «Mi Ley (Torá) es como la niña de tus ojos». Sabido es que la niña o pupila, para convertirse en verdadera discípula de la luz, debe antes aceptar su negro vacío, ese negro que es también el doble, la sombra. Así, el aprendizaje que se ha de llevar a cabo en Daat, el Conocimiento, aunque se viva como descenso, es en realidad una resurgencia, una renovación. Es la oscuridad la que dilata la pupila y no la luz.

En su *lsis* y Osiris, Plutarco anota: «... los egipcios representan a su dios y señor Osiris por medio de un ojo y un cetro; hay quienes pretenden asimismo que este nombre significa 'el que posee muchos ojos'». ¿No era la letra «ojo», la que separaba la palabra hebrea *daat,* «conocimiento», de *dat* «religión»? ¿Acaso estuvo, el mismo Moisés, en el Dat o Duat, sometido a una suerte de catalepsia didáctica? ¿Acaso atravesó las doce moradas simbólicas, se enfrentó a Maat, la Diosa de la Justicia y el Orden, a la que más tarde llamará emet, con el fin de abrir sus ojos a lo invisible? Si lo hizo, debió soportar con entereza las pruebas de condena por error que, inevitablemente, segregan nuestros actos, para acabar descubriendo luego que aun flaqueando, nuestra alma, como la de Osiris Dios-del-Corazón-Detenido, pesa lo que una ligera pluma de avestruz y por ello nos aguarda la absolución, el triunfo sobre la ceniza

y la mudez, sobre el sin sentido y la perdición. Abrir el ojo a lo invisible es conocer por la ciencia, pero sintetizar por la religión.

Recobrando los hallazgos de Horapolo, Portal dice que «los egipcios representaban la enseñanza o instrucción, por el rocío que cae del cielo. El verbo hebreo *iré* significa «tirar gotas de agua», «regar», «instruir», y asimismo un *moré* es un «maestro». Para los sacerdotes del Nilo, el rocío formaba parte del bautismo iniciático. En una viñeta que recoge Champollion, se ve a Horus y Toth-Lunus asperjar ese precioso líquido sobre la cabeza del neófito. La leyenda que acompaña esa escena dice: «Horus, hijo de Isis, bautiza con agua y fuego *(bis)»,* discurso pronunciado cuatro veces. Luego era Toth-Lunus quien pronunciaba igual número de veces las mismas palabras, pero sustituyendo los títulos de Horus por los suyos. De esta forma —continúa Portal— las palabras «bautizo con agua y con fuego, se repetían en dieciséis oportunidades por cada iniciado, alcanzando un total de treinta y dos veces». La cifra, milagrosa entre todas, es para la Kábala la de los senderos del Arbol de la Vida y también la de leb, el «corazón», que es el sitio-del-agua-y-el-fuego, tal como destaca la estrella de seis puntas. Heredero de esa ceremonia, el bautizo con agua y fuego que figura en *Lucas 3:16* se relaciona directamente con lo descripto. «Respondió Juan diciendo a todos: 'Yo os bautizo en agua, pero viene uno más poderoso que yo, de quien no soy digno de desatar la correa de su zapato: él os bautizará en Espíritu Santo y en fuego'».

En cuanto al nombre que en el ámbito egipcio recibía el iniciado en este bautizo, era el de Moses o Moisés, vocablo que se escribe, naturalmente, con el jeroglífico de «rocío». Tiempo después, al pasar al hebreo, ese epíteto se convirtió en el «salvado», el «salvado de las aguas». Es muy posible que San Pablo o alguno de sus amigos estuviese al tanto de esta enseñanza recibida por Moisés, ya que en *Hechos 7:22* leemos:

«Y fue enseñado *(epaideuthi)* Moisés en toda la sabiduría *(sofía)* de los egipcios y era poderoso en sus palabras y en sus obras».

También Filón de Alejandría parece atestiguar ese dato, en su libro sobre el gran legislador. Pero aún así, reconstruir el tránsito de la iniciación egipcia a la hebrea, sigue siendo un enigma difícil de resolver. La simple analogía fonética entre Daat y el Duat escabroso de los habitantes de Hermópolis o Menfis no es suficiente, pero indica hasta qué punto la revolución monoteísta sólo suma lo que los sacerdotes nilóticos restaban. Moisés retomó la hipóstasis al Único y, como Akhenatón, adaptó una vieja cosmología a un nuevo uso. Que fuera poderoso en palabras, nos recuerda y evoca al egipcio Toth, dios de la escritura y los libros sagrados. Ese Toth que bien podríamos leer como *otiots,* las «letras» hebreas. Si entre una y otra tradición el parentesco es real, entonces explorando una desembocamos en la otra y viceversa.

Volviendo al negro de la pupila, en el cual nace la luz, su nombre hebreo, *shajor,* señala también una «inquisición», una «investigación». Resulta paradójico que la palabra «liberación», «exención», se diga *shijrur,* vocablo que tiene la misma raíz que «negro». Por otra parte, si por aliteración leemos *rajash,* obtenemos un «susurro», un «murmullo», que era aquel secreto que el iniciado recibía en las criptas y pirámides y que luego Moisés trasladó a la tradición oral o fuego negro. Pertenecientes a la misma familia o raíz están las palabras *jarash* —que indica a un «mago», a un «hechicero», a un «hombre de poder»— y, mediante una simple modificación vocálica, *jarash,* que alude a uno que «calla», que «ara y labra en silencio».

El negro, color del mundo ctónico, es el de las fértiles entrañas de la tierra. Los sabios hindúes aluden a un «sol negro» que es posible vislumbrar cuando se han unificado las antípodas, cuando los contrarios se han conciliado. La iniciación egipcia, como la inmersión hebrea en la onceava sefirá, Daat, equivalía a un segundo nacimiento. Cada iniciado debía viajar hacia el

limo primordial de la madre tierra, volver a nacer. En el esquema del Arbol de la Vida, para comenzar la ruta, el discípulo ingresa en Tiferet, la Belleza, sexta sefirá, y a través de lo que representa la once, vuelve a la primera, Kéter.

Daat *reengendra* al discípulo enseñándole el valor del rocío. En cierto modo, ateniéndonos a la gematría de *shajor,* «negro» (*shin* = 300 + *jet* = 8 + *reish* = 200 = 508 = 13) percibimos el número que señala la muerte y la transfiguración: el trece. Es la cifra correspondiente al arcano de la muerte en el Tarot y también supone un retorno a la unidad, puesto que, pasadas las doce moradas nocturnas del Duat, viene la decimotercera, conocida como «salida hacia la luz».

Sabido lo precedente, ¿qué implica el viaje del Corazón a la cabeza, del hijo al padre, de la *vav* a la *yod?* ¿Qué significa y a qué supremo secreto alude? La letra hei, duplicada, sumada a sí misma, da diez, el valor de la *yod* «que no puede ser cambiada». El punto inmutable. La letra *hei,* el Espíritu Santo, señala la ejercitación respiratoria necesaria para ascender del latido y la dilatación pulmonar ritmada a la «casa-de-fuego-del-pacto», es decir al *Bereshit* del Génesis, que en el Arbol de la Vida se refleja en Kéter. Las tres letras básicas del Tetragrama son así la clave para entender, desde el entramado de la Kábala, la importancia concedida por los iniciados egipcios y hebreos, por los nazarenos y los terapeutas, al Verbo, que no existiría de no ser por el soplo que atraviesa las cuerdas vocales. Los sacerdotes egipcios lo llamaban Shu y era por su intermedio que Geb, la tierra, se separa de Nut, el cielo. ¿No era *daat,* el «conocimiento», el medio por el cual se «separaban» los abismos? Entre los fosos y vados de la nada y el todo, el frágil puente de la palabra registra, en su manifestación, lo que el hombre piensa del mundo y de sí mismo.

De los varios jeroglíficos egipcios que representaban el corazón (órgano del lenguaje, tanto para la tradición hermética como para la kabalística), estaba *nefer,* un corazón con la

tráquea, cuyo significado era el del «bien» o «lo bueno». Jeroglífico que alude también al láud de la felicidad. Instrumento del amor y la armonía, aparece en perfecta correspondencia, como vemos, con la sexta sefirá, Tiferet. Que el tesoro de la salud subyazga en el camino que va de la cabeza al corazón y regresa del corazón a la cabeza, no es extraño ni sorprendente. De ahí que la lengua, que se forja entre ambos polos, fuera para el terapeuta el mejor diagnóstico posible del estado del paciente o iniciado. Por sus palabras primero y por sus actos después, era juzgado el discípulo de Osiris en la psicostasia o pesaje de las almas que acudían al Duat.

En los *Hieroglifica* de Horapolo, texto compilado en el siglo V de nuestra era, se dice que «la creación del universo procede de Tah, asistido para ello por los ocho dioses primordiales, la Enéada. El gran Tah es el corazón y la lengua de la Enéada: todo lo que va a ser creado, todo lo que va a recibir forma viviente, está pensado por su corazón y realizado por su lengua». El mismo documento dice que él —Tah— es quien ha creado el corazón y la lengua con los cuales ha hecho a Sia, la Inteligencia Suprema, y a Hou, el Verbo Creador. Es a través de esta mitología que cobran apariencia los dioses Horus y Thot ¡los iniciadores del neófito en los misterios de Osiris!

De este modo, todos los dioses han sido creados en un principio por el «corazón» y la «lengua», pues toda palabra divina se realiza de acuerdo con lo pensado por el corazón y lo ordenado en la lengua. Todos los movimientos y todos los actos proceden de ambos, «pues el corazón y la lengua tienen poder sobre todos los miembros, a causa de que él (el corazón) está en cada cuerpo y que ella (la lengua) está en cada boca de los dioses, de los hombres, de las bestias y de los insectos. En todo lo que vive». De aquí nace la posterior doctrina alejandrina del Logos y, pasando por los treinta y dos senderos de la Kábala, se llega a la tercera palabra del Génesis, et, compuesta por la *alef* y la *tau,* que también puede leerse como *ta:* binomio

introductor del mundo, vehículo de la primera manifestación. «Rabi Ismael le preguntó a Rabí Akiba —leemos en el fragmento 32 del *Bahir*—: «¿Por qué está escrito en el *Génesis 1:1 et-ha-shamaim* (los Cielos) *ve et-harets* (la Tierra)?» Y él respondió: «Si no hubiese escrito la partícula *et* podríamos pensar que *shamaim* y *harets* son divinidades». Y más adelante: «Lo que me has dicho es justo, pues *et* incluye al Sol, la Luna, las estrellas y los planetas». Tal capacidad de inclusión y síntesis coincide muy bien, como sabemos, con el hecho de que la *alef* sea la primera letra del alfabeto y *tau* la última.

Taumaturgo, el iniciado nazareno, quien como el discípulo de Osiris experimenta una muerte simbólica, «resucitando al tercer día de entre los muertos», podía llegar a decir con conocimiento de causa lo que Jesús en el *Apocalipsis 22:13:* «Yo soy alfa (*alef)* y omega *(tau),* principio y fin, el primero y el postrero». Puesto que hay dos *et* en el Génesis, muy apropiadamente el *Bahir* nos aclara: «En cuanto a la segunda partícula, *et,* en concreto la que precede a la expresión *harets* (la Tierra), ella figura con el fin de englobar a los árboles y las plantas, asi como también al Jardín del Edén».

Por ello, quien llegase a conocer este tremendo poder contenido en las letras —que a los egipcios enseñó Toth y a los hebreos Moisés — podía, sin duda, crear «nuevos cielos y nuevas tierras», renovar el mundo. Lo oculto en Daat, el Conocimiento, no se otorga sino a aquél que acepta antes el descuartizamiento osiríaco que, observemos, se manifiesta en la extensa red invisible que el lenguaje extiende por el mundo a través de sus fonemas, símbolos, radicales y acentos y la distribución y descomposición del oxígeno por los alvéolos y capilares de nuestros pulmones, pues tanto el sistema respiratorio como el sistema circulatorio constituyen la *cara oculta y complementaria* del Arbol Sefirótico. Si aceptar la vida es aceptar la muerte, Osiris-Dionisos-Jesús, terapeutas y kabalistas, yendo en pos del misterio del grano, se sometían voluntaria-

mente a la partición, a la segregación, cariocinesis o división indirecta de todas las células, para reintegrarse luego a un luminoso orden unicelular, a la fuente ígnea.

Debajo de Kéter, hacia Tiferet, entre la cabeza y el corazón, el pensamiento y el lenguaje, en el abismal Daat con sus moradas de sombra y desazón, en plena noche de los sentidos, frente a la verdad y la justicia, sometido a toda clase de pruebas, el iniciado debía —si tenía el corazón limpio— prepararse para una vida verdaderamente libre. Cuando la balanza de la psicostasia no hallaba falta en él, el «difunto», el «muerto-y-resucitado», podía, victorioso, ir a «todos los lugares» y devenía una ley para sí mismo. Del mismo modo que la verdadera salud es, en el interior de nuestro cuerpo, la libertad funcional de sus órganos y visceras —un perfecto e inocente siendo— aquéllos que sacando fuerzas de su enfermedad se disponen a sanar, a devolver la alegría primigenia al mundo que los rodea y no sabiendo nada específico sobre el amor que los anima, especifican sin embargo amor en las recetas y fórmulas que imparten a quienes los escuchan. Renuevan la piel, la carne y la sangre. Inician, provocan refulgentes mitosis en quienes las necesitan, volviéndolos conscientes de la plenitud primordial. En el gnóstico *Evangelio de Felipe* se dice que los fieles deben «recibir la resurrección, mientras estén vivos». Y también que es necesario «resucitar esta carne, pues todo existe dentro de ella». Para que eso se cumpla, entre el ojo y el blanco, la experiencia del negro de la muerte debe preludiar el estadio del verdadero conocimiento, el de «Uno en Todo», en el que cada partícula refleja el universo, siendo éste, a su vez, apenas otra partícula del macroántropos, de extensión infinita.

El Maestro de Nazaret ofreció, en su momento, el don de la primera «célula», *ta,* el alfa/omega en los que está po-tencialmente contenida toda su enseñanza. Debemos suponer que lo hizo porque él mismo se consideraba una célula en el vasto cuerpo de la creación. ¿Qué otra entidad viviente es

madre, padre y hermana de sí misma, sino la célula y qué otro hombre sintetizó a tantos sobre la faz de la Tierra? ¿Qué otra gota de vida es más remota y a la vez más actual que una célula, y qué otra figura histórica continua alimentándonos con igual intensidad la fantasía? Como terapeuta, supo que para curar era necesario *regenerar,* es decir volver al Génesis, verdadero tratado genético en el cual, tras seis operaciones mágicas, la luz llega a hacerse vida.

En el interior de la célula de cada organismo vivo el ADN -ácido desoxirribonucleico— está esperando, entonces como ahora, una señal fosfórica, luminosa, para actuar. Muy cerca, el ARN —ácido ribonucleico— se dispone a asistirlo. Habrá danza, un movimiento de origen galáctico que adoptará la forma de una doble hélice plectonémica, es decir entretejida, urdida de azúcares y fosfatos. Habrá danza fuera y danza dentro. En los *Hechos de Juan,* otro texto gnóstico, Jesús dice: «Al Universo pertenece el bailarín». La vasta coreografía en medio de la cual éste se mueve está hecha de soles, planetas, meteoros, lanas, cometas, asteroides, plasmas, enjambres de estrellas que danzan en el cielo provocando una mimesis en las criaturas terrestres, las cuales, con sus coros de cromosomas, sus husos y ásteres, con sus alianzas, gametos, gestos, gritos, giros de húmedo amor celebran el halo del eco. Porque todo el temblor del cielo vibra en la noosfera, en esta delicada película de vida que nos incluye. Cuando el iniciado comprende que son los ojos de Osiris los que iluminan a Isis, fecundándola, y que la luz es voz sobre la negra matriz del silencio, percibe la eterna oscilación de Daat, el Conocimiento.

El camino hacia el Arbol de la Vida, como el de la replicación celular, es cíclico-, los acontecimientos de un período están determinados, condicionados o permitidos por aconte-cimientos precedentes. La onceava sefirá cataliza el movimiento de las diez precedentes. El primer paso, en esta danza de doble hélice —hacia arriba por el blanco, hacia abajo por el rojo—

es una *contracción:* el discípulo reflexiona sobre sí mismo, individualiza sus orígenes, descubre las columnas exteriores del rigor y de la gracia, la Grandeza o Compasión y la Fuerza o el Juicio. Luego *rompe* su límite nuclear, sus valores se alteran, su visión de la vida es grumosa. En seguida descubre sus tensiones ecuatoriales, su bipolaridad, y su alma se curva, bajo el esplendor de la nueva y naciente realidad, como un eclipse

En el estadio siguiente, la insoslayable *polaridad* es aceptada con valentía, la distancia asumida como perspectiva Los extremos se recorren para acordarse, para reconocer su complementariedad. Cuando el propósito es claro, la telofase nítida, se produce la ruptura, el *desgarramiento* de la citocinesis el viejo yo ha parido un yo nuevo. El viaje al abismo celular, a la muerte, ha gestado la resurrección. Y así una y otra vez, porque nuestra existencia es una parábola de inagotable sabiduría, que sólo por la parábola se manifiesta. «Llegándose, los discípulos le dijeron: '¿Por qué les hablas por parábolas?' Y él respondiendo les dijo: 'Porque a vosotros es concedido saber los misterios del reino de los cielos *(ta mistyria tis basileias* en la versión griega, y *ladaat razei malkut ha-shamim* en la hebrea). Porque a cualquiera que tiene, se le dará (do *thisetai)* y tendrá más; pero al que no tiene, aun lo que tiene le seré quitado. Por eso les hablo por parábolas; porque viendo no ven y oyendo no oyen ni entienden'», nos dice *Mateo 12:10.*

La palabra hebrea *ladaat* contiene, tal como puede detectarse, Daat, el Conocimiento; también los aludidos «secretos», razei, que a su vez porta dos de las letras claves que lleva sobre sus hombros el nazareno: *raz,* lo «misterioso», lo «oculto», cuya gematría —recordemos— equivalía a la de or «luz», 207. Para atravesar el *Libro de los Muertos,* con sus páginas insólitas y fúnebres y ver la *Salida a la Luz del Día.* hay que atravesar la noche del alma, tener para que se nos *de* Amar para ser amado, experimentar el éxtasis antes que el énstasis.

Enstasis

«Entrada» se dice en hebreo *knisáh,* palabra que posee las mismas letras que «iglesia», *knsiáh.* La raíz común a ambos vocablos es *kanés,* que significa tanto «juntar», «reunir», como desposar» o «casar». El largo y doloroso periplo a través de los 32 senderos del Arbol de la Vida que está inscripto en nuestro cuerpo —templo del espíritu— no podía ser recorrido sin salir de él y con él, sin acompañarlo en sus triunfos y fracasos por las calles y mercados del mundo, en su tránsito por libros, países, gentes y estados de ánimo. Pero si la salida requería un éxtasis previo, una identificación emocional y espiritual con el maestro o los maestros, con el terapeuta o el kabalista, el reintegro al núcleo viviente del universo para juntarnos o reunirnos con él en armonía, en un desposorio tan molecular como etéreo, sólo nos otorga la gracia de su sincronía, a condición de que no nos fijemos a nada; ya que el «milagro», el *nes* que incluye la «entrada» en la «reunión», consiste en una continua percepción de lo fluido, de la corriente secreta, y ésta sólo puede ser compartida por y entre quienes están atravesados por el mismo rayo luminoso, únicos y solos, originales y diversos a un tiempo, solitarios y cósmicos a la vez.

Pues únicamente hay Iglesia donde hay verdadera «re-unión», verdaderos «esponsales» del discípulo con la fuente de toda vida: la luz. Jamás ¡o sagrado permanece circunscripto a

un espacio determinado, a una tradición separada de las demás tradiciones. Como el Espíritu, se evade de allí donde intentemos apresarlo. En Los *Siete Capítulos de Hermes,* documento alquímico citado por Evola, se dice: «He aquí que os declaro lo que es desconocido: la Obra está con vosotros y en vosotros si la halláis en vosotros, donde está continuamente, la poseeréis también siempre, allí donde vosotros estéis». Y los taoístas chinos agregan: «No vayas a la montaña antes de que el elixir haya sido producido, pues ni dentro ni fuera de ella encontrarás la veta vital. Esta joya la poseen todos los hombres, aunque suelen ignorar su existencia». Eso es lo que significa que sólo a quien «tenga le será dado».

Pero, ¿cómo saber si «tenemos» y cuál es la receta para preparar el elixir, cuál la joya que ya poseemos? Estos interrogantes sólo se resuelven en la exploración del mundo, en el viaje de la vida por el bosque de la muerte. A pesar de que el *afuera es el espejo del adentro,* nuestra imagen en el mundo no es todo el mundo; tal es la humilde lección que hay que aprender A través de las horas y los meses, las decepciones rápidas y los progresos lentos, los cuidados, los descuidos y los abandonos y las iniciativas, el discípulo percibe que los templos externos los tumultos y las cruces, los símbolos visuales o fonéticos apenas si son meras estaciones provisionales, pues como nos recuerda *Juan 3.8:* «El viento (to *pnéuma* en griego y *ha-rúa]* en hebreo) de donde quiere sopla y oyes su sonido *(tin phonin)* mas ni sabes de dónde viene ni a dónde vaya. Así es todo aquel que es nacido del Espíritu». Nada externo, entonces, a que aferrarse, a qué sujetarse, a qué referirse. Es la completa victoria del oído sobre el ojo, órgano de la salida. Es el triunfo del hombre interior.

Nunca como en ese pasaje explícitó mejor Jesús la verdad contenida en la tradición de sus ancestros, pues la «voz», *kol* manifestación del Espíritu Santo, es el nexo entre el corazón y la cabeza, el hijo y el Padre. «De los cielos te hizo escuchar

su voz *(et koló)* para instruirte, y sobre la Tierra te mostró su gran fuego *(et eshó)* y has oído sus palabras en medio del fuego (mitój *ha-esh)».* Nada de imágenes, sino la crepitante música de las llamas, de las ardientes lenguas que cantan la canción del fin y del origen. Como explicitaba el logion 82 del *Evangelio de Tomás,* quien está cerca de él «está cerca del fuego», y quien está lejos, «está lejos del reino». El Maestro de Nazaret evidenció así la posesión de una fuerza, una energía que él primero y sus mejores discípulos después, se propusieron amaestrar y emplear en las curaciones y los dones repartidos a los pobres de espíritu.

Ya hemos visto que en el «hombre» angélico, en el *ish* pero también en la «mujer», *ishá,* estaba ese *esh,* «fuego», cuyo poder aparece contenido en un punto, la *yod.* Pero la paradoja de nuestra condición humana es tal y nuestro dimorfismo tan delicado, que si ambos fuegos —el masculino y el femenino— se encienden mutuamente, pero permanecen en relación de constante dependencia, corren el peligro de extinguirse el uno al otro, mientras que si cada uno enciende y cuida del suyo, ambos se benefician de su tibio calor, de su dorada luz. La entrada o el énstasis exige llevar al extremo el proceso de individuación, el intransferible destino, la bipolaridad. Si bien la salud es un tesoro privado que incide sobre la riqueza pública, la riqueza privada —con frecuencia— atenta contra la salud pública. Conociendo su realidad y excediendo los límites de su misión como terapeuta individual, Jesús se nos muestra como un Maestro de Justicia a quien preocupa el destino de *toda su comunidad,* ya que no puede haber salud privada, individual, que resista el contagio de un tejido social enfermo. Inversamente, el entramado de una sociedad depende, para sobrevivir al lastre de su negra inercia, al peso tanático de su masa, del bienestar y la creatividad de los individuos que la forman.

Dentro del ámbito kabalístico, la polaridad tradición/ creatividad equivale a la de constancia/variabilidad: la Torá, el Midrash, los relatos legendarios y el Talmud son o forman parte

del espectro visible de la luz. Su prismatización y desprisma-tización obedecen a las leyes de conservación de la energía y del menor esfuerzo. Lo invisible, en cambio, lo que está más allá del espectro observable, es esfuerzo y disipación, solitaria voluntad de búsqueda y exploración que los discípulos llevan a cabo, a veces, en condiciones y situaciones extremas. Pero hay otra dimensión en esa polaridad de funciones que quizás sea universal: la del individuo que, deseando elevar la dimensión de la masa, actúa enfrentándose a ella como una levadura, provocando su fermentación aun a costa de poner su vida en peligro. Recordemos aquello de: «El reino de los cielos es semejante a la levadura (zimí)». «Leudar», «alzar por fermento» se decía, en la época del Maestro de Nazaret, *shoer,* y la expresión *shear rúaj* señalaba «inspiración», un descenso de la energía que las antenas de los profetas percibían y, a su vez, transmitían al pueblo, para su posterior elevación. Tal raíz, *shin, alef y reish* es, entre todas, un verdadero filón para quien pueda extraer de ella todo lo que contiene.

Porque *rosh,* «cabeza», tiene las mismas doradas letras que *osher,* «felicidad». Estado que subyacía, como ya hemos visto, en la sabiduría con que fue construida la casa en la que vivíamos —nuestro cuerpo— pero que tuvimos que ir a buscar fuera, porque la articulación de la Corona con su Reino está en la calle, en las pruebas, al aire libre, en la plena circulación de los hombres, los animales y los objetos; en una praxis que templa nuestros pasos y constata diariamente lo aprehendido. Rabi Janina ben Dosa, un maestro de la época de la *Mishná,* solía decir: «Cuando un hombre tiene obras que exceden su sabiduría, su sabiduría será duradera, pero si su sabiduría sobrepasa a sus obras, no podrá durar».

La felicidad es y será siempre *un asunto de nuestra propia cabeza,* y por lo tanto, independiente de la de los demás, que sólo son detonantes o tampones en nuestro camino. Tampoco los libros, la cultura, la erudición o el desarrollo de la

memoria, dependientes de la articulación externa, garantizan el funcionamiento interno, saludable y orgánico de nuestro ser, ese arte de dilucidar, mediante el cual tenemos que devenir maestros de nosotros mismos. Para que la sabiduría se haga duradera y activa en nosotros, es necesario actuarla, vivirla con pasión directa. Ofrecerla a quien tenga oídos, en parábolas.

Puesto que la palabra *Kabalá* puede, también, leerse como *Be-kahal,* «en comunidad», «entre los presentes», el concepto de Iglesia, *ecclesia* (obsérvese el fonema c*l* o *kl),* en torno al cual nació la primitiva comunidad cristiana, tuvo que crecer bajo los latidos del «sagrado corazón» o *leb* del Maestro de Nazaret, participando durante los primeros siglos de su desarrollo, de una manera de pensar creadora y fecunda que —para desgracia de las gentes— muy pronto se ahogó entre dogmas, discusiones y preceptos. En descargo de ese hecho, empero, debemos reconocer que el ahogo, la extinción del fuego del espíritu, es casi inexorable en la historia de la humanidad y forma parte de la misma inercia de la masa, que por lo general es acéfala, tan pronto conservadora, como destructora de sus impulsos vitales.

Por el contrario, los individuos que la modelan en la criba de los siglos, los maestros, santos, visionarios y hacedores de «milagros», acelerando su suerte, la punzan, la horadan, re-criminan y bendicen para que lo mejor de ella misma, su luz, no quede sepultada en el alud de las convenciones que, como hiedra, abrazan mortalmente a la semilla inmortal que duerme en cada corazón y cada inteligencia.

En principio, la Kábala y la Iglesia coinciden, en el sentido en que coinciden lo esotérico y lo exotérico. Pero cuando las entradas han sido entorpecidas por las salidas; cuando las aberturas y los orificios, los respiraderos emocionales han sido sellados, con ánimo apocalíptico, los receptores del poder del Verbo, los *Baalei ha-Shem,* los nazarenos y terapeutas practican cortes y acusaciones y vuelven a introducirse en las entrañas de sus respectivas tradiciones, para extraer de ellas la fuerza de la

continuidad. Recordemos el sentido de «envío» que hay en el trabajo de los discípulos, ya convertidos en apóstoles, en maestros: envío que los acredita en cierto modo como «ángeles», es decir, como «mensajeros».

Pero abierto el sello, comunicado el mensaje, ¿puede uno quedarse allí donde ha llegado o tiene que seguir su camino? En el comienzo de este libro citamos el dictum sufí: «Quien sale de su cuerpo como un puñal de su vaina, tiene su morada permanente en el corazón», porque primero está la salida y luego la entrada. Para «morar en el corazón» hay, pues, que percibir antes que es en él donde está lo buscado: «Donde estuviere vuestro tesoro *(thesauros* en griego y *otzer* en hebreo) allí estará vuestro corazón». ¿A qué tesoro alude Jesús y por qué describen los sufíes esa morada como permanente, si cada latido nos aleja cuando lo sentimos cercano y nos acerca cuando lo creemos lejano?

Para saberlo, abrimos el «tesoro», otzer, y descubrimos en el cofre de sus sílabas la «luz», *or,* la luz tan buscada y por otra parte tan explícita, que la iconografía cristiana ha pintado alrededor del corazón del Maestro. Un resplandor que para ser activado requiere de nosotros que podamos superar todo lo «estrecho», «angosto», *tzar,* que implica el egoísmo descubierto en ese lugar, ya que sólo cuando el corazón está vacío del yo superficial, nos habla el profundo. Después, más allá de estas sorpresas, la palabra tesoro nos revela la «fortaleza» o *tzur* que se erige en torno de la *alef* todopoderosa. Cuando apelando a la gematría buscamos el valor de *otzer,* hallamos las cifras 297 = 18, número que, una vez más, con penetrante exacti-tud, alude al «viviente», jai.

¡Es la vida lo que constituye nuestro verdadero tesoro, esa vida radiante que el primer versículo de *Juan 1:4* nos recuerda con perfecta elocuencia! «En él estaba la vida y la vida era la luz de los hombres (i *zoí in to f*os *ton ántropon)».* Pero ¿quién es ese *él* sin cuyo concurso nada fue hecho? Nada menos que

el Verbo o *logos, hadabar,* el verbo en el cual —preciso es decirlo— ya estaba implícito el «hijo» o *bar,* bello «eco», *hed,* del Padre.

La diferencia entre la versión griega y la versión hebrea de esta primera página de Juan es tan notable como significativa. Para los griegos no hay relación entre el Verbo y la luz; pero los hebreos, con su conocimiento retroactivo de las Escrituras, cuando leían «Y dijo (Dios)» en el Génesis, comprendían que en ese mismo *va-iomer* ya estaba incluida la «luz», *or.* Sabían que la vibración precede a la visión y que —en última instancia— el ojo quien debe someterse al oído, si las imágenes tienen que retornar, recorriendo su proyección, al sujeto que las percibe.

El éxtasis, la salida, tenía por objeto el reconocimiento del mundo espiritual a través del mundo material, la aprehensión de lo trascendental por mediación de lo inmanente. El énstasis, la entrada, busca, por su parte, comprender el mundo material a través del mundo espiritual, lo inmanente por lo trascendente. Eso es lo que implica alcanzar *el punto de vista angélico, por medio del cual toda nueva se hace buena.* Mientras el destino de los hombres es ir, el de los ángeles es *venir.* El color de lo humano, recordemos, estaba definido por el rojo de su sangre, portadora de la impronta de la tierra. El tono de lo divino, en entibio, es el blanco, el blanco lino.

«¿Hasta cuándo, Señor, santo y verdadero, no juzgas y vengas nuestra gente de los que moran en la tierra?» *(Apocalipsis 6:10)* «Y les fueron dadas sendas ropas blancas», dice el *Apocalipsis 6:11,* recomendando a quienes se disponen a ingresar en el círculo de los iniciados, en los misterios que trascienden la muerte, todavía un poco de calma, una espera. Templanza.

Blanco, *candidus,* es el color de los «candidatos» a la metamorfosis, a esa transformación que consistirá, sobre todo, en pasar de un estado determinado a una condición indeterminada.

«Y vio a dos ángeles —leemos en *Juan 20:12*— con vestiduras blancas, que estaban sentados el uno a la cabecera y el otro a los pies, donde el cuerpo de Jesús había sido puesto». Angeles que, expertos en anunciaciones, son los emisores blancos de la luz incolora.

La sangre que registra el Apocalipsis es de los que «moran en la tierra» —por el conocido parentesco hebreo entre *dam,* «sangre», y *adamá,* «tierra»— pero la condición fosforescente, numinosa de los que han excedido esa condición, tiene el tono aléfico de la energía radiante y ubicua, inasible y maravillosa. «Si aquéllos que os guían —aclara Jesús en el texto gnóstico *Evangelio de Tomás*— os dicen: 'Mirad, el Reino está en el cielo', entonces los pájaros llegarían allí antes que vosotros. Si os dicen: 'Está en el mar', entonces los peces llegarían antes que vosotros. Mas el Reino está dentro de vosotros y está fuera de vosotros. Cuando lleguéis a conoceros a vosotros mismos, entonces seréis conocidos y os daréis cuenta de que sois los hijos del Padre que vive. Pero si no os conocéis a vosotros mismos, entonces moráis en la pobreza y vosotros *sois* esa pobreza».

Reconociendo el tesoro del corazón, la fortaleza de su luz interior, de esa luz —según el ideario gnóstico— que no se agota, nos hacemos ricos, ricos en nosotros mismos. La Kábala denomina otó, «el mismo» a ese ser que ha logrado la maestría sobre la doble condición de la letra *vav,* pero también a quien ha visto en cada «signo», en cada «letra», *ot,* el «prodigio» único del lenguaje humano. Al ser interrogado Jesús sobre la validez sagrada de su enseñanza, cuando discípulos y curiosos le exigen un signo que atestigüe su vocación, dice: «La generación mala y adúltera demanda señal; mas señal no le será dada sino la señal *(ot)* de Jonás profeta. Porque como Jonás estuvo en el vientre de la ballena tres días y tres noches, así estará el Hijo del hombre en el corazón de la tierra, tres días y tres noches >

El *Zohar* ve en la alegoría de Jonás —en hebreo *yoná* significa «paloma»— lo que le sucede al alma cuando entra en

el cuerpo. «Cuando Jonás embarca en el navio, es el alma la que se embarca para hacer su viaje aquí abajo, a fin de atravesar el océano de la vida». Pero el sentido cristiano de la mención de Jonás incluye más información, pues ese profeta que predica lejos de su tierra y que, en un principio, huye de su misión, se convierte en alguien que vuelve a la vida desde las profundidades de lo monstruoso, que hoy llamaríamos inconsciente. Alguien que estuvo como muerto y resucitó.

Finalmente, Jonás es la «paloma» del Espíritu Santo que sale del Padre en busca del Hijo y regresa luego del Hijo al Padre. Tres de las letras de ese nombre, *yoná,* la *yod,* y la *vav,* y la h*ei,* forman parte del Tetragrama o Nombre de los Nombres, mientras que la cuarta letra, *nun,* simboliza el océano primordial y liga —según el *Bahir*— lo masculino con lo femenino. De todo lo cual podemos entender que, uniendo ambos sexos, Jesús alude, a través de la figura alegórica de Jonás, a la libertad metasexual que el Verbo otorga a sus iniciados, al permitirles entrar y salir a voluntad por medio de los «signos», *otiots,* demostrando siempre y en cada caso la importancia de la libre elección. En el *Tratado de las Primicias,* capítulo IV de la *Mischná,* los maestros discurren sobre la sexualidad y dicen del andrógino que: «No puede ser valorado, no como los hombres y las mujeres. Si uno dice soy *nazir* (nazareno), y si éste no es hombre y no es mujer, en tal caso es nazir». Lo cual nos aclara un poco más sobre ese tipo de voto que, al suspender temporalmente la actividad sexual, buscaba sublimarla y reconstruirla a la manera académica, es decir, como debió ser el primer hombre, ti *Adám Kadmón* de la Kábala, antes de su separación en dos. En el *Evangelio de Tomás* Jesús dice: «Cuando convirtáis los dos en uno, cuando hagáis lo que está dentro igual a lo que está fuera y lo que está fuera igual a lo que está dentro, y lo q|ue está arriba igual a lo que está abajo, cuando convirtáis lo masculino y lo femenino en una sola cosa, de tal modo que lo masculino no será masculino y lo femenino no será femenino,

cuando hagáis que los ojos sustituyan a un ojo, que una mano sustituya a una mano, que un pie sustituya a un pie y una imagen sustituya a una imagen, entonces entraréis en el Reino». He aquí al segundo Adán, al blanco en busca, otra vez, del rojo; para que de la unión de ambos brote el rosa, impregnado del rocío de la resurrección.

Al fin, entre la salida y la entrada, entre el éxtasis y el énstasis, entre la decisión y la vocación, el azar y el destino han dejado de lado los espinos, la aridez, el filo sombrío del peligro Es la aurora de «rosados dedos». El Sol que nace fuera y renace dentro. La sangre vertida no ha sido inútil, porque el alma se expande, fresca, entre los pétalos de su experiencia. Es la aurora que, alzando al mundo en vilo, se revela al iniciado, para que éste no vuelva a dormirse. Es la rosa del corazón del nazareno y terapeuta, la rosa ofrecida por ese alto y fascinante galileo que —como otros antes que él y otros después— encarnó de la cabeza al pie de la letra, la conocida frase del *Proverbio 3:18* sobre la sabiduría, de la cual se dice que: «Es Arbol de Vida a la que le echan mano y bienaventurados son los que la retienen».

Bibliografía

Las versiones castellanas de las citas bíblicas de la traduc-ción de Casiodoro de Reina (1569) y Cipriano de Valera (1602), edición de las Sociedades Bíblicas Unidas, 1960. Las versiones Originales del Antiguo Testamento están tomadas de la edición hecha por la Biblie Society, en 1970, e impresa en Israel. También he empleado el *Novum Testamentum Graece et Latine* de Nestle-Aland, publicado por la misma sociedad y en Alemania, en 1963. Las citas del *Zohar* están tomadas de la selección y traducción española publicada en 1934 por Ariel Bension y reeditada últimamente (1980) por José de Olañeta. Los extractos del SÉFER YETZIRÁ O Libro de *la Formación* provienen de la traducción de L. Dujovne (Buenos Aires, 1966) y también de la edición original hebrea, publicada en Jerusalem. Aunque discutible, la edición del YETZIRÁ hecha por Obelisco con traducción de J. Mateu Rotger (Barcelona, 1983) es de gran ayuda para el lector interesado en el tema. Las citas del SÉFER BAHIR proceden de la edición hebreo-francesa publicada por Verdier en París, en 1983, al cuidado de Josef Gottfarstein. He consultado la versión original hecha en Jerusalem por Bakal. Las ediciones francesas e inglesas de las obras de Gershom Scholem, sobre la Kábala, me han asistido en todo momento, principalmente su *Les origines de ¡a Kabale* (Aubier-Montaigne, París, 1966). También he consultado los estudios de Dominique

Aubier, sobre todo Le *principe du langage ou l'alphabet hebraique* (Mont-Blanc, Genéve, 1970). La misma casa editora ha publicado las obras exegéticas de Cario Suares sobre e, Génesis y el Cantar de los Cantares, en las cuales la tradición kabalística aparece ligeramente desnaturalizada, es decir, limitada según los límites del autor. La obra de A. Safrán, La *Cúbala* (Martínez Roca, Barcelona, 1976), demostraría a Suares, de leerla, hasta qué punto «la cadena» no se ha cortado en el seno de Israel. Una inhallable y deliciosa aproximación a la Kábala escrita por mi amigo M. R. Barnatán, investiga las prolongaciones literarias del tema. La introducción a la Kábala que en su *Jewish* Mysticism hace Albelson (Hermon, New York, 1969) me puso sobre la pista de los elementos esenios, en los primeros escarceos kabalísticos del período intertestamentario. *L'Arbre de Vie au schéma corporel* de Annick de Souzenelle (Dangles Parts, 1977) contiene observaciones de capital importancia para entender la relación de la Kábala con la psicología profunda y con la ciencia de los mitos, tal como la estudia la escuela junguiana. Un texto singular corrigió mi ignorancia en materia de anagramas clásicos y modernos: el OTZER RASHEI TEBOT (Rubín Mass, Jerusalem, 1978). Los diccionarios que vigilaron de cerca mis aventuras permutatorias fueron el Hebreo-Español de Comay y Yarden (Achiasaf, Tel Aviv, 1970) y el MIALEF AD TAF de Meir Madan (Achiasaf, Tel Aviv, 1976), además del querido MLON AMAMI de Eben Shoshan (Kyriat Sepher, Jerusalem, 1966! Para la situación lingüística en la época de Jesús, a más del citado Le *Christ Hébreu, la langue et l'âge des Evangiles* de Claude Tresmontant (París, 1983), he cotejado La *Lengua Hablada por Jesucristo* de Alejandro Diez Macho (Madrid 1976), ensayo muy completo en sus postulados y conclusiones Los datos sobre los terapeutas proceden de las *Obras Com pletas* de Filón de Alejandría, volumen V (Buenos Aires, 1976) y también del *Ensayo sobre Filón de Alejandría* de Jean Danielou (Madrid, 1972). Para el marco histórico de los pri-

meros siglos de nuestra era, los tres tomos de *El Mundo del Nuevo Testamento* de Leipoldt y Grundmann (Madrid, 1973). En relación con el ámbito gnóstico, he consultado *Los Gnósticos I* y II, introducción, traducción y notas de José Montserrat Torrens (Madrid, 1983), *Los Evangelios Gnósticos* de E. Pagels (Barcelona, 1982) y *Las Enseñanzas Secretas de Jesús,* de Marvin Meyer (Barcelona, 1986). En lo que concierne a la medicina en el mundo clásico, los dos volúmenes de Historia d*e la Medicina* del profesor Francisco Guerra (Madrid, 1985); La *Lucha contra el mal* de Ernst Becker (Méjico, 1977); *Medicina Mágica* de Theo Lobsack (Méjico, 1986) y *Enfermedad, Dolor* y *Sufrimiento* de David Bakán (Méjico, 1979). También he ojeado el *Medicine et Alchimie* de Von Bernus (versión francesa de 1977) y el valioso ensayo de Paul Diel, que yo mismo traduje en 1974: *El Simbolismo en la Mitología Griega.* El trabajo colectivo *El Cuerpo* y *la Salvación,* de Horkheimer y Karl Rahner entre otros (Salamanca, 1975) sitúa al lector ante la visión tradicional que el cristianismo tuvo y tiene aún del cuerpo humano. *La Vida de Jesús en la ficción literaria de* Theodor Ziolkowski (Caracas, 1982) es una estupenda aproximación a la evolución de un mito, desde mediados del Siglo XIX —el siglo de la arqueología y la antropología, que inciden en Freud y Frazer— hasta nuestros días. El mito de Jesús Visto sucesivamente como Dios, semidiós, profeta y hombre. El trabajo de Hani, *El Simbolismo del Templo Cristiano* (Barcelona, 1983) es, junto al *Man and Temple* de Rafael Patai (New York, 1967), de lo más agudo y exacto que se ha escrito sobre el templo como macroántropos y el hombre como microtemplo. He hallado en *The End of the Road* de J. Allegro (Londres, 1980), datos muy interesantes sobre los «juegos de palabras» —la Kábala— que pasa de un Testamento al otro, por Obra de los escribas judeocristianos. El volumen *Kabbalistes Chrétiens* de los Cahiers de L'Hermetisme (París, 1979) da cuenta de esa tradición retomada, sobre todo, a partir del

Renacimiento, en el siglo XV Las citas talmúdicas proceden de la *Antología del Talmud,* compilada por David Rom? (Barcelona, 1979). Por ultimo, en *Los Milagros de Jesús* León Dufour (Madrid. 1979), el lector interesado podrá ha explicaciones médicas y psicológicas a muchos episodios evangélicos. He optado por mencionar versiones castellar donde las había, para facilitar el posterior trabajo del lector estudiante

Not
as

La palabra *hamartia* (ἁμαρτία) tal como aparece en *Mateo 12:31* tiene, según Elaine Pagels, su origen en la expresión *hamartano* (ἁμαρτάνο) que significa «errar», «no alcanzar un proposito». En cuanto a la ceremonia de la *epoptia* o contemplación del grano en los misterios eleusinos, recomendamos consultar *Los Misterios Paganos* y *el Misterio Cristiano* de Alfred Loisy (Buenos Aires, 1967) y también la *Historia de ¡as Creencias* y *las Ideas Religiosas,* volumen I de Mircea Eliade (Madrid, 1978). En el pasaje *1 Corintios 15:37* leemos: «Y lo que siembras no es el cuerpo que ha de salir, sino el grano desnudo (γενησόμενον σπέιρεις), ya sea de trigo o de otro grano». Para todo lo relacionado con la palabra *bi* (בי) «en mí» o «por mí», ver G. Scholem y su *Les Origines de la Kabbale* (París, 1966), disquisición que a su vez se basa en el *Génesis 22:16:* «Por mí mismo *(bi)* he jurado, dijo el Creador». En lo que concierne al «dolor», *keeb* (כאב) también puede leerse como *ke-ab* (כאב) «como el Padre».

La famosa frase de I*saías 2619* es: «Porque tu rocío es un rocío de luz», y en ella la palabra *orot* (אורת) «luces», puede interpretarse como una contracción de *or* (אור) «luz», y de oí (אות) «letra». La etimología de «nazareno» (Ναζωραίος) no procede, como suele creerse. del topónimo Nazaret, sino de *nazir* (נזיר) que en hebreo quiere decir «consagrado». Raíz que, a su vez, procede del acádico *ndr* «prometer», «hacer votos». Para el *Diccionario Teológico Manual del Antiguo Testamento* de Wastermann (Madrid, 1985), el significado básico de esa palabra sería el de «separar del uso común». Para todo lo relativo a los nazarenos, consultar *La Mischná* traducida y editada por Carlos del Valle, pp. 536 (Madrid, 1981). Todas las referencias al sufismo están extraídas de *El Camino del Sufí* de Idries Shah (Buenos Aires, 1978). La frase del *Salmo 92:12* que habla del justo contiene la expresión «como la palmera». *ke-tamar* (כתמר). dentro de la cual hallamos ya la «corona», *kéter* (כתר). En el *Deuteronomio 33:3* aparece la primera referencia explícita a la ley de Fuego «Con la ley de Fuego» (אשדת) a su derecha»

En el citado libro de G. Scholem hay una exhaustiva reflexión sobre la idea de sabiduría en la Kábala provenzal de los siglos XII-XIII. Simultáneamente, la *jokmá* (חכמה) posee, entre sus letras, toda la «fuerza», *cóaj* (כח) del «cerebro», *móaj* (מח). El versículo de *Juan 14:5* dice: «Yo soy el camino, i *odós* (ἡ ὁδός)», vocablo que supone la idea de «viaje» y «modo de vida». Entre el concepto hebreo de «espejo», reí (ראי) y el de «luz», *or* (אור) sólo hay una letra de diferencia. Todos los datos sobre la estructura del cerebro provienen de *El Yo y su Cerebro* de Pop-per y Eccles (Barcelona, 1980), y de *Los Dragones del Edén* de Carl Sagan (Barcelona, 1979). La palabra «a la cabeza o en la cabeza de ellos», *be-rosham* (בראשם) que aparece en *Miqueas 2:13,* incluye al «padre» *ab* (אב), a la madre, *em* (אם) y al «hijo», *bar* (בר) unidos por el «fuego» o *esh* (אש). , El número 13, que resulta de la gematría o adición numérica de las letras de las tres primeras sefirots: Corona, Sabiduría y Entendimiento, es también el que resulta de la adición de las letras de las palabras «amor», *ahabá* (אהבה) y *Bereshit:* «En el principio» (בראשית) comienzo del Génesis. Sobre los problemas de interpretación que nacen del término griego *skandalon,* «tropiezo» (σχανδαλον) consultar *La Doctrina de Yeshúa de Nazaret* de Claude Tresmontant (Barcelona, 1972).

La voz hebrea «recordar», «recuerdo», zjar (זכר) se escribe de igual modo que «masculino», «macho», zajar (זכר). Mientras que «femenino», nekebá (נקבה) procede de nakab (נקב), «nombrar», «señalar», «designar». La palabra griega metabolo (μετα βαλλω), alude a un «cambio», a «un giro rápido de la cabeza» y también, naturalmente, a una «conversión». En el fragmento LXX del Bahir o Libro de la Claridad (Barcelona, 1985) se habla de la relación entre la «oreja», ozen (אזן) y la letra alef (א), que aparece allí como puerta hacia el interior del cerebro, por vía del sonido puro. Sostiene Safrán que la relación entre «espíritu», rúaj (רוח) y «perfume», reáj (ריח) explicaría la situación del Altar de los Perfumes en el Templo de Jerusalem, en la medida en que ése era el sitio donde lo sensible se transformaba en inteligible, en ideal. Respecto de la majshabá o «pensamiento», su valor numérico coincide con el de ahabá, «amor» y Bereshit, «En el principio». El recurrente y extraño número 13. Pero «pensamiento» puede, por ternurá o aliteración de los fonemas, leerse como «en cinco» o «a través de cinco», bejamishá (בחמישה), que como se ve, tiene las mismas letras que majshabá (מחשבה). La cifra 5, claro, alude a los sentidos y a los cinco segmentos cerebrales. Esa péntada que los pitagóricos llamaron

anikia (ανιχια) y que simbolizaba la salud. Para los antiguos mexicanos, el cinco, la *quincunce,* representaba el punto de encuentro entre el Cielo y la Tierra. Siendo cinco, además, el número de dedos de cada mano humana, el terapeuta que curaba por su intermedio digitaba —en la Kábala— y transmitía el poder contenido en la quinta letra alfabética, la *hei* (ה). El «Mesías», el «Ungido» o *Iristós* (Χριστός) es en hebreo *méshiaj* (משיח) y puede leerse como *isaméj* (ישמח) «alegrará, dará alegría». También en este nombre, por feliz coincidencia, hallamos la cifra «cinco», *jamesh* (חמש). El concepto hebreo de *séjel* (שכל) se refiere a la «mente» y puede entenderse como «de», *shel* (של) «todo» *col* (כל). Es decir que «todo es mente» o bien que ésta es el espejo en el que todo se refleja. Por gematría «mente» da la cifra 350, que equivale a la de «Mi Nombre», *shmi* (שמי) En el *Salmo 106:8* se dice: «Pero él los salvó por amor de Su Nombre». Según aclara Fréderic Portal en su libro *Des Couleurs Symboliques* (París, edición de 1975), el color «verde», *iarok* (ירק) alude a la «fundación del templo» y habla del «nacimiento de todo lo que existe»; y la palabra *tzémaj* (צמח) «renuevo», «brote», que aparece en *Zacarías 6:1,* pasa por ser uno de los nombres del Mesías. Por gematría, *iarok* suma 310, que es la cifra de *iesh* (יש) lo «existente», el «Ser». Si aliteramos *tzémaj,* «renuevo», podemos obtener *jamétz,* en hebreo «levadura», que recuerda el pasaje de *Mateo 13:33* sobre la semejanza entre ese elemento y la noción del Reino de los Cielos.

He consultado para este capítulo los libros de Jacques Nicole, *La Simetría* (Buenos Aires, 1961) y de Eugene P. Wigner, *Symetries and Refiections* (Connecticut, 1979). También el extraordinario de D'Arcy Thompson *Sobre el Crecimiento* y *la Forma* (Madrid, 1980) y el texto de Pedro Caba *La Izquierda* y *la Derecha* (Madrid, 1978). La vida, costumbres y sentido simbólico de la cigarra (*Cicada sp)* están basadas en H. Fabre, *Costumbres de los Insectos* (Madrid, 1944). La reflexión sobre la «axila», *sheji* (שחי) que conduce a «el que vive o hace vivir», *she-jai* (שחי) procede de una idéntica configuración de signos. La hermosa, perpetua relación entre el «pulmón» o *reah* (ראה) y el «aire», *avir* (אויר) desprende,por contacto, las tres letras básicas del Tetragrama: *yod* (י), *hei* (ה), y *vav* (ו). En *Efesios 3:16* se habla de un fortalecimiento que procede del Espíritu. El *ounamei* o «corroborados» (δυνάμει) griego, *carece* del poder que con tiene la correspondiente palabra hebrea: *lehitazer,* traducible por «ceñirse con ánimo» o «armarse de valor» apelando al radical *zhr* (זהר) que figura en ese vocablo y que, naturalmente, alude al *Zohar.* La suma de los valores de «pulmón» y «aire» da 18, número de *jai,* «el viviente». La frase de *2 Corintios*

12:9 respecto de un «poder que se fortifica en la debilidad», *dínamis en asthéneia teléitai* (δύναμις εν ασθενεια τελειται) contiene la extraña palabra *dínamis* (δύναμις) que significa «poden» y también «hacer milagros». Como los que hacía Jesús, por ejemplo. Para todo lo relacionado con la mano, he trabajado con *La Mano* y *el Espíritu,* de Jean Brun (México, 1980).

La suma de los valores de las letras de *Jésed* (חסד) y de *Geburá* (גבורה), 9 por cada sefirá, da 18, que como vimos, era «el viviente», *jai.* La voz «salud», tal como aparece en *1 Pedro 2:2:*«... para que por ella crezcáis en salud *(sotirían,* σωτηρίαν)», alude a una «salvación», a una «liberación», *sotiría* (σωτηρια) que procede de la «leche espiritual». Clara luz líquida contenida en las Escrituras. Por otra parte, es curioso que la voz para «leche» sea en hebreo *jalab* (חלב) y en griego *gala* (γάλα): suenan casi idénticas. El concepto de «espada», *jéreb* (חרב) estaba, en el ámbito judío, en relación de contigüidad simbólica con el de «compañero» (חבר) o *javer.* Por otra parte, el autor de *Hebreos 4:12* compara la espada de dos filos a la lengua. Así, lo que se conquista por la lengua adentro, es igual a lo que se conquista por la espada afuera. El *astrapí* (αστραπη) o «relámpago» que figura en Lucas *17:24* tiene una importancia decisiva en la Kábala, ya que por él baja la energía de Kéter, la primera sefirá, a Malkut, la última. En hebreo se lo llama *barak* y su número es 302, igual al de la palabra *shab.* (שב) que significa «vuelta», «retorno». En el capítulo XL del texto chino *Tao Te King* atribuido a Lao Tsé, se puede leer: «El retorno hacia atrás (hacia el Principio) es la forma característica de aquéllos que

se conforman al Principio». Por otra parte, *barak* se transforma, por ternurá, en *krab*(קרב) que indica «combate», «juego» y también «aproximación» o «cercanía». La relación entre el pensamiento y la escritura, en el Antiguo Egipto, está espléndidamente estudiada por Tort en *La Constellation de Thot* (París, 1981). El concepto hebreo de «en medio», *ba-emtza*(באמצע) posee el binomio de letras *etz*.(עץ) que significa «árbol». El libro de R. A. Sch-waller de Lubicz, *Le Temple dans L'Homme* (París, 1979) estudia en profundidad, y en el medio egipcio de Luxor sobre todo, lo que Hani en el templo cristiano: las medidas cósmicas del hombre y lo sagrado en la arquitectura. *Neter,* jeroglífico pintado de color verde, representaba con frecuencia un brazo y aludía a la medida de un «codo». Para todo lo relativo a la cosmología egipcia, además del citado libro de Schwaller de Lubicz, he cotejado el *¡sis* y *Osiris* de Plutarco (Buenos Aires, 1986) y *Thot o* el *Libro de los Talismanes* de García Font (Barcelona, 1982) y *El Egipto Hermético* del Dr. Eduardo Alfonso (Madrid, 1984). La palabra hebrea «verdad», *emet*(אמת). que se escribe con las letras primeras, media y final del alfabeto, totaliza por gematría 441 — 9, y equivale a la letra *tet*(ט) simbólicamente, el «ombligo», parte «media» del cuerpo humano. Por la verdad se llega, al final, a la «armonía», *toem*(תאם). El concepto de *Ain Sof* o «Infinito», que está por encima de Kéter, tiene el mismo valor numérico que el de *or,* «luz». Todo lo que concierne al oído, lo aclara el *Bahir* en su fragmento LXXX. Lo que los griegos denominan «recibir» o «aprehender» «tomar» con las manos, *elámbanon*(ἐλάμβανον) los hebreos lo llamaron *ikablú*(יקבלו) «recibieran», que

posee la raíz *kbl.* central en la Kábala. De ahí que en Hechos *8:18* y en una de las versiones hebreas, ese Espíritu Santo que se «daba por imposición de manos» fuera recibido como parte de una enseñanza secreta. En *Lucas 4:23:* «Médico, cúrate *therápeu-son,* θεράπευσον) a ti mismo», vemos claramente empleado el verbo *terapéuo o therapéuein,* «cuidar», «cultivarse» a sí mismo.

Es nuevamente J. Allegro quien por mediación de su monumental *The Sacred Mushroom and the Cross* (New York, 1970) me puso al corriente del mito del fénix y su derivación hacia la palmera, cuyo nombre botánico es *Phoenix dactylífera.* Pero como *foinix* (φοῖνιξ) también significa «rojo» y *foínios* (φοινιος) «color sangre», he aquí el misterio de la «palma de resurrección», de «quien-se-renueva-en-su-propia-sangre» por mediación de la luz blanca. De quien arde en el fuego de su reino y resucita en sus cenizas. Para este tema, ver *La Tradición Hermética* de Evola (Barcelona, 1975). La idea que el autor de *1 Timoteo 2:5* tiene sobre Jesús como «mediador», *mesitis* (μεσίτης) es de enorme importancia simbólica, puesto que al regresar a la versión hebrea nos hallamos ante la palabra *melitz* (מליץ) emparentada con *tzelem* (צלם), la «imagen y semejanza de Dios» tal como parece insinuarse en el *Génesis 1:27.* Concretamente, la expresión genésica es *betzlamó* (בצלמו), «a Su imagen y semejanza», y como se ve, aporta a *leb* (לב), el «corazón». La cita del *Bahir* liga *kavod* (כבוד) con *leb,* porque ambos tienen, «gloria» y «corazón», el mismo valor gemátrico: 32. En cuanto a la visión que los kabalistas del Renacimiento tuvieron de esa «imagen» contenida en el corazón, hay que señalar que

no les era ajena la cruz formada por las aurículas y los ventrículos, puesto que «cruz» se dice en hebreo *tzlab* (צלב) vocablo que, como puede verse, tiene tres de las letras de «a imagen de Dios». Puede consultarse el libro *Kabbalistes Chrétiens* (París, 1979) citado en la bibliografía general. Para los datos concernientes a la *filocalia* (φιλοκαλία) *ver*
La Oración del Corazón (Buenos Aires, 1981) y *Récits d'un pelerin russe* (París, 1966). La palabra *tiferet* (תפארת) contiene, por su parte, a *rafá* (רפא)
«sanar», «mejoran», «curar»; y la voz *par, pará* (פרו) «fecundan», «fertilizan». En el *Salmo 104:* «El que se cubre de luz *or* (אור) como «vestidura», la *vav,*
«hombre», «columna», aparece en medio de la luz. El «topo», *spalax* (σπάλαξ) era el animal de
Esculapio y la estructura de su santuario se basaba, como dicen los historiadores de la medicina, en la topera. De la enorme bibliografía existente sobre el sueño, he consultado *La Interpretación de los Sueños,* de S. Freud (Madrid, 1972); *Los Sueños* de Parker (Barcelona, 1987) y *Las Maquinaciones de la Noche* de Raymond de Becker (Buenos Aires, 1966). En el *Bahir,* sin embargo, texto del siglo XII, es donde aparece la primera relación sueño/salud. El *jolem,* la vocal v*av* (ו), puesto que alude a la columna vertebral, une lo seminal a lo semántico.

La mejor aproximación a la tríada alquímica sal-azufre-mercurio figura en *La gran Tríada* de R. Guénon (Barcelona, 1986). En griego «sal» se dice *alas* (ἅλας) y genera el adjetivo *álastos* (ἄλαστος), «insuperable», «inolvidable». Según Rafael Patai en su *Man and Temple* (New York, 1967), el Templo de Salomón era el *axis mundi* y se erigía sobre el monte Moriah, en donde se escenificó el sacrificio de Isaac que Abraham no llegó a realizar. El «punto oculto» que este patriarca halló es, para el *Zohar,* la intersección del eje celeste en un medio terrestre. También el *Séfer Yetzirá* confiere al primer patriarca de la cadena iniciática, Abraham, la autoría de las letras, la confección, de hecho, de todo el alfabeto hebreo. La cita del «estudio» y la «harina» se atribuye a Rabí Eleazar ben Azaria y figura en el *Pirké Avot* o *Tratado de los Principios,* que forma parte de la *Mischná* (siglos II-III de nuestra era): «Sin alimento no hay ley, pero sin Ley no hay alimento». El simbolismo del nombre Jacob-Israel podría retraducirse en términos de «talón» o *ékeb* (עקב) o «pie» y «mi cabeza» o «la cabeza para mí», *rosh lí* (ראש לי) en que se desdobla el nombre Israel.

Jean Poully explica en su trabajo *Los Manuscritos del Mar Muerto* y *la Comunidad de Qumrán* (Navarra, 1987) los preparativos morales y físicos

a los que se entregaban los esenios en su época. El concepto de «Oriente», *mizráj* (מזרח) presupone, creemos, no sólo el del nacimiento de la luz, sino y en especial en el pasaje del *Génesis 32:31* que hace brillar el Sol sobre la cabeza de Jacob, la lenta revelación de un «secreto», *raz* (רז) que también «vive», *jai* (חי) en el «cerebro», *móaj* (מח). El parecido fonético entre *atá* (אתה) «Tú», el Creador, y *atá* (עתה), «ahora», se deshace visualmente, al ver en la primera palabra una *alef* y en la segunda una *ain;* pero vuelve a entrar en el mundo de la analogía liberadora cuando sabemos que entre esas dos letras está *la visión infinita: alef* (א) es lo ilimitado, y *ain* (ע) el ojo que todo lo limita. La voz *et* (עת) es la que se reitera una y otra vez en el Eclesiastés, para hablar de los distintos períodos o épocas. La frase del espejo atribuida a San Pablo en *2 Corintios 3:18:* «Por lo tanto, nosotros, todos mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma semejanza, como por el Espíritu del Señor», recuerda un famoso poema de Apollinaire sobre el número 69, que liga los opuestos, invierte y relaciona el arriba con el abajo, lo izquierdo con lo derecho:

Los inversos 6 y 9
forman una extraña
cifra
69 dos
serpientes fatídicas
dos gusanillos
número impúdico y
cabalístico 6 = 3
más 3 9 - 3 3 y
3

la trinidad
la trinidad por todas
partes encontrándose
con la dualidad
porque 6 dos veces
3 y trinidad 9 tres
veces 3
69 dualidad trinidad y
tales arcanos serían más
oscuros
mas temo sondearlos
más allá de la ramplona muerte
quién negaría que allí está la
eternidad.

Apollinaire, Poesía Completa, volumen I (Barcelona, 1980).

Todo lo relativo al Graal el lector lo hallará en *El Misterio del Grial* de J. Evola (Barcelona, 1975) y *El Graal y la Búsqueda Iniciática* (Barcelona, 1982, número monográfico de «Cielo y Tierra»). Existe un bello versículo del *Eclesiastés 3:11:* «El ha puesto eternidad en el corazón de ellos» que el *Bahir,* en su fragmento X, refiere a lo «oculto» mediante un juego de palabras entre *ha-elam* (העלם) «lo invisible» y *ha-olam* (העולם) «el mundo». Para las técnicas yóguicas de dilatación y contracción de la consciencia, consultar el libro de Coquet *Les Cakras* (París, 1982). El «ámbar» que los griegos llamaron *elektron* (ελεκτρόν), los hebreos lo denominaron *jashmal* (חשמל) o bien *dar* (דר) confiriéndole el poder de traer y atraer lo «pleno», *shalem* (שלם) la «savia», *léaj* (לח) del Arbol de la Vida. Es E. Zoila en su *Le Meraviglie della Natura* (Milán, 1975) quien mejor se ha explayado sobre la simbología del semen como luz. En griego existe una secreta relación entre *falós* (φαλλός), «órgano de la generación»; *fanós* (φανός), «claridad», «luz», «resplandor» y también y *fálos* (φάλος) «penacho», «crestón», de un casco Por arriba, hacia la luz zohárica diría un nazareno; por abajo, al fuego adámico. He consultado *Los Mitos Hebreos* de Robert Graves (Buenos Aires, 1969) para lo que concierne a Caleb, el espía

que entra en la tierra de Canaán. Las leyendas osiríacas proceden de Plutarco, *Isis* y *Osiris.* Las genealogías del centauro Quirón y de Esculapio las extraje del *Diccionario de Mitología* de Pierre Grimal (Barcelona, 1982).

Yésod-Fundamento

La palabra hebrea «fundamento», *Yésod* (יסוד) puede aliterarse en «mi secreto» o «lo secreto», *sodí* (סודי). Que la serpiente estaba en relación con la adivinación y la medicina, ya lo vimos al considerar los ritos realizados en el santuario de Esculapio; pero cabria una observación complementaria: *najash* (נחש) en hebreo «serpiente», participa de la raíz *jush* (חוש), «sentido», «sentidos», que son abiertos precisamente por la intervención astuta de ese reptil. Por otra parte, un ser «voluptuoso», «sensual», se dice *jushán* (חושן) y como vemos, conlleva el radical *njsh,* la serpiente. He tratado el tema de la higuera *(Ficus carica)* en lo que concierne a la expulsión paradisíaca, en mi *Poética de la Kábala* (Madrid, 1985). En griego, muchos eruditos han querido ver entre *sikí* (συχ) o «higuera», *y psique* (ψυχή), el «alma», una relación erótico-simbólica. La voz *zug* (זוג) la «cópula» mística, no está lejos del *cigoto,* la célula formada por dos gametos unidos, el óvulo fecundado, que en griego es lo «unido» (συγγοτός) y se pronuncia *zygotós.* Los gnósticos llamaban *apolytrosis* (ἀπολύτρωσις) a un «liberarse de la ignorancia» por el propio esfuerzo. Puesto que la influencia de lo griego sobre lo judío y de lo judío sobre lo griego fue constante en el período alejandrino de los primeros siglos de nuestra era, tal

vez habría que ver en la idea hebrea de lo *ganuz,* «oculto», una deformación de la *gnosis* griega. O al revés. Lo cierto es que en lo «oculto» o «escondido» (גנוז) hay una alusión a la «pareja», *zug* (זוג) en el «jardín», *gan* (גן)

La versión hebrea de *Lucas 9:29* da *hilbín* (הלבין) «emblanqueció» por *leukós* (λευκός). Palabra, la hebrea, que nos permite detectar la «llama», *lahab* (להב) que, obrando desde el «corazón», *leb* (לב) hace del hijo un «conductor» *nahal* (נהל) eléctrico de una manifestación del Padre que suscita la transfiguración. El intercambio entre el «rojo» y el «blanco», *adom* y l*abán,* se hace, por supuesto, soplando el fuego interior. Lo concerniente al burro o asno procede de Portal y *Los Símbolos de los Egipcios* (Barcelona, 1981). La información sobre Saturno y el «oro leproso», la tomé de la citada obra de Zoila. La gematría de *Malkut (mem* = 40 + *lámed* = 30 + *cáf* = 20 + *vav* = 6 + *tau* = 400 = 496) permite reconvertir la cifra en la palabra *tzavat,* que quiere decir «pegar», «unir». También en el ámbito del Islam aparece la idea del «hombre-luz». La obra de Henry Corbin lo comprueba y explícita: *L'Homme de Lumiére dans le Soufisme Iranien* (París, 1971). Se trata del *ish* (איש) «angélico» que porta, en su nombre, el *esh* (אש) o «fuego» primordial. La relación grafito/diamante, en cuanto metáfora de una metamorfosis de lo natural en sobrenatural, de lo opaco en translúcido, ya fue advertida por los románticos alemanes —Novalis entre otros— y también por Balzac. Un «cristal», un «brillante» es materia ma-

dura, irradiante. Por otra parte, la palabra hebrea «carbón», *pajám,* procede de la raíz *jum,* que Portal deviene de *jomá,* «muralla». El carbón, la oscuridad es un muro que encierra la luz. La equivalencia gemátrica entre la Divina Presencia o *Shejiná* (385) y la lengua, en este caso el hebreo, *safá* (385), justifica su estatuto de lengua sagrada, prácticamente hasta el siglo XIX. En un sentido lato, cualquier lengua es manifestación del espíritu humano. La piel de la consciencia.

En la Kábala es frecuente la comparación de *dat* (דת), «ley», «religión», o «hábito», y *daat* (דעת) «conocimiento». Entre ambas palabras, la distancia está dada por la *ain* (ע) que es emblema del «ojo». Es Plutarco quien, al hablar de los misterios osiríacos y en memoria de los celebrados en Eleusis, compara a éstos, llamados *teleté* (τελετή) con un «cesar», o «morir», *teleuti* (τελευτή), Ver su *Isis* y *Osiris.* En la obra de Schwaller de Lubicz ya citada, *Le Temple dans L'Homme,* el autor compara las suturas craneanas a los dibujos de los escarabajos egipcios, *kepra.* Plutarco nos dice que su jeroglífico significaba «ser o estar», y que éste, el escarabajo (*Ateuhus sacer)* sagrado, era un emblema del Sol naciente y del porvenir. Chepri, dios del Sol poniente, tenía en el escarabajo su amuleto, y como se ve por la analogía de Schwaller de Lubicz, cuando al iniciado le brillaba el Sol, se autocreaba: hacía de sus desechos, del estiércol, oro solar. Su cráneo, bóveda cósmica, se llenaba de luz una vez atravesado, con éxito, el Amenti y la región de Duat. Los padres de la Iglesia, sobre todos los alejandrinos, herederos de esta simbología, llamaron a Jesús el *monogenes* (μονογενής) o sea «el engendrado por sí mismo», y también el escarabajo. También para el budismo tibetano (Cf. *Shambala,* Chogyam Trungpa, Bar-

celona 1986) el Gran Sol del Este es el punto de mira a lograr, a descubrir: «... un viaje que se despliega dentro de nosotros mismos. Es decir, que empezamos a apreciar el Sol del Gran Este no como algo exterior a nosotros, como el Sol que está en el cielo, sino como el Sol del Gran Este que está en nuestra cabeza y en nuestros hombros, que tenemos en la cara, en el pelo, en los labios, en el pecho». Cuando en el *Apocalipsis 14:14* leemos: «Y sobre la nube uno sentado semejante al Hijo del hombre, que tenía en su cabeza una «corona», *nézer* (נזר) de oro», entendemos por fin cuál es el objetivo del *nazir,* del nazareno. Llegar a restablecer la filiación criatura-Creador, sol-átomo solar. No hay que olvidar que Este se dice, en hebreo, *mizráj* (מזרח) que a la vez que Oriente significa algo así como «el secreto del brillo», ¡la salida hacia la luz! El libro de Henri Durville, *Los Misterios Iniciáticos* (México, 1979) es un excelente manual sobre las peripecias que atravesaba el iniciado en su viaje por el sub-mundo, por las oscuras criptas de la muerte simbólica. Portal, en su extraordinario trabajo sobre los símbolos de los egipcios, reproduce esta imagen reveladora procedente de Horapolo: ם א . El fuego y el agua empleado en los bautismos realizados por Horus-Sol y Toth-Lunus. La raíz de la palabra hebrea «negro», *shajor* (שחור) arboriza en *rajash* (רחש) «susurro», «murmullo» y en *jarash* (חרש) un «mudo», uno que «calla». El jeroglífico *néfer* es, para García Font, signo de amor, dicha y salud. Por su forma,

. , recuerda bastante al de Venus en astrología ♀ sólo que invertido. También al poder de los papas y emperadores ♂. Para el simbolismo del corazón en el mundo egipcio consulté: *El Corazón,* de Jean

Doresse y otros (Caracas, 1970). Para despejar la incógnica sobre la «urdimbre» tan espesa que «tejen» los mitos, comparar los términos *mithos* (μῦθος), «palabra», «discurso» «razón», «mito», «fábula», y *mitos* (μίτος), «hilo», «urdimbre». Hoy sabemos que

todo texto es un tejido, y que la lengua se organiza, despliega y recoge como una red. Para lo relativo a la mitosis he releído el fundamental *División celular* y *ciclo mitótico* de Wilson (Madrid, 1969). Lo que es válido en el interior del individuo, en cada una de sus células, también lo es para una sociedad que *engendra,* por cariocinesis ideológica, otra nueva en su seno.

La cita taoísta está tomada del libro *Alquimia e Inmortalidad* de Lu K'uan (Madrid, 1982). El juego verbal entre «entrada», *knisáh* (כניסה) e «iglesia», *knesiáh* (כנסיה) es revelador, por cuanto alude a sumar, colectivamente, los éxtasis individuales, las almas de todos aquéllos que salieron y regresaron. Como puede verse, ambos conceptos incluyen el «milagro», *nes* (ס), eje en torno del cual giran todas las experiencias religiosas. Los «inspirados» solían llamarse, en la época de Jesús, *shear rúaj* (שאר רוח) y en *shear* hallamos, no por casualidad, *rosh* (ראש) «cabeza» y también *osher* (אשר) «felicidad». El término *ecclesia-sías* (ἐκκλησιας) comparte con su equivalente hebreo *kahal* (קהל) el fonema *kl.* La idea contenida en la palabra griega para «milagro», *dínamis* (δύναμις) supone la de «transmitir una fuerza», dinamizar una situación estática, a la que propende toda enfermedad. La frase de Jesús concerniente al tesoro del corazón está en *Mateo 6:21* y «tesoro» se dice en hebreo *otzer* (אוצר), palabra que incluye a la «luz», *or* (אור), pero también a una «fortaleza», *tzur* (צור) en torno a la cual la *alef* (א) erige su poder. En la tercera palabra del Evangelio de Juan, en su versión hebrea, vemos, en reemplazo de l*ógos* (ὁ λόγος), *ha-dabar* (הדבר), y allí está, desde el comienzo, el «hijo», *bar* (בר), cuya voz

suscita el «eco», *hed* (הד) de la del Padre. Este
importante comienzo tiene, en Juan, a su vez, el resplandor de los primeros versículos del *Génesis*. Donde dice «y dijo Dios», *va-iomer* (ויאמר) también
está (אור) la «luz», *or,* que antes fue sonido.

índice

Nihil Obstat 11
Éxtasis 17
Kéter-Corona 31
Jokmá-Sabiduría 45
Biná- 59
Jésed- 73
Geburá-Fuerza 85
Tiferet-Belleza 99
Nétzaj-Victoria 113
Hod-Gloria 125
Yésod- 139
Malkut-Reino 151
Daat- 163
Enstasis 175
Bibliografía 185

Not
as

Éxtasis 19
Kéter-Corona 19
Jokmá-Sabiduria 19
Biná- 19
Jésed-Compasión 19
Geburá-Fuerza 19
Tiferet-Belleza 20
Nétzaj-Victoria 20
Hod-Gloria 20
Yésod- 20
| Malkut-Reino 21
* Daat- 21
Enstasis 21
5